

El amor no es como lo pintan



Erina Alcalá



EL AMOR NO ES COMO LO PINTAN

(Erina Alcalá)

**Todos tus sueños
Pueden convertirse en realidad
Si tienes el coraje de perseguirlos.**

CAPÍTULO UNO

La empresa para la que hacía la entrevista Rebeca, era muy importante y unas de las más punteras de Manhattan, Nueva York. Tenía suerte de haber enviado el Currículum a **Jucar Enterprises** y que la hubiesen elegido junto con otros candidatos para la entrevista.

Estaba nerviosa y emocionada a la vez. Se jugaba mucho. Sobre todo un puesto de trabajo que le gustaba.

No sabía con cuántas personas tenía que competir por el puesto de trabajo. Confiaba en que no fuesen demasiadas y tener suerte de que la eligieran a ella, sobre todo porque tenía experiencia en el puesto.

Y porque lo necesitaba con urgencia. O no tanto, pero era una oportunidad importante para ella ahora que había perdido el trabajo.

Bueno, para Rebeca, que no había parado de trabajar desde que salió de la Universidad, era urgente. No quería ni sabía estar parada. Era muy trabajadora y enérgica, entusiasta y animada.

Era miércoles y la Navidad apuntaba ya en Nueva York. La Quinta Avenida, donde tenía la entrevista, estaba llena de gente como siempre. Los comercios adornados en blanco y rojo principalmente y llena de colores, plata y oro.

La Navidad y la decoración en Nueva York, siempre le había parecido muy exagerada. Pero le encantaba. Disfrutaba esa época del año como una niña, porque era de esas personas que disfrutaba la Navidad. Era su época del año favorita.

Era una de las épocas del año que más le gustaba, el frío invierno y la Navidad. La decoración de las calles, las tiendas, los regalos, la gente agolpándose en las avenidas con bolsas de regalos para todos lados, la nieve en las calles...

Había un Papá Noel cada dos por tres con sus campanas sonando, en cada tienda o escaparate y en cada esquina.

Hacía frío ese mes de Diciembre y parecía que iba a nevar otra vez. Ya la calle estaba nevada y debía de ir con cuidado por la acera para no resbalar con los altos tacones.

El frío, se le calaba por los pies, pero la ocasión no era para ir con botas. Merecía ir con tacones y traje de chaqueta con falda, de color azul, con un jersey de cuello alto debajo de color azul distinto y más claro también y un abrigo azul oscuro a media pierna. Guantes y una bufanda, que se quitaría al entrar en la empresa.

Llevaba un bolso grande y un maletín, donde guardaba sus trabajos impresos, su Currículum, y por si era necesario, sus títulos, recomendaciones y trabajos en las otras empresas en las que había trabajado. Caminaba deprisa. Parecía que llegaba a tiempo a pesar de todo. ¡Menos mal!

Su forma de vestir profesional para la entrevista, le hacía parecer una mujer seria, a pesar de que era una chica extrovertida.

Rebeca, era pequeña, medía apenas un metro sesenta. Llevaba el pelo largo, negro y liso, con una coleta alta, que la hacía más esbelta. Su nariz era pequeña, con pecas alrededor, unos ojos grandes, verdes y una boca carnosita adornaban su cara.

Era una mujer guapa, extrovertida y radiante siempre con una sonrisa siempre en los labios, agradable con todo el mundo. Los hombres, se volvían para mirarla.

Irradiaba luz y pisaba segura. Tenía una sonrisa preciosa, que hacía que sus ojos se iluminaran. Y era risueña y feliz por naturaleza.

Había nacido en un pequeño pueblo de Jaén, en el sur de España, un pueblo pequeño de apenas setecientos habitantes, de casas blancas y cuevas empinadas, calles de adoquines, donde todo el mundo se conocía, donde las puertas nunca se cerraban salvo de noche, porque nada había que robar y donde había confianza en las personas.

Había estudiado Bellas Artes en Jaén capital, durante cuatro años, y mientras acababa el cuarto año, por las tardes, había realizado un curso superior en Decoración de Interiores.

Durante los veranos, en vacaciones, mientras estudiaban ella y su hermana mayor, desde pequeñas, habían trabajado en el campo, con su padre, los veranos enteros.

Iban a la vendimia a la Mancha para culminar el trabajo del campo en Septiembre para acabar el verano, caluroso y cansino del campo, antes de volver de nuevo a la Universidad y en invierno cogían aceituna en el campo. Solo se salvaban en Semana Santa.

Ambas hermanas tuvieron beca para estudiar. Su hermana quería ser profesora de EGB, y ella, Decoradora de interiores.

Antes de acabar la carrera, su hermana se casó con otro chico del pueblo y se fue a Burgos a vivir, donde a su cuñado encontró un trabajo en una buena empresa nacional.

Al acabar la carrera, Rebeca, trabajó en un par de empresas en España. Una de ellas en Jaén. Así que se alquiló allí un piso pequeño porque hasta el pueblo había que tomar dos autobuses y estaba a cuarenta y cinco kilómetros.

Durante los cinco años de estudio, estuvo de alquiler con unas compañeras de estudio compartiendo piso.

Pero en cuanto encontró su primer trabajo, buscó otro apartamento pequeño y empezó a vivir sola. Su sueldo le daba para eso. Era otro mundo. Y tenía ganas ya. Plena libertad en su propia casa y su primer trabajo.

Al cabo del tiempo, como un año, entró en la segunda empresa en la que trabajó, era americana: **Ston & Cambell**. Situada en Madrid.

Y allí se trasladó a trabajar, pues le pareció una buena opción para subir de categoría y aprender inglés, o más bien perfeccionarlo.

No lo dudó un segundo, aunque el cambio de Jaén, una ciudad pequeña a Madrid, la capital, era un gran cambio. Pero se acostumbró y vuelta a encontrar otro apartamento cerca del trabajo. Hubo suerte.

Cuando llevaba un par de años trabajando en la empresa, se le ofreció el mismo puesto de trabajo en la sucursal de Nueva York. Y a ella le encantó cruzar el charco.

Lo pensó mucho y con razonamiento. Iba a otro país, sola, sin apoyo, pero sería una experiencia nueva y distinta y si no le iba bien, se volvería. Así que hizo las maletas y dijo sí.

Y se fue a Nueva York.

Sus padres se apenaron mucho, porque se iba demasiado lejos, al fin y al cabo Madrid estaba cerca relativamente y ella bajaba a verlos al menos tres o cuatro veces al año, pero Nueva York..., estaba tan lejos, que no verían a su hija quizá en un par de años. Los viajes eran caros y no la verían todos los años.

Pero Rebeca, aceptó el puesto de trabajo y se fue. Estaba tan contenta... bajó a despedirse de sus padres desde Madrid a su pueblo de Jaén e intentó consolarlos y con la promesa de volver a verlos cada año o como mucho cada dos años.

En cuanto llegó a Nueva York, le encantó la ciudad. Venía de un pequeño pueblo, pero a ella, le encantaban los lugares grandes, con grandes y altos edificios y perfeccionó su inglés que ya tenía un nivel alto por haber trabajado en una empresa americana en Madrid.

Se hizo a la vida neoyorquina. Y alquiló un pequeño apartamento de un dormitorio en Brooklyn.

Llevaba tres años en la empresa, entre Madrid y Nueva York y era feliz con su trabajo, cuando esta fue absorbida por otra más grande y se quedó en la calle, como más de la mitad de sus compañeros, con la reconversión.

Y todos sus sueños se vinieron abajo, y se sintió perdida. Y ahora iba a hacer una entrevista de trabajo de nuevo. Vuelta a empezar. No quería volver a España.

Quería encontrar un trabajo parecido al que había realizado, que había sido su sueño y le había encantado, y quedarse allí en Nueva York. Lo otro, suponía un fracaso para ella.

Aquél era su hogar ahora. Y no se daría por vencida. Buscaría otro trabajo distinto si allí no lo conseguía.

Tenía casi veintisiete años y estaba sin trabajo. El mes anterior, la empresa americana para la que trabajaba fue absorbida por **Jucar Enterprise**.

La mayoría de los compañeros se quedaron sin trabajo. Algunos, permanecieron en la empresa, como resultado de las negociaciones. Sobre todo los altos directivos. Y ella fue una de tantas que se quedó en la calle.

Tuvo la suerte de enterarse por uno de los compañeros de que **Jucar Enterprise**, buscaba decoradores de interiores y presentó su Currículum. Y la llamaron para una entrevista.

Suponía sobre todo, que la llamaron porque había trabajado en la empresa que esta absorbió.

Y allí estaba, esa mañana de invierno, con un frío que le había calado hasta los huesos, nerviosa y excitada, tiritando y sobre todo necesitada de ese trabajo y si no encontraba pronto otro, tendría que volver a España y no quería, le supondría una desazón terrible y ella era optimista y positiva.

Pero la realidad estaba antes sus ojos y se dio un tiempo para encontrar otro trabajo, y si no, de vuelta a sus orígenes.

Y habría fracasado.

Jucar Enterprise, ocupaba parte de un edificio de la Quinta Avenida. Cuando llegó se quedó maravillada del edificio, pues había pasado miles de veces por allí, y nunca se había fijado en el edificio. Siempre iba con prisas como todo el mundo, y le había pasado desapercibido.

Ella vivía y trabajaba en Brooklyn. Bueno, había trabajado. Tenía un apartamento de un dormitorio en una zona tranquila, que había decorado con muy buen gusto.

Había dispuesto un espacio para trabajar y diseñar en el salón. No necesitaba más espacio. Nueva York, era muy caro para vivir. Y no estaba dispuesta a pagar más de lo debido cuando podía apanarse con lo imprescindible, ajustándose al sueldo que ganaba y para ahorrar para los malos tiempos, como ahora.

Aunque tampoco estaba en una situación precaria. Apenas llevaba una semana sin trabajo, pero se estresaba antes de la cuenta. Estaba acostumbrada a estar activa, no a no hacer nada.

Tenía un dinerito ahorrado para las emergencias, que eran como para vivir un año sin trabajar, pero no quería gastarlo. El tiempo y el dinero se iban inexorablemente.

Entró en el edificio, muerta de frío y tiritando, y el portero le indicó que su entrevista era en la planta quince.

Cuando llegó, preguntó a una chica recepcionista que le indicó dónde estaban el resto de las personas que se iban a entrevistar y la secretaria le indicó que se sentara y esperara. Que la llamarían por su nombre.

Cuando llegó, saludó a los que estaban allí y tomó asiento.

Aún no había llegado el Director para entrevistarlos, según comentaban los que esperaban a ser entrevistados.

Si pasaba por allí y en cuanto le viese la cara tendría alguna idea de si la iban a coger o no. Era buena fisonomista para eso. Calculaba las posibilidades.

Al cabo de diez minutos apareció el Director seguido de una secretaria. Conforme avanzaba por el pasillo, ella se hacía más pequeña. ¡No podía ser! Ni se lo podía creer.

El mundo parecía decrecer y quiso que la tierra se la tragase. Lo reconoció enseguida. No podía creerse su mala suerte. No quería recordar esa parte de su vida. La había superado, ¿o no? ¿Por qué? ¿Por qué en ese preciso momento en que necesitaba con urgencia el trabajo?

Estuvo a punto de levantarse e irse. No es que le recordase malos tiempos, al contrario, pero quería pasar página de una vez por todas a esa etapa de su vida. Le había costado años enterrarlo y ahora el pasado volvía al presente. ¿Y cómo estaba él allí ante ella para evaluarla? Quería morirse. No la iba a coger. Seguro.

Había cambiado mucho desde entonces. No recordaba que fuese tan alto, ni tan guapo. Ahora tenía un cuerpo de hombre, de anchas espaldas, impecablemente vestido y pelo corto. No quería mirarlo directamente.

Llevaba un traje gris marengo, con camisa igualmente gris y gris la corbata más oscura. Zapatos negros, un rolex de oro en la muñeca y dejó un rastro de colonia de hombre cara que olía muy bien, pero que debía costar al menos trescientos dólares el bote.

Así que no calcularía el diseño de su vestuario, porque llevaba encima más de diez mil dólares.

Llevaba andares seguros y rápidos e hizo un saludo general a los que esperaban, y estos contestaron.

La secretaria, le seguía el paso, con un traje azul y camisa blanca, tacones igualmente altos y azules, con un moño estirado y le llevaba los informes en carpetas. En uno de ellos sabía que estaba ella y su información.

Bajó la cabeza, para que no la viera cuando pasó por delante. Iba con una secretaria que le llevaba unas carpetas e iban hablando.

Subió un momento la mirada y sus miradas se cruzaron. Sin embargo, él hizo como que no la vio o no la reconoció. Mejor. No la había reconocido. O era el tipo de hielo, más frío que un témpano.

Habían pasado nueve años. Ella había cambiado también. Pero cuando entrara a la entrevista, no podría esconderse entre sus datos.

Fue llamada la primera. La secretaria la acompañó y ésta, se quedó fuera. Y entró hecha un manojo de nervios.

Ella que había conseguido ser una persona segura, ahora le temblaban las piernas y las manos le sudaban a pesar del frío.

Juan Carlos, estaba sentado tras la mesa, con la cabeza baja, mirando su Currículum.

La oficina, era sencilla, ella se dio cuenta de que no era la que él debía ocupar, sino una auxiliar o de alguna secretaria, para hacer entrevistas. Se veía una oficina femenina, con plantas y un sillón no muy masculino.

En la mesa había una foto de la secretaria que había salido, con su pareja, imaginó. O sea que llevaba razón. Él había venido a esa oficina a realizar las entrevistas. Ella permaneció de pie unos segundos.

—Siéntese —bien, no la reconocía o no quería reconocerla.

Levantó la cabeza y la miró fijamente a los ojos. Y en ese momento ella supo que sí la había

reconocido. Era un buen actor.

—¡Hola Rebeca! ¡Cuánto tiempo! —dijo sin mucha alegría.

—¡Hola Juan Carlos! Me alegro de verte.

—¿En serio? Ahí fuera parecías un pajarillo asustado —Le dijo con una sonrisa de satisfacción. Parecía que la cosa cambiaba. Era un tipo observador.

—No esperaba que fueses tú el me ibas a entrevistar. Me ha impresionado.

—Bueno, espero que la impresión haya sido buena —Ella no sabía qué intención darle a sus palabras. Si se refería a su empresa o se refería a él mismo -¿Tus padres bien?

—Sí, gracias, aunque llevo ya tres años aquí y sólo he podido ir un par de veces a verlos. Menos de lo que ellos quisieran. Pero hablo con ellos.

—Bien, hablemos de tu Currículum. —No le dio opción a preguntarle por su familia. Mejor, ella no quería hablar de otra cosa. De nada más que de trabajo. Pero se sintió ofendida.

Él marcaba las pautas y eso no le gustaba. Pero eso se trataba de trabajo, no de sus vidas ni de su pasado. Le sacó parte de sus trabajos.

—Veo que tienes experiencia y ya conozco tus trabajos. Me gusta cómo decoras y ahora necesito una decoradora de interiores. Nunca lo hemos necesitado. Nuestros pisos y casas se han reformado y vendido sin amueblar, pero hay que estar al día y vamos a intentarlo. No me hace falta ver tus trabajos. Ya los he visto, y me encanta cómo trabajas. Sé que trabajaste en la empresa que ahora es mía. Ston & Cambell ¿Estás dispuesta a viajar?

—Sí, por supuesto. Claro. Por eso estoy aquí.

—¿A Londres, y por todo el país, sobre todo a California?

—Sí, claro, si es necesario...

—¿No tienes familia, marido, novio, hijos que te atender?

—No, nada. —¡Maldito fuera! Esa pregunta estaba hecha para saber si tenía novio o familia, porque aunque tuviese hijos o marido o novio podía viajar, así que esa pregunta sobraba. Era algo machista. Así que supuso que se la hizo para saber su situación emocional, nada más. No quería pensar que se la hiciera por cuestión de trabajo, porque era discriminatoria.

—Bien. Visto tu Currículum, te necesito en mi equipo. El lunes empiezas. A las ocho de la mañana. Pasarás por Recursos Humanos para firmar tu contrato. Cuando vengas te indicarán tu despacho, te lo tendré listo y hablaremos de tu próximo trabajo. En realidad, de tu primer trabajo en mi empresa.

—¿Ya he terminado?

—Ya. El lunes hablamos. Hasta entonces Rebeca. Y me alegro de verte.

—¡Adiós! Gracias por la oportunidad. No te defraudaré. Me alegro de verte yo también.

Estaba más bella que nunca. Se sintió como el adolescente de veintiún años, cuando aquél verano le hacía el amor.

Y la primera vez que lo hicieron. Era un joven algo torpe, alto y delgado aunque se preocupó por ella, por ser lo más tierno posible y para él fue muy especial, aunque era tan inexperto como ella. Lo cierto es que duró poco esa primera vez que lo hicieron. Más bien nada, unos minutos.

Ambos eran vírgenes, pero aprendieron juntos aquél verano en el pueblo. Todo le vino a la memoria con meridiana claridad.

Ahora era una mujer preciosa, ya no era la adolescente delgada y con esa delicada adolescencia que se ponía colorada cuando él la miraba. Ahora era bella. Una mujer con cuerpo de mujer y curvas de mujer.

Y seguía excitándolo como antes. O más. Ahora que la había visto de nuevo, aparecieron sus recuerdos.

Se había tenido que contener en hacerle miles de preguntas, con miles de respuestas que deseaba saber. Pero el lugar y la ocasión no eran las apropiadas.

Después de verla, tenía que romper con Loren. Llevaba con ella dos semanas, sin promesas, como con todas las mujeres con las que salía.

Pero después de ver a Rebeca, lo de Loren no iba a ninguna parte. No iba antes, pero ahora... menos. Y lo haría esa misma noche de miércoles. La invitaría a cenar y acabarían su affaire.

La mañana siguió con más entrevistas, pues no sólo eran decoradores lo que necesitaban. Cuando acabó con las entrevistas, subió a su despacho, en la planta veinte.

En la planta veintiuno y veintidós del edificio, tenía su casa. Era un ático de dos plantas. Pues el edificio no era muy alto, pero era casi todo suyo, y su casa, era enorme y decorada de forma minimalista, con algunos toques vintage.

Cuatro dormitorios en la planta veintidós. El más grande, era el suyo y era enorme, con un vestidor casi igual de grande que el dormitorio, un gran cuarto de baño al lado del vestidor, con un jacuzzi en el centro del dormitorio principal, el cual tenía también, una gran terraza.

Los otros tres dormitorios que estaban también en la planta alta, cada uno tenía su cuarto de baño y vestidor. Y había un cuarto de la colada.

Abajo, en la planta veintiuno, una gran cocina abierta al comedor y salón en tonos blancos y negros. Un despacho amplio, un aseo y una gran mesa con sillas para desayunar o cenar y unas mecedoras que le recordaban al pueblo y al cortijo que sus padres tenían en el pueblo y donde la conoció.

El edificio, en la planta baja, tenía piscina y gimnasio, que podían ser utilizados por los trabajadores en horas no laborales. Él bajaba todas las mañanas antes de ir al trabajo para estar en forma. Y en el sótano dos, estaba el parking.

Hacía media hora de pesas y cinta y unos cuantos largos en la piscina todos los días antes de empezar el trabajo. Una buena ducha y un buen desayuno y comenzaba la jornada, como siempre. Tenía una señora tres horas diarias, que le cuidaba la casa y le dejaba la comida hecha si no salía a cenar.

Juan Carlos, tenía treinta años. Era un hombre alto, guapo, moreno, de ojos azules que a veces se tornaban grises como un cielo nublado.

Vestía impecablemente, siempre con traje hecho a medida y un reloj de oro rolex en la muñeca, zapatos brillantes y pulcros y le gustaba combinar los trajes, que siempre los elegía o grises o azules.

Le gustaba combinarlos si eran azules con camisa azul y corbata del mismo color y si eran grises, camisa y corbata gris.

En su vestuario tenía más de treinta trajes con otras tantas camisas. Abrigos, a la rodilla de color, azul, negro y gris y una buena colección de zapatos y relojes, bufandas y guantes, además de las corbatas. Le gustaba mucho la ropa y era de marca.

Raramente vestía de manera informal, aunque tenía también una colección de vaqueros, pantalones jerséis de cuello alto y camisetas. Solía comprar en una boutique de hombre siempre, porque la talla le sentaba fenomenal y usaba desde hacía años el mismo perfume caro. Era bastante presumido en ese sentido.

Hablaba un perfecto inglés y procedía de una familia rica del mismo pueblo que Rebeca.

Sus padres y abuelos, habían sido terratenientes. Habían poseído una cantidad de tierras

inmensas, de olivos, y tierras de secano.

Habían tenido un cortijo, no muy grande en el pueblo, en la parte alta, como a un kilómetro y medio del pueblo, cuyas vistas eran fabulosas. Abarcaban todo el horizonte. Dieron trabajo a muchas personas en el pueblo desde que vivía su abuelo, entre ellas, a los abuelos de Rebeca, a sus padres y a ella un verano. El verano que se conocieron.

En el cortijo, vivían el capataz de las tierras y también, su mujer y sus dos hijos.

Los padres de Juan Carlos, vivían en una casa enorme de dos plantas, cerca de la Catedral de Jaén y el cortijo del pueblo, lo utilizaban para ir a descansar en los veranos.

Allí tenían un huerto y a la madre de Juan Carlos, le encantaba cocinar los frutos de la huerta.

Tenía más hermanos, un hermano y dos hermanas, pero él era el más pequeño de los hermanos. Se había criado como un chico adinerado. Estudió en el instituto y en Jaén hizo Empresariales y Económicas.

Cuando Juan Carlos terminó sus estudios en la Universidad, ya que era el más pequeño de los hermanos, su padre vendió todas las tierras, incluido el cortijo y repartió entre sus hijos el dinero.

Tenían suficiente dinero más sus pagas de jubilación, para pasar una buena vejez. Ya que su padre había trabajado de director de un departamento en la Diputación de Jaén, con lo cual tenía una buena paga mensual de jubilado.

Con el dinero que le dieron sus padres de la herencia, Juan Carlos, se fue a Nueva York, compró su primer edificio en ruinas, lo remodeló en apartamentos y se dedicó a venderlos. Al principio no los decoraba. Solo los vendía reformados y pintados.

Con el tiempo, también alquilaba edificios. Invirtió también en casas y en chalets. Y de Nueva York, pasó a abarcar otras ciudades, incluso en California, Londres, y ahora había adquirido unas propiedades en las afueras de Nueva York y tenía un grupo de casas victorianas en un barrio nuevo y de lujo que se estaba construyendo, y un edificio pequeño de apartamentos, que deseaba vender amueblados.

Quería probar a vender inmuebles amueblados para ver qué tal funcionaban y el trabajo de Rebeca, era muy bueno en la empresa que absorbió y que aunque había sido una empresa pequeña ya era pionera en decorar los inmuebles.

Y su empresa decidió probar a hacer lo mismo.

Cuando llegó a Nueva York, con su herencia, Juan Carlos, montó una empresa nueva e innovadora: **Jucar Enterprise**, pionera ahora ya en el mercado, pues tenía hasta sus propias inmobiliarias, situadas en los primeros pisos del edificio.

Juan Carlos, estaba muy satisfecho de lo que había conseguido, claro que trabajando duro y con un dinero para empezar, pero de la misma forma que le había ido bien, podía haberle ido mal.

Por eso estaba orgulloso de dónde había llegado, trabajando mucho, haciendo buenas inversiones y codeándose de buenos profesionales a su alrededor. Y a estas alturas de la vida, era muy, muy rico con treinta años solamente.

Desde que montó su empresa, había subido como la espuma, absorbiendo empresas pequeñas e invirtiendo en inmobiliarias e incluso en bolsa.

Había trabajado muchas horas y arriesgado su dinero, pero al final, Juan Carlos era más que millonario. Uno de los solteros más cotizados de Nueva York.

Salía en las revistas tanto financieras como de sociedad, del brazo de modelos guapas y famosas, que medían uno ochenta, piernas largas y tacones de aguja, rostros retocados y tetas de silicona.

Esos eran sus gustos en cuestión de mujeres, sobre todo para no comprometerse con ninguna.

No quería, tenía una buena vida y no pedía más. Trabajo y satisfacción cuando lo necesitaba. Y tenía suerte en ambas.

Las cambiaba frecuentemente y nunca había tenido una chica fija mucho tiempo. Para él, sólo se trataba de sexo o de acompañamiento. Cubrir esa parte de sus necesidades, porque su prioridad era el trabajo y la libertad.

Por fin acabó el día de trabajo. Tantas entrevistas y reuniones... El día había sido infernal y ver de nuevo a Rebeca, había removido recuerdos escondidos en su interior desde hacía nueve años.

Había pensado frecuentemente en ella, nunca la había olvidado, pero le parecía siempre todo tan lejano...

Hacía ya tanto tiempo y eran tan jóvenes en aquél tiempo, que siempre la había imaginado en el pueblo, con un marido e hijos.

Ella procedía de una familia pobre, que había trabajado para la de Juan Carlos, desde su abuelo, su padre, su madre y ella un verano que recordaba intensamente. El verano que la conoció.

No le importaba su Currículum, que era muy bueno y su trabajo también. La había contratado en contra de sus principios. Sólo porque era ella, aunque también era muy buena en su trabajo, tenía que reconocerlo y sabía qué había que hacer.

Lo había hecho en la empresa anterior, pero no sabía por qué la eligió a ella sin más entrevistas. Sí que sabía exactamente por qué.

Pero si estaba allí, era porque necesitaba un trabajo y él iba a ayudarla. Al absorber la empresa para la que trabajaba, se había quedado en la calle, y en cierta manera, se sentía culpable de ello en cierta medida.

Cuando terminó el día de trabajo, subió a su ático con el Currículum de ella en la mano. Se duchó y se vistió para salir con Loren. La última noche.

Mientras hacía tiempo, tomó una copa de vino, se sentó en la terraza y abrió su carpeta. La foto no le hacía justicia y salía guapa. Sus trabajos eran impecables, serios y se adaptaban a lo que se le pedía.

Había estudiado Bellas Artes en la Universidad de Jaén. Y sus dos trabajos en la misma empresa, tanto en España como en Nueva York. Anteriormente, el primero, en una empresa española.

Entró en internet y no encontró nada sobre ella. No estaba en las redes sociales. Pero tenía su número de teléfono y su dirección.

El sábado por la tarde iría a su casa. No le importaba encontrarse con quien fuese. Aunque ella le había dicho que no tenía novio. Tendrían que hablar. Había cosas pendientes entre ellos y no quería empezar a trabajar con ella sin aclararlas.

No podía haber nada que entorpeciera la relación profesional. No mezclaba trabajo y placer. Era una norma que seguía al pie de la letra. Y con ella, tenía que dejarlo claro.

Salió con Loren esa noche, pero no escuchó nada en la cena de lo que ella le decía. Sus pensamientos estaban en otra parte.

Palabras vacías, sin importancia.

Que a él ni le iban ni le venían.

Hasta que habló él y le dijo que era mejor que lo dejaran. Así de simple. Así terminaba él sus relaciones. Luego quedaban como amigos. Tenía la capacidad de que ninguna mujer se enfadara, y si lo hacían, no era su problema.

Y así pasaba de una relación a otra. Se daba un tiempo de descanso, claro. Pero todas sus mujeres eran maniqués. Sabía disfrutar de la vida, como disfrutaba del trabajo y le gustaban los cuerpos perfectos de mujeres perfectas físicamente.

Modelos sin celulitis, algunos retoques y pechos de silicona. Si iba con una mujer del brazo, debía estar a su altura. Nunca se había planteado nada más por el momento. El amor estaba sobrevalorado y él no estaba por la labor de enamorarse.

Cuando tuviera treinta y cinco o así, pensaría en una familia y elegiría entre alguna de ellas, la más adecuada y mejor anfitriona.

Siempre, después de lo de Rebeca, salió con chicas adineradas, hijas de amigas de sus padres o de su mismo estatus social.

Rebeca, fue algo especial, pero nunca en aquél tiempo, eran jóvenes por un lado y por otro, no hubieran consentido sus padres a una chica como ella, inferior a ellos.

Y mucho menos de trabajadores del campo, de inferior rango. Faltaría más para su hijo menor.

Además sus padres y sus abuelos habían trabajado para ellos. Nunca lo consentirían. Ellos eran unos clasistas y él se preguntó si con el tiempo no se había convertido en uno, diferente pero elitista, porque nunca se había relacionado con una chica normal, distinta y sencilla.

Sólo tuvo a una distinta y humilde y había sido Rebeca, y en aquél tiempo se enamoró como un tonto adolescente babeando por su cuerpo delicado y pequeño. A esa chica ingenua y virgen como él, preciosa y trabajadora, aunque tenía carácter.

Todo cambió ese verano para bien y cuando acabó el verano, él se olvidó de ella. Y se sintió culpable.

Culpable por no haberle escrito, por haberla dejado en la estacada, pero por otro lado, era un adolescente tonto y pijo en el fondo. Y una cosa era estar en el cortijo y otra en Jaén, en la Universidad en la que estudiaba, relacionándose con chicos y chicas de sus estatus social. Y en ese no cabía gente sencilla y pobre como Rebeca, sino chicas pijas que vestían bien y tenían un cierto poder adquisitivo.

Ese era el sueño de sus padres, verlo casado como sus hermanos, con gente de su nivel social, médicos, abogados...

Pero evidentemente, esos no eran los pensamientos de Juan Carlos, y ahí estaba con treinta años, feliz y con una vida mejor de la que hubiesen supuesto sus padres si vivieran hoy.

CAPÍTULO DOS

DIEZ AÑOS ANTES

Juan Carlos tenía veintiún años y se había ido a veranear con sus padres al cortijo del pueblo, ese año. No había vuelto a ir desde que era pequeño. Pues al estar tanto en el instituto como en la Universidad, se tomaba el verano para irse con amigos de viaje por España o con su hermana que vivía en Canarias, con su marido y dos mellizos que tenían, o se quedaba en Jaén capital, con sus amigos, o sus padres le pagaban un curso en Londres, para aprender inglés, pero ese verano, decidió irse con ellos al pueblo.

Era el más pequeño de los hermanos y estudiaba Económicas.

Había estudiado ya Empresariales y le quedaban un par de años para terminar. Era muy inteligente y bueno en los estudios, destacaban sus buenas notas.

Era un chico superdotado, inteligente, muy alto y delgado. Aún tenía cuerpo de adolescente. Y era un joven agradable y cercano. Todo lo contrario a sus padres y a sus tíos.

En el cortijo, ese verano, se reunieron, sus padres, dos hermanos de su padre, solteros y jubilados ya, uno que había sido Guardia Civil de tráfico y era bastante tocapelotas, pues cuando Rebeca, fregaba el pasillo del cortijo, él, puntualmente y a diario, lo pisaba para que tuviese que darle de nuevo, y a ella, que eso lo mataba, le daban ganas de darle con la fregona en las costillas a ese cabronazo fascista.

El otro de los tíos era un encanto. Había trabajado en la Diputación de Jaén y le encantaba la fotografía y los viajes.

Cuando tenía un momento, llamaba a Rebeca para enseñarle las fotos de sus viajes. Las que más le encantaban eran de Canadá, Y a Rebeca también pero la madre de Juan Carlos no quería que el pobre hombre, se relacionara con ella y siempre la llamaba para algo cuando le enseñaba las fotos y tenía que dejar a medias con las fotos. Eran horrorosos y fachas.

Con el tiempo Rebeca creyó que la madre de Juan Carlos, (pensaba Rebeca), creía que iba a intentar enamorar a los abuelos y ellos se quedarían sin su parte de la herencia de los dos abuelos solteros. No encontraba otra razón.

Le daba pena Don Paco, que quería el hombre hablar de sus viajes, era extrovertido y simpático y tenía necesidad de hablar con gente, no como el otro amargado, y Rebeca sabía escucharlo.

El otro no, era un cabrón irremediable. Y estaba amargado, porque tenía colesterol y todos los días le ponía la madre de Juan Carlos para comer, pechuga de pollo a la plancha y espinacas rehogadas con un ajo. Y pasaba un hambre... De ahí la mala leche que tenía, la cara de espinacas.

Su madre no era demasiado alta, delgada y con el pelo corto teñida de rubio y había que llamarla señorita. Era agradable, siempre que supieras el lugar que te correspondía: el de criada.

Y el padre, alto, estaba bien alimentado, era algo gordo y con aires de grandeza de sus buenos días de bonanza y propiedades, cuando ya les quedaba menos de la mitad de propiedades de las que tuvieron sus abuelos, más el cortijo, que le hacía falta ya una buena reforma.

Y luego estaba él, Juan Carlos. Un chico agradable, que no se sentía superior a nadie y que

andaba tras Rebeca en cuanto la vio.

A veces los domingos, venían sus tías y primas, primos, y sus hermanos se quedaban algunos días con sus hijos también. Una gran familia. Al final los fines de semana había siempre cerca de veinte personas en el cortijo.

Cuando la familia de Juan Carlos, iba al cortijo, generalmente unos tres meses en verano, contrataban a una mujer del pueblo para hacer la limpieza y ayudar. Su madre hacía la comida siempre.

El resto lo tenía que hacer la mujer que contratasen. No había ni sábados ni domingos libres, ni siquiera en la fiesta del pueblo para la mujer que trabajara allí. Se necesitaba todos los días.

La madre de Rebeca, cuando llegó el verano, habló con la madre de Juan Carlos y le dijo que podía ir su hija. Ella estaba terminando el instituto y ese verano tuvo que trabajar en el cortijo.

Los veranos anteriores había trabajado en el campo, pero su hermana se había casado el año anterior y prefirieron que fuese con los “señoritos” (que eran cómo querían que los llamaran) a que fuese al campo.

Su trabajo consistía en bajar a la parte baja del pueblo sobre las ocho de la mañana, pues ella vivía en la parte alta, comprar la leche de un vecino que tenía vacas, llevarla en una lecherita de aluminio al cortijo.

Una vez que dejaba la lechera y la madre de Juan Carlos la hervía y mientras desayunaban los señores, ella barría el patio, y la entrada, quitaba las hojas de los árboles de al lado de una pequeña alberca o piscina, regaba las flores y el patio.

Luego desayunaba, en la cocina y se ponía con los cuartos y el comedor, el pasillo. El baño y la cocina eran lo último. La cocina la quitaba después de comer.

A veces lavaba alguna ropa a mano o ayudaba a conservar tomates en botes para el invierno.

Al mediodía ponía la mesa, les llevaba la comida, con la parafernalia de cuchillos y cucharas y cucharitas para cada cosa.

Aquello parecía un restaurante de cinco tenedores. A Rebeca le parecía una tontada, tantos cubiertos que luego tenía que fregar y se iba con todo el calor al pueblo cuando acababa a las cuatro o cuatro y media, dependiendo de la cantidad de personas que se hallasen en el cortijo.

Comía y fregaba los platos y la cocina. Terminaba sobre las tres y los sábados y domingos, si había mucha gente, a las cinco de la tarde.

Se iba al pueblo con la lecherita de vuelta y todo el calor que caía, hasta el día siguiente. Su sueldo era casi trabajar gratis.

Ella, se había enfadado con su madre por ese motivo. No tenía ni domingos ni festivos ni la fiesta del pueblo en Agosto y su madre la había vendido por un plato de lentejas sin consultarle. A ella, le daba mucha rabia e impotencia.

De hecho al siguiente verano, la llamaron, pero no fue. Tampoco fue Juan Carlos. Ya no lo vio más.

Juan Carlos, se fijó en esa joven delgada, con pecas, esos ojos verdes grandes y con el pelo negro por la cintura que iba al cortijo, y le gustó.

Era una chica extrovertida y trabajadora. Siempre sonriente y sabía estar callada en los momentos en que había que estarlo y a la madre de Juan Carlos le caía muy bien como trabajadora, porque trabajaba como a ella le gustaba. Y tenía el cortijo limpio sin tener que decirle qué había que hacer. Y eso que era una chica joven, pero Rebeca estaba acostumbrada a limpiar desde los once años.

Cuando tuvieron confianza, él le preguntaba en algunos momentos que tenía libres, que eran bien pocos, si le gustaba leer y le dijo que sí, y le regalaba libros o comics del Capitán Trueno,

que él ya había leído.

A su madre no le gustaba que entablara conversación con ella, pero eso ella no podía evitarlo. Si no contestaba a Don paco o a Juan Carlos, era una maleducada.

Ella sabía que Juan Carlos la miraba y le gustaba y así fue cómo a ella empezó a gustarle también.

Cuando más podían hablar era por las tardes que bajaban de paseo por la carretera del pueblo. Juan Carlos bajaba con el hijo del capataz, que salía con una amiga de Rebeca. Así, se juntaban en la terraza donde los jóvenes se sentaban a tomar cerveza los cuatro o un refresco, y podían hablar o paseaban por las carreteras.

Una noche mágica, la acompañó a su casa y frente a la escuela, le dio un beso en los labios, que no se esperó y que tuvo sellado durante días. Al día siguiente, en el cortijo, no podía mirarlo.

Era el primer beso, que le daban en los labios y se sentía como en una nube. Era el primer beso que un chico le daba y eso fue muy importante para ella, sublime quizá.

Pero por la tarde fueron a dar un paseo por la carretera del pueblo y la besó. Y no fue un beso en los labios como el día anterior, sino en la boca. A Rebeca le pareció que besaba de maravilla, le gustaban sus besos y aprendió a besar como él le enseñó.

Y eso se convirtió en costumbre en cada rincón que encontraban y en cada minuto que pasaban juntos.

Se daban cartas a escondidas para leerlas por la noche como dos adolescentes enamorados.

Él le decía que no se había acostado con ninguna chica y ella tampoco con ningún chico. Que quería que ella fuese la primera. Que sería especial.

Cuando llegó la fiesta del pueblo en Agosto, tuvieron mucha suerte, ellos casi salían a escondidas. Y la abuela de Juan Carlos, se puso enferma, ingresó en el hospital de Jaén, y por tanto su madre y su padre se fueron con ella.

Se quedaron en el cortijo, los dos tíos mayores y él. Y ella subía más tarde, porque era fiesta.

La mujer del capataz, le dijo que no fuese tonta, que ella les ponía a los abuelos los desayunos y que viniera a hacerle algo de comida y recoger las camas y poco más. Así podía quedarse en el baile hasta la madrugada, como todo el mundo hacía. Hasta que la orquesta terminaba de tocar.

Cuando pasara la fiesta ya seguiría su rutina. Y eso hizo. Les hacía algo de comer y sus dos tíos mayores se echaban una siesta por costumbre.

Ese día se acostaron por primera vez en la habitación de Juan Carlos. Echó la llave de la habitación. Hicieron el amor y fue algo mágico.

Ella no tuvo ningún orgasmo la primera vez que lo hicieron, porque sus nervios y su inexperiencia no la dejaron y porque tenía diecisiete años inexpertos sexualmente. Y además él no duró nada porque también era su primera vez.

Pero sí tuvo una especie de orgasmo. La segunda vez que lo hicieron, sí que lo tuvieron ambos, y se amaban por lo menos dos veces diarias durante los siete días que sus padres estuvieron fuera.

Ella temía que se enteraran los tíos, pero eso no ocurrió. Cuando iba para el pueblo, no sentía más calor que el suyo propio.

Vivían en una nube de amor y sexo y aprendieron juntos a darse placer mutuo adolescente.

Un día, cuando terminaron de hacer el amor, él le dijo que la quería. Ella le dijo que también lo quería a él.

Fue el primer chico, que la besó y le tocó sus pechos, su sexo, con el que compartió su virginidad. La primera piel que sentía en la suya.

Probaron posturas que él sabía que existían, pero ella no. Y aprendieron juntos y experimentaron juntos.

Nunca hablaron de futuro ni de escribirse siquiera cuando pasara el verano. Ella no pensó en eso.

Era inocente, casi como él. Lo suyo, por norma no tenía futuro. Él se iba y ella terminaría el instituto e iría a la Universidad, si le daban beca.

Cuando el verano acabó y terminaba su trabajo en el cortijo, hicieron una última vez el amor, bajo un olivo. Él se escapó de casa cuando ella se iba a la suya por el camino y esa fue la última vez que se vieron. Hasta el día de la entrevista.

Ella supuso que le escribiría. Al pasar el tiempo y no recibir nada de él, pensó que la había utilizado, pasó de la esperanza a la desesperanza, a la rabia, al desamor, al llanto y a proponerse su futuro y olvidarlo.

Pero pasó tiempo y no pudo olvidarlo. Era una romántica empedernida y cuando comparaba con otros chicos no podía olvidarse de él.

Los siguientes veranos, lo echó mucho de menos y aunque no fue al cortijo se enteraba de si iba algún fin de semana o algo, pero nunca fue más allá. No lo vio más.

Escribió poemas como una adolescente tonta y lo buscaba en cualquier otro chico, pero ni se le comparaba.

Juan Carlos era un niño pijo que vestía bien y en aquel tiempo su madre le hacía a ella los vestidos de retales que compraba en la plaza, cuando venía algún vendedor, y era poca la ropa que se compraba y el resto de los chicos del pueblo igual.

Compararse con él era perder. Además Juan Carlos tenía una forma elegante de ser y de moverse y de vestirse y ella amaba a ese chico distinto.

Cuando entró en la Universidad, soñaba con encontrárselo en Jaén, por la calle o en cualquier lugar, Jaén era una ciudad pequeña, pero no se cumplió su sueño, porque él ya se había ido a Nueva York a montar su empresa y ella estaba allí en la Universidad.

Y no lo volvería a ver, pero se equivocaba.

El futuro se lo traería de vuelta un día, no muy lejano...

AHORA

¿Por qué terminó aquello? Él era rico y seguía siendo ahora más rico aún. Ella tenía una carrera, una cuenta nada desdeñable para ella, porque era muy ahorrativa y había trabajado duro cuatro años y tenía orgullo. Nada más.

Y menos mal que volvía a tener trabajo, si no, su cuenta no sería tan desdeñable dentro de unos meses.

Y ahora aparecía él para recordarle lo que le había quedado de aquél amor adolescente.

Recuerdos bonitos y recuerdos amargos para ella. La vida te devuelve cosas y a personas y ella jamás imaginaría que se encontrarían a miles de kilómetros de distancia, diez años después.

Y ese Juan Carlos, se parecía más a sus padres que el Juan Carlos que conoció en aquél cortijo.

Ella estaba en su apartamento el sábado por la tarde. Sentados en el sofá tomando un café, su vecino Ryan, quería ir a tomar una copa. Era gay, y era su mejor amigo desde que llegó a Nueva York.

Gracias a él salía a veces y su vida era más amena. Ya le había contado todo lo que le había pasado en la entrevista y tuvo que contarle toda la historia. Era un cotillo. Pero era la mejor persona que conocía.

—¡Ay! Qué historia de amor más bonita. Dos adolescentes descubriendo el amor y ahora después de nueve años te lo encuentras al otro lado del charco. Y es tu jefe. Eso debe significar algo, Rebeca.

—Sí, eso no debe ser normal. Significa que está bueno como nunca. Y es un hombre, no ese niño delgaducho que conocí. Pero es serio y clasista.

—No, es romántico amiga.

—No hay ya nada de romántico en ese hombre. Se parece más a sus padres elitistas que al chico que yo conocí.

—Bueno mujer, pero el primer amor nunca se olvida.

—Puede que para mí, fuera mi primer amor, pero estoy segura de que para él, yo fui su primer experimento sexual.

—Qué dura, no tienes que pensar así, Rebeca. Hay hombres vulnerables y románticos.

—Sólo tu cielo. Eres el único que conozco —y él se reía.

—Te quiero eres un sol de mujer. No sé cómo estas soltera y entera.

—Bueno, entera ya no estoy.

—Mejor, ya no hay vírgenes. No se lleva. Quizá te busque como antes y te eche un buen polvo.

—¡Qué dices, loco! —riéndose—. Ese busca chicas de tetas de silicona y labios de esos que parecen un culo.

—Cómo eres, que sepas que algún día me haré unos retoques.

—Pues yo, no pienso, para lo pequeña que soy, creo que no tengo suerte. Nadie me quiere

—Yo te quiero princesita.

—Pero te gustan los hombres. Pero te quiero mucho —y lo abrazó.

—Sí, mala suerte. Tendremos que buscarte un hombre macho, muy macho —haciendo un ademán.

—¡Qué payaso eres!

—Bueno, cariño, te dejo. Pásalo bien. Pero no te quiero ver triste. De eso hace ya nueve o diez años. Supéralo —mientras se iba hacía la puerta y cerraba tirándole un beso y soplando.

Su amigo estaba un poco loco, pero lo quería a rabiar. Era su hermano, su amigo y su hombro donde llorar. Y lo mismo era ella para él. Menos mal que lo tenía. Era un tesoro. Y además era alto y guapo, con unos ojos verdes preciosos. ¿Por qué todos los gays tenían que ser guapos? Así cómo iba a encontrar un hombre que le alterara las hormonas.

Esa tarde no quería salir, no tenía ánimos. Pensó en sentarse en el sofá calentita con su chándal y sus calcetines gordos de Papá Noel y ver una peli romántica. Hacerse un bocadillo, tomar una cerveza y no pensar en nada.

Porque llevaba desde el miércoles pensando en Juan Carlos. Estaba más guapo que nunca. Ya no era aquél niño flacucho, alto y delgado. Era un hombre muy atractivo y sexy y le dio rabia que aún mantuviera influjo sobre ella.

Aún tenía metido en su nariz el olor a colonia cara que había dejado en el despacho en el que le había hecho la entrevista.

Iba a cerrar la puerta con cerrojo cuando llamaron. Algo se le había olvidado a Ryan. Abrió la puerta...

—¿Se te ha olvidado al... go?

No era Ryan, era Juan Carlos, que vestía un impecable traje y un abrigo de diseño y olía de maravilla. Se había quitado los guantes y llevaba un ramo de rosas blancas en una mano y en otra comida.

—No creo. Lo llevo todo.

—¡Hola Juan Carlos! ¿Cómo sabes dónde vivo?, ¡ah, ya!

—¿Puedo pasar? Traigo la cena. Pero si esperabas a alguien, me voy.

—Con esta pinta, no espero a nadie, la verdad. Pasa.

—Espero no ser inoportuno. Me gustaría hablar contigo antes de que te incorpores al trabajo el lunes.

—Dame el abrigo, si quieres, aquí dentro hace calor. Gracias por las flores. ¡Siéntate! Pongo las flores en agua y llevo la comida a la cocina.

Se quitó también la chaqueta y sentó en un lado del sofá. Al otro lado había una manta. Seguro que ella estaba echada allí.

Se sentó Rebeca al otro lado y lo miró.

—¡Has cambiado mucho! La vida te ha tratado bien, aunque siempre te fue bien.

—Cierto. Tú también has cambiado. ¡Estás más hermosa!

—Gracias, pero seguro que no has venido a adularme.

—No, no he venido a eso, quería hablar de lo nuestro antes de que te incorpores.

—No hay un lo nuestro Juan Carlos —le dijo mirándolo fijamente.

—Pero lo hubo, hace nueve años, lo hubo.

—De eso hace ya mucho tiempo. Si crees que lo que tuvimos un verano influirá en mi trabajo para ti, te puedes quedar tranquilo. Eso ya está olvidado. Éramos adolescentes y los dos hemos crecido. Yo haré mi trabajo de manera profesional y así me comportaré. No sacaré ese tema. Ni voy a recriminarte nada, después de tantos años. No tengo por qué. Me agrada verte tan bien. Has sabido invertir en una empresa próspera. No sabía que era tuya. Encontrarnos después de tanto tiempo... es incompresible. ¡Quién lo iba a decir! Y menos al otro lado del charco.

—Pues a mí, sí me gustaría sacar ese tema, al menos una vez. Quiero darte una explicación, la que nunca te di.

—De verdad que no hace falta. Han pasado nueve años, Juan Carlos, éramos unos chicos adolescentes descubriendo sexo y otras cuestiones. Las cosas fueron como fueron y fueron bonitas, y ya está. Ahora tú tienes una vida y yo otra.

—No te creas todo lo que ves en las revistas con respecto a mí.

—No creo que te interese mi opinión sobre tu vida privada. De todos modos, no estoy en redes sociales, no leo revistas del corazón, ni de sociedad, ni financieras. Si acaso compro algunas de decoración y libros de lectura. No sabía ni que estabas en Nueva York.

—Me alegro. Rebeca... siento no haberme puesto en contacto contigo después de ese verano. Pero nunca te olvidé. Siempre he pensado en ti y en nuestra bonita historia. No sé si fue cobardía o si ya empecé a estudiar de nuevo. Pero te recordaba, fue una bonita historia la nuestra.

—Sí, fue muy bonita. Pero no te preocupes. Yo sabía que eso no iba a durar. Era un amor de verano, digamos. Tú vida era distinta a la mía y más en aquél tiempo, en aquél pueblo.

—Era muy joven y aún estaba estudiando y...

—Que no te preocupes. De verdad. Ni te sientas culpable de nada. Yo, no lo hago. Trabajaré para ti profesionalmente y nos olvidaremos de todo, ¿vale?

—¿Y si no quiero olvidarlo?

—Tendremos un problema. ¿Por qué te gustaría complicarlo?

—Porque desde que te he visto de nuevo, no he dejado de pensar en ti. Estás distinta. Hermosa y muy guapa y porque me excita sólo pensar que ahora te pudiese hacer el amor como un hombre y no como el joven torpe que era.

—No quiero que pienses eso —se puso roja —no podemos volver a repetir nada. No saldría bien. Segundas partes nunca fueron buenas, que dice el refrán. Además tú hablas de una asignatura pendiente y eso es una bobada, Juan Carlos.

—¿De verdad no estás saliendo con nadie?

—No, no tengo pareja. Solo un amigo gay y es mi vecino. Quizá te lo has encontrado al llamar. Y nada más. Mis compañeros de trabajo ya no lo son.

—Yo, tampoco estoy saliendo con nadie en serio. Nunca he salido en serio con nadie, y ¿tú?

—Tampoco. Me costó superar lo nuestro. Te lo digo en serio. No podría volver a repetirlo. Prefiero que seas mi jefe o lo que quieras llamarlo y nada más. No me gusta jugar a hacerme daño. No quiero. Prefiero trabajar y divertirme con mis amigos.

—¿Prefieres una noche de sexo sin más pretensiones?

—Eso es lo que tú haces, ¿no? No creo que seas un santo. Yo no lo hago. No es ese mi estilo.

—Pero si no has salido con nadie en serio, entonces no has...

—Dejemos el tema por favor. He salido con otros hombres, pero no una noche de sexo y ya está. He tenido un par de relaciones y no han ido bien. Punto. Se acabaron. Son historia ¿Qué has traído de comida?

—China, ¿te gusta?

—Sí, voy a poner la mesa. ¿Vino o cerveza?

—Cerveza mejor.

Mientras comían, preguntaron por sus padres, y hablaron sobre el pueblo y le contó que su madre había tenido Alzheimer y tanto ella, sus tíos habían muerto y su padre también. Ella le dijo que lo sentía. Sus padres, los de ella, aún vivían.

A pesar de todo les tenía estima. Comentaron cómo estaba éste o aquél, quién se había casado, los hijos que tenía tal o cual.

Cuando terminaron de cenar, recogió. Él le ayudó a recoger.

—Deja, vas a mancharte la camisa.

—Tengo más camisas Rebeca.

—¿Quieres café, té?

—Un café negro y sin azúcar.

—Madre mía, me tomo yo eso y no duermo en toda la noche.

—Soy un hombre que duerme bien. —Sonrió, él.

—No lo dudo.

Se llevó el café a la mesita del sofá.

—Me gusta tu apartamento. Es pequeño, pero muy bien decorado. Yo vivo en el edificio del trabajo.

—¿En serio?

—Sí, vivo en las dos últimas plantas.

—¿No te agobia no salir a la calle después del trabajo?

—Y salgo. A cenar. A pasear. Algunos fines de semana me voy fuera.

Se había acercado a ella en el sofá. Esperó a que ella se sentara. Lo había hecho a propósito. Ella se sentía algo rara cuando le invadían su espacio personal.

—Rebeca...

Se acercó a ella, demasiado. Le cogió la nuca y la acercó a su boca. Fue un beso como el que le había dado en la puerta del colegio.

Selló sus labios, pero ahora era el beso de un hombre. Empezó a temblar y él profundizó el beso con su lengua. Recorría todos los territorios de su boca y ella le correspondió.

Le echó las manos al cuello y él la pegó a su cuerpo. Habían vuelto nueve años atrás, pero ahora era distinto, eran adultos.

Él tenía mucha más experiencia y quería demostrárselo. Era un hombre experto, no un chico delgaducho y torpe. Quería que gritara de placer y quería poseerla hasta cansarse de ella.

A pesar de haber salido con muchas mujeres, ningún cuerpo había encajado en el suyo como en el de Rebeca. Pero ahora todo era distinto. Ahora él no temblaba como un adolescente. Ahora llevaba el control.

No supieron cómo se desnudaron. Él le había metido la mano bajo la camiseta del chándal y había tocado sus pechos desnudos. No llevaba sujetador y los recordaba más pequeños, pero ahora eran perfectos, le había quitado la camiseta y mordisqueaba sus pezones y los lamía, y ella estaba en otro planeta, gemía y eso lo excitaba a él, que le bajó los pantalones y se los bajó él también.

Ella miró y no recordaba que su miembro fuese tan grande. Estaba húmeda y dolorida por tenerlo dentro. Era un dolor mojado al que no pudo resistirse.

Él sacó un preservativo del pantalón y entró en ella y empujó hasta estar muy dentro y se movió primero lentamente y luego más rápido y ella le seguía gimiendo y él gemía también.

—Rebeca, eres preciosa. ¡Dios! ¡Cuánto hemos tardado en hacer esto!

Ella le animaba a seguir porque estaba a punto de tener el orgasmo de su vida. Era algo más profundo que eso.

Había estado años olvidándolo y deseando estar ahí y así con el amor de su vida. Ya no recordaba qué era un orgasmo, pero lo que sintió, fue algo poderoso, enorme y maravilloso.

El orgasmo de ambos fue explosivo y potente y ambos gritaron sus nombres. Cuando recobraron las respiraciones. Él se levantó y fue al baño. Al volver la tomó en sus brazos y permanecieron en silencio un rato.

—No ha debido ocurrir.

—¿Te arrepientes? —dijo mirándola.

- No, no me arrepiento ahora. Pero quizá me pueda arrepentir más adelante.
- No pienses eso ahora. Deja que la vida pase.
- Eso he hecho toda mi vida. Dejar que todo pase.
- Es tarde, debería irme. A no ser que me invites a dormir. Mañana no trabajo.
- Te has vuelto irónico con el tiempo. Buena forma de pedírmelo.
- Puedo hacerlo mejor...

Y volvió a tocar su sexo húmedo y se sorprendió que estuviera tan pronto lista para él.

Se quedó a dormir, pero se fueron a la cama, aunque durmieron poco. Casi al amanecer se quedaron dormidos y abrazados.

Despertaron casi a la una de la tarde del domingo. Nunca, desde hace años, se había levantado tan tarde. Se fue a la ducha, pero él se metió con ella y terminaron como empezaron.

- Tengo hambre.
- Salgamos a comer algo, damos un paseo y luego te dejo antes de ir a casa.
- Vale.

Estuvieron hasta casi las cinco, dando un paseo, comiendo en un restaurante cerca de su casa que ella le indicó y al que a veces iba.

- Quizá no sea el sitio a los que acostumbras a ir.
 - Yo me adapto a todo, no te preocupes.
- Cuando se despidió de ella, lo hizo con un beso apasionado.
- Hasta mañana. Te espero a las ocho. Y Rebeca...
 - Dime...

- No me arrepiento de nada y en el trabajo me comportaré como tu jefe.
- Eso esperaba. De otra forma, me sentiría incómoda.
- Gracias por ser comprensiva.

¿Qué había pasado? En un día lo había vuelto a ver después de nueve años y en tres ya se había acostado con él, claro que ahora no era un adolescente torpe. Era un hombre que sabía lo que hacía y lo hacía muy bien.

No sabía si había hecho bien o mal, porque no quería consecuencias en el trabajo que había conseguido y que no había empezado siquiera. Había sido una tonta.

No debía haberlo hecho. Con el jefe no se juega. Y no tenía intenciones de salir con nadie en ese plan, en el plan de estar oculta, o disimular o ser una más para Juan Carlos.

Ya había visto de qué iba y ella a pesar de ser del pueblo y haber sido su primera novia no iba a estas alturas a ser distinta y además no era ni de lejos como las mujeres con las que salía.

Se había metido en un buen lío y eso le causaba desazón y una gran preocupación. No sabía qué iba a pasar a partir de ahora. Se preocupaba demasiado.

Al día siguiente entró en el edificio dónde iba a empezar su nuevo trabajo. La secretaria, le dijo que su despacho estaba en la planta diecinueve.

Esa debía ser dónde trabajaba Juan Carlos. Cuando llegó, la chica de recepción, le dio su llave y abrió su despacho, encontró una placa con su nombre en una de las puertas y entró directamente. ¡Qué eficiencia!, una placa con su nombre.

Se había llevado una planta, y algunas cosas personales, para ponerlas en él. Su despacho, estaba pintado de un tono gris neutro. Y la madera del mobiliario era clara y daba un aire fresco. Tenía una mesa con un sillón, ordenador, impresora, fax, archivadores, estanterías.

En otro rincón, junto a la ventana, una mesa para diseñar y otra silla y muebles suficientes para

poner libros y carpetas. Enfrente de su mesa otras dos sillas Para recibir visitas. Y detrás de la puerta una percha de pie.

Encima de la mesa había diez carpetas. Debía ser el primer trabajo asignado.

—Toc toc. ¡Hola! Soy Charly. El arquitecto más guapo de la empresa. Y el único. Remodelo y diseño los apartamentos que tú vas a decorar. ¿Ya has decorado tu despacho? Me encantan las plantas. Y los marcos de los títulos.

—Gracias. Encantada. Rebeca. —Sonrió Rebeca.

—Trabajo en el despacho de al lado, la secretaria está al fondo, el abogado y un par de directivos ocupan el resto de los despachos. El gran jefe está al frente, al final.

—Bien, gracias por la información. Nunca se sabe —le dijo con una gran sonrisa.

Charly, tendría la edad de Juan Carlos, más o menos. Tenía un aire juvenil y una sonrisa preciosa. Era muy atractivo, alto, moreno y de ojos verdes. Muy amigable y simpático. Y olía muy bien.

—Tenemos que mirar esas carpetas. Luego ya hablarás con el jefe. Y te dirá lo que quiere.

Se sentaron juntos y empezaron a abrir carpeta por carpeta. Él le explico que eran un grupo de diez apartamentos de un edificio pequeño a las afueras de Nueva York.

Era una zona que estaba de moda, en la que se estaban mudando parejas jóvenes con poder adquisitivo, ya que la zona era cara.

Allí también Juan Carlos había adquirido un grupo de casas victorianas, que se estaban terminando de reparar y diseñar y que ella debía decorar y amueblar también más adelante.

Eran antiguas y estaban en pleno proceso de remodelación. La intención era vender todo decorado y amueblado. Solían venderse mejor cuando la gente veía las casas y pisos decorados, pues por lo general, los que se mudaban allí trabajan y era gente de alto poder adquisitivo que no tenía prácticamente tiempo para nada.

Era un barrio de las afueras que Juan Carlos, se había propuesto modernizar y convertirlo en un sitio tranquilo.

Había guardería, escuelas y hasta un instituto privado, parques y un pequeño lago. El lugar era maravilloso. Por lo que tenía proyectado adquirir más propiedades en la zona.

Así era cómo funcionaba la empresa de Juan Carlos. Iba a barrios, compraba a precio de ganga, convertía el barrio en un barrio seguro y bonito, los remodelaba y vendía a precio muy elevado.

Y ahora quería ir un paso más allá y probar a ver cómo resultaba vender con decoración incluida.

Le pareció una buena idea que tenía la empresa que absorbió y en la que trabajaba Rebeca. Vería qué tal funcionaba.

Era una experiencia piloto para él, pero confiaba en su decoradora que ya había realizado ese trabajo con anterioridad.

Rebeca y Charly, estuvieron viendo los planos de los diez apartamentos. Era un edificio pequeño de cinco plantas con dos apartamentos por planta.

Charly, le enseñó los planos y fotos de los apartamentos terminados. Habían arreglado la fachada y habían puesto césped alrededor del edificio con un caminito de piedras para entrar. En la parte de atrás del edificio tenía un pequeño parking para treinta plazas. Eso lo hacía más atractivo

—Son preciosos.

—No son muy grandes, y no sé si el jefe querrá que los amuebles y decore todos de igual

manera —mirándola a la cara. Era preciosa. Se había enamorado de ella, para Charly fue un flechazo. No había visto una mujer igual. Graciosa y con un cuerpecito de muñeca al que él le haría maravillas.

—No creo que sea buena idea. Si todo el mundo piensa que sus casas son iguales, no estarán muy contentos. Creo que sería mejor decorar cada uno con un estilo diferente. O de dos en dos con distintos colores. Esa sería una buena idea —decía Rebeca entusiasmada de su primer trabajo en esa empresa —así tendría que pensar solo en cinco clases de decoración. Ya estoy inspirada y tengo ideas para esto. Tengo que ver la zona primero y medir bien.

—¿Quieres un café, señora trabajadora?

—Vale. Me apetece.

—Voy y lo traigo y miramos las medidas. ¿Cómo te gusta?

—Descafeinado con leche y una de azúcar.

Volvió con dos cafés y estuvieron mirando las medidas de los apartamentos. De todas formas ella siempre tomaba medidas por su cuenta para amueblar y decorar en el lugar mismo, por si había alguna pequeña variación.

Charly le caía muy bien. Tenía unos ojos verdes maravillosos y grandes. Una voz sexy, olía de maravilla y era muy divertido. Le dijo que era muy guapa y empezaron a bromear y los dos se reían, cuando al levantar la vista, Juan Carlos estaba en el quicio de la puerta mirando muy serio.

—Veo que te has instalado. ¡Hola Charly!

—¡Hola jefe!

—Sí, gracias. Ya Charly me ha puesto al corriente de los apartamentos.

—Eso me parecía. ¿Nos dejas Charly, si has terminado? Tengo que hablar con Rebeca.

—Claro. Hasta luego. Si necesitas algo. Estoy aquí al lado. Tengo que terminar unos documentos antes de pasar por las casas.

—Gracias Charly.

Juan Carlos se sentó en una esquina de su mesa y la miraba fijamente como enfadado.

—¿Te divertías? —Le dijo en tono serio.

—Charly es un gran profesional y es divertido, sí.

No entendía qué le había molestado, pero no iba a dejar que le aguara el primer día de trabajo.

—¿Te ha puesto Charly al corriente de los apartamentos? —Cambiano de tema.

—Sí, tengo ya ideas para decorarlos. Tengo que verlos primero. Medir el espacio y sentir qué necesitan.

—Bien. Tendrás que desplazarte allí hasta que se termine la decoración. Puedes quedarte en un hotel. Luego pasas la factura a contabilidad.

—Puedo ir y venir. No me importa.

—Se te hará cansado.

—Pero tengo que comprar cosas de todas formas. Prefiero salir temprano y volver.

—Como quieras. Se te pagará un plus por la gasolina al mes. ¡Toma!, esta es una tarjeta de crédito cerrada. Tienes una cantidad para cada apartamento. Habrás comprobado que los electrodomésticos grandes, cocinas y baños, son todas iguales y están montados. Así que lo que falta, es cosa tuya. Ahí tienes las llaves de cada uno y de la entrada. Le dijo la cantidad asignada a cada apartamento.

—Creo que es mucha cantidad para cada apartamento. Suelo comprar cosas de calidad a buen precio. Trabajaba con varias tiendas. Si no te importa, puedo seguir trabajando con ellos. Me suelen hacer buenos descuentos.

—Mientras, me dejes hasta la última toalla y el apartamento listo para meter la ropa personal,

compra dónde quieras. Pero quiero calidad en todo. Es la primera vez que vendemos propiedades decoradas y amuebladas. Así que quiero un buen trabajo Rebeca. Confío en ti. ¿Sabes ya la ubicación?

—Sí, ya Charly me ha dicho dónde están. Si no te importa, me voy a tomar medidas y a coger ideas.

—Pasa antes por mi despacho.

—Vale. Recojo y voy.

Recogió sus cosas. Tomó la tarjeta de crédito, las llaves, su móvil y una carpeta para tomar medidas, su cinta profesional. Fotocopió los planos de cada apartamento para no cargar con carpetas, cerró su despacho, le dejó a la recepcionista de planta la llave de su despacho y se dirigió al despacho del jefe. Llamó a la puerta...

—Pasa y cierra con llave.

—¿Por qué con llave?

—Porque lo que quiero hacer, no quiero que nadie lo vea.

Se acercó a ella, la levantó como una pluma y la sentó en la mesa de su despacho.

Le subió la falda, le apartó el tanga a un lado. Se abrió el pantalón y se puso un preservativo y la poseyó sin miramiento. Ella no se lo esperaba y él le tapaba la boca con la suya y los gemidos con besos profundos y posesivos. Se movía con embestidas profundas y rápidas y alcanzaron un orgasmo potente, rápido y salvaje.

Para recuperar la respiración ella puso la cabeza en su pecho y él la cabeza en la suya.

Mientras, se bajaba la falda y se recomponía en el suelo.

—¿A qué ha venido eso? —le preguntó algo molesta.

—Estaba excitado. Me excitas todo el tiempo. No puedo evitarlo y te he visto con esa falda y no me he podido contener.

—¿Y qué pasa sobre que el trabajo es el trabajo?

—Soy el jefe. Puedo hacer lo que quiero.

—Deberías avisarme o preguntarme si quiero.

—No has dicho que no. O al menos no he percibido eso.

—Eres un tonto, ¿lo sabes?

—Cuidado, puedo echarte —mientras la cogía y la besaba.

—Chantajista. Me tengo que ir jefe.

—Otro beso, nada más. De todas formas estamos en contacto. Anota mi móvil. Lo que necesites. Me llamas. ¡Ah! y pasa antes por Recursos Humanos y firma el contrato. Y si te quedas en tu casa y no te da tiempo de pasar por la oficina, quizá te visite alguna noche.

—Adiós...

Cuando acabó, Bajó al parking. Tomó su coche, que era de gama pequeña, porque generalmente se movía en metro o en bus. Pero tenía un coche para desplazarse a almacenes de fuera, de pueblos donde encontraba gangas, o mercadillos, y porque tener un coche era sinónimo de encontrar un trabajo con más probabilidad.

Cuando llegó al pequeño pueblo. Buscó el edificio de apartamentos. Era pequeño, sin romper el paisaje de casas victorianas que estaban terminando y que deberían ser las que tendría que decorar. Miró el edificio por fuera. Sólo césped.

Quizá si quedase dinero, le pondría algunos árboles y macetones. Si no sería muy soso a la hora de verlos los compradores. Sin embargo, si veían flores de colores, era más llamativo. Un punto positivo antes de ver la preciosidad que ella iba a dejar allí.

Abrió el edificio y entró. Cerró con llave y se dirigió al primer piso.

Como había llegado tarde, intentó darse prisa en comprobar las medidas de todos. Eran preciosos y todo lo que tenía de gran calidad y unas terminaciones perfectas. Charly era un gran arquitecto y trabajaba con los mejores. Todo estaba impecable, claro que tendría que limpiarlos un poco otra vez, después de realizar su trabajo. Y lo haría. Los compradores debían ver el apartamento impecable.

Cuando terminó las medidas, apartamento por apartamento, para darse una vuelta y tomar notas de las ideas y el estilo de cada uno, decidió tener un estilo por planta con colores distintos, como pensó en un principio y cambiar los adornos para que parecieran distintos unos de otros.

Los apartamentos eran todos iguales, de tres dormitorios y dos baños, uno en la habitación principal, otro en el pasillo al principio del salón para los otros dos dormitorios, un pequeño cuarto de colada, y un gran vestidor en el dormitorio principal, en el resto armarios empotrados con puertas de aluminio blanco de rejillas, salón abierto a la cocina que tenía una pequeña isla preciosa donde ella pondría taburetes, y comedor con una pequeña terraza.

El hall de entrada a los apartamentos, era pequeño, con un ascensor y también necesitaba un toque. Alguna planta o adorno o cuadros, lo resolvería. Cuando tuvo más o menos las ideas claras, ya había anochecido.

Apagó las luces y emprendió camino a su casa. Al día siguiente lo primero que haría, sería ir a encargar los muebles de los dormitorios principales.

Todas las camas de matrimonio igual, todas las camas de invitados iguales. Distintos cabeceros para cada uno y los adornos correspondientes con su ropa de cama incluida. Haría de uno de los dormitorios un despacho, el más cercano al salón y el otro un cuarto de invitados, y tendría que comprar vajilla para la cocina, ropa de baño, electrodomésticos pequeños, etc.

Pondría también dos macetones en la entrada del edificio por fuera y algunos cuadros bonitos en los pasillos y lámparas preciosas en un almacén donde ella solía comprarlas.

En circunstancias normales, si todo iba a un buen ritmo y les llevaban los muebles a tiempo, podría tardar un par de semanas y luego un par de días para dar los toques finales, buscando algunas gangas y objetos decorativos.

Todos los apartamentos estaban pintados de gris y eran tonos neutros que resaltaría cualquier color con el que ella decorara.

Cuando llegó a casa, estaba cansadísima, así que un buen baño, una cena y sueño, le harían bien. Juan Carlos no la llamó esa noche.

A la mañana siguiente, se dedicó a ir al almacén de muebles donde solía comprar. La saludaron, ya que la conocían y ella les hizo el pedido de muebles y lámparas, pagó con la tarjeta, pidió su descuento, como siempre y le prometieron llevárselo en tres días. Luego se fue a comprar ropa para todo, el baño, los dormitorios, cortinas, mantitas para los sofás, mantas, edredones, cojines, para la cocina, etc.

Y ya había concluido el día. Eso se lo llevarían al día siguiente. Con lo cual dio por concluida la jornada. Se fue a casa como siempre. La llamó Juan Carlos, tarde ya, para ver cómo le iba. Le informó de todo y él le dijo que aún tenía una reunión en el despacho y saldría tarde.

—Te echo de menos. Ahora que sé que estás me muero de ganas de verte de nuevo. Si no te veo antes, el fin de semana nos vemos. ¿Podemos salir fuera, te apetece?

—Me parece estupendo, así desconecto un poco. Adiós, te dejo con tu reunión.

—Adiós, guapa. Estamos en contacto.

La semana pasó volando, le llevaron la vajilla, los muebles, los pequeños electrodomésticos, y ropa y estuvo colocando todo lo que pudo, planchando las cortinas mientras las colocaba y los

edredones y ropa de cama, cortinas, edredones, lámparas etc. Siempre se llevaba de su casa el primer día unas escaleras y una plancha vertical que le ayudaba en su trabajo bastante.

Decoró los pasillos con unos cuadros vintage de pintura impresionista.

Sólo faltaban algunos toques, limpiar, y decorar el hall. Así que se le ocurrió poner un espejo grande pero decorativo y estilo vintage y se fue a comprarlo y de paso al vivero con el que ella trabajaba y encargó unas cuantas cosas para la entrada y el hall para que se las llevaran lo antes posible ese día.

Unos macetones para la entrada del edificio, a cada lado de la entrada.

El chico del vivero le plantó unos arbolitos entre el césped y le hizo unas ruedas alrededor con geranios de colores que duraban más y un par de macetones altos para el hall. Quedó maravilloso. A Juan Carlos o a cualquiera le encantaría.

Probablemente lo terminara para el lunes o el martes. Porque tenía casi medio día para limpiar, hacer fotos de cada rincón y añadirlas a las carpetas.

Tenía guardadas también todas las facturas de lo que se había gastado en cada apartamento y tenía que ordenarlas. Eso era trabajo de despacho cuando finalizara todo. Y si todo salía bien, de la tarjeta de crédito podían quedarle algo más de tres mil dólares. Todo un ahorro.

El viernes a mediodía, decidió pasar por la oficina. La habían llamado para recoger el contrato que había firmado el primer día, ya que no había tenido tiempo antes.

CAPÍTULO TRES

Se había pasado fuera toda la semana. Aprovechó también para hacer fotocopias de las facturas de lo que ya había comprado y dejarlas en las copias de las carpetas archivadas de cada apartamento que ella había preparado, ya que las originales, debía entregarlas junto con la tarjeta de crédito.

Y quería dejar una copia de todo en su despacho por si había algún problema y porque a ella, le gustaba guardar sus trabajos tanto en las carpetas en un pendrive y subir las fotos al pc era su forma de trabajar. Le llevaba más tiempo, pero a cambio poder coger alguna idea para otra ocasión y todo estaba archivado.

Se pasó por el despacho de Charly y estuvo un rato charlando con él. Las casas victorianas ya estarían algunas terminadas para la siguiente semana. Con lo cual tendría que volver a empezar, y una casa llevaba más tiempo que un apartamento.

Cuando acabó casi era la hora de irse. Pasó por el despacho de Juan Carlos. Llamó y cuando él dijo: —adelante —pasó.

—¡Hola, no te esperaba esta tarde!

—Bueno, terminé el trabajo en los apartamentos hoy a mediodía y he trabajado un poco guardando datos y archivando, aún me falta. Como mucho me quedan dos días, creo que el viernes, al final del día estará todo totalmente acabado, archivo incluido, pero eso, ya lo puedo hacer en el despacho

—Pues te reservo el miércoles por la mañana de once a doce y media —mirando su agenda — y echamos un vistazo. Me traerás las fotos. Claro. Y por la tarde vamos a verlos después de comer. Si te parece. Me gustaría que salieran al mercado para la siguiente semana o al final de la que viene, depende del departamento de ventas de la inmobiliaria.

—Perfecto.

—Oye, Rebeca, te prometí que podríamos salir fuera este fin de semana, pero tengo un evento al que asistir mañana por la noche. Podemos dejarlo para más adelante si no te importa. Esto es importante.

—No te preocupes. De todas formas, va a nevar y estoy cansada. No hay problema. No te preocupes. Bueno, me voy ya. Hasta el miércoles si no nos vemos antes. Estaré por los apartamentos hasta finalizarlos del todo.

—Hasta luego entonces.

—¡Hasta luego Juan Carlos!

Salió decepcionada del despacho de Juan Carlos, cerró su despacho y se fue. Se fue con el corazón encogido y las lágrimas a punto de saltar.

Por fin llegó a su coche y pudo llorar. ¿Qué había pasado? Sabía que no tenían nada, ninguna relación, pero había pasado de querer hacerle el amor a tratarla como a una más con frialdad y distancia y aunque fuera en el trabajo.

También días atrás se había saltado las normas que él mismo había impuesto. Estaba dolida. Se había mostrado frío y distante.

Se sintió estúpida, imbécil, le dio golpes al volante, llamándose ella misma. Pero se juró que no volvería a pasar, a perder las riendas de su vida y de sus actos con él.

Si Juan Carlos pensaba que iba a acostarse con ella, cada vez que le apetecía o aparecía por su

casa cuando él quisiera, o tratarla como a una más de sus conquistas, estaba equivocado o no le iba a hacer dueño de llevar la situación.

Se había acabado. Iba a seguir con su vida y a no esperar una llamada de él como si fuera una pobre indigente que suplica un poco de amor. Trabajaba para él y punto. La había tratado mal.

Que se lo hubiese permitido de adolescente, bien, porque eran jóvenes, pero no iba a tolerar que ningún rico malcriado la llevara por donde no quería.

Ese Juan Carlos, no era aquél chico que ella conoció. Este Juan Carlos de ahora, era un clasista, como sus padres. Pero a ella, nadie la trataba así. Trabajaba para él y punto. Nada de relaciones en el trabajo.

No debería haberlo permitido desde el primer día. Se había comportado como una mujer débil.

Se debió al hecho de volver a verlo después de tantos años y a que había sido el primero, pero eso, se había acabado.

No iba acostarse con ella cuando quisiera, a tratarla como quisiera cuando trabajaba con él, y sobre todo a avergonzarse de llevarla a un evento. ¿Quién se creía que era?

Tenía un evento o cena el sábado, pero no le habló de esa noche de viernes ni del domingo tampoco, y ella no era así, le gustaban las explicaciones y él no era de esos. Por eso ya no era ese chico.

Habían cumplido una asignatura pendiente. Había estado genial, pero se acabó. Hasta ahí habían llegado.

No quería tener más relación con ella. Estaba claro. Por alguna razón, estaba arrepentido de lo sucedido y no quería continuar. Bien. Ya sabía a qué atenerse. Relación laboral solamente. A ella tampoco eso le hacía feliz esa situación de estar disponible. Debía pasar página. Ya había descubierto quién era en realidad. Y no era el hombre que ella había idealizado.

Ella sabía contenerse y no iba a sacar el tema ni le iba a recriminar nada, si él no lo sacaba. Y se olvidaría con el tiempo. Nada de cerrar con llave en el despacho. Si quería echarla del trabajo, que la echara.

Ya se buscaría otro trabajo. Era una profesional y como tal se portaría, encantadora, agradable y simpática. No iba a darle el gusto de que la viera ni enfadada ni dolida. Si para él no había significado nada, para ella tampoco.

Juan Carlos, la vio salir del despacho y se sintió como un estúpido. Sabía que la había tratado mal sin pronunciar palabras.

Ella, esperaba más de él, lo sabía. Pero había roto incluso sus normas. Le había hecho el amor en su despacho como un hombre de las cavernas.

Rebeca había sido su primer amor, pero sabía que no era una mujer que se acostara con un hombre así como así. Y él había deducido, aunque podía estar equivocado, ser el único con el que se había acostado, dos veces en la vida.

Ella querría una relación seria, familia, hijos. Era una mujer para formar una familia. Y él, no estaba aún seguro de querer eso, todavía no, aunque lo excitara como nadie. No estaba preparado aún.

Tenía sentimientos por ella. Lo reconocía. Habían estado ocultos durante nueve años, pero tenía treinta años y aún no era el tiempo de casarse ni de tener familia.

Y ella, era de las que se casaban. Y Juan Carlos estaba acostumbrado a otro tipo de mujeres, altas y estupidas. Y a otro tipo de relaciones y se sentía incómodo.

Ella, tenía un cuerpo estupendo, lo reconocía, pero no estaría a su altura. Y reconocía ser un clasista.

Por ello invitó al evento a una de sus amigas, altas y estupendas, para que la prensa escribiera notas sobre él, como siempre.

Por otro lado, no podía evitar desearla, pero tampoco la iba a tratar como a las demás mujeres con las que salía.

No sería justo para ella. Así que tomó la decisión de dejarlo estar. Sin dar explicaciones, porque sería peor. No sabría qué decir.

De todas formas eran adultos ya. Ella lo entendería. Y no se iba a pasar con ella la vida pidiendo disculpas porque no le había prometido nada. Nunca lo hacía con ninguna mujer.

Cuando llegó Rebeca a casa, se duchó y se prometió no llorar. Ni una lágrima más por ese hombre.

Ryan llamó a la puerta cuando se disponía a prepararse la cena.

—Ni hablar guapa, vamos a salir a cenar, así que ya te estás vistiendo. Luego vamos a tomar una copa.

—No tengo ánimos.

—Sí que tienes, no admito un no por respuesta. No te tienes que arreglar tanto. ¡Venga!

Y la empujó por el pasillo al dormitorio y le eligió la ropa. Quizá le viniese bien salir un rato. Se animó y cuando estaba lista para salir, la llamaron al teléfono. No conocía ese teléfono.

—¡Hola guapa! Soy Charly.

—¡Hola Charly!, perdona que no me despidiera. Tenía prisa. No sabía quién eras, el número era desconocido.

—Bueno, he conseguido tu teléfono. Espero que no te importe.

—No pasa nada. Ya guardo el tuyo. De todas formas tenemos que estar en contacto.

—Quería pedirte... una cita.

—¿Una cita? —preguntó ella sorprendida.

—Sí, mañana tengo un evento, cena para ser exactos y baile.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No, te llamo para que no vengas.

—Muy gracioso —le dijo riendo —Vale. ¿A qué hora es?

—No me lo puedo creer, ¿en serio vienes? Eres muy facilona.

—A ver si me voy a arrepentir...

—No por favor. Por un momento pensé que estarías saliendo con alguien.

—No, no te preocupes. No salgo con nadie —y él se alegró inmensamente.

—Pues te recojo, si quieres.

—Mejor quedamos allí. Dame la dirección y la hora.

—Está bien. Te la mando en un mensaje.

—¿Hay que ir de largo?

—Sí. ¿Tienes vestido?

—Por su puesto. Hasta mañana Charly y gracias por invitarme.

—Gracias a ti Rebeca por aceptar. Te espero en la puerta. Hasta mañana.

Tuvo que contarle a Ryan lo que le había pasado con Juan Carlos y que Charly, el arquitecto y diseñador la había invitado.

—¿No será el mismo evento al que va tu jefe?

—Espero que no. Charly se ve más sencillo. No sé. Y si es, que se fastidie, voy a ir maravillosa. Recemos para que no. Bueno, vámonos donde me lleves.

—A ver si te aclaras hija. Y además has mentido... No tienes vestido de noche. ¡Has mentido!

—Mañana voy de compras.

—No, nada de eso, mañana, vamos de compras.

—¡Cómo eres!, me harás gastar una pasta.

—Lo mereces. ¡Venga...! La noche es nuestra.

Y salió con Ryan esa noche y al menos por unas horas, se olvidó del trabajo y de Juan Carlos. Sin embargo, se le quedó la imagen de Charly en el pensamiento.

Estaba contenta de que un hombre como él, se hubiese acordado de ella para invitarla a salir y no iba a defraudarlo. Era un evento importante y a él no le había parecido inferior, ni ella se sentía así con él. Era un arquitecto importante y guapo. Sencillo y divertido y le gustaba.

Al fin, tuyo que llevarse a Ryan a casa, porque este no quería irse y eran las tres de la mañana. Al final se lo habían pasado muy bien. Los amigos de Ryan, eran estupendos y se reía mucho con ellos.

No era cierto que tenía un vestido largo, pero no había problema, cuando el sábado se levantó, Ryan y ella, fueron a desayunar fuera y de compras al centro comercial. Se compró un vestido largo negro con manga larga en una boutique.

Sencillo con algo de escote que dejaba asomar sus senos y pegado al cuerpo, por encima de los zapatos, que le quedaba fantástico.

También se compró unos zapatos altos de tacón, guantes nuevos, un bolso y unos pendientes algo largos sin llegar al cuello.

No solía comprarse mucha ropa, pero como estaba en el centro, y estaba Ryan, aprovechó para comprarse algunos conjuntos de ropa interior sexy, medias, y tres trajes para el trabajo. También se compró un abrigo corto para el vestido.

Y un perfume caro. Total se gastó casi el sueldo de un mes. Pero tenía dinero ahorrado y podía permitírselo. A partir de ahora, iría al menos una vez al mes y se compraría ropa.

El resto del día estuvo descansando sin hacer nada más que ver una peli, echarse una siesta y darse una ducha.

Se vistió, se hizo un moño alto, se dejó algunos mechones rizados fuera y se maquilló a conciencia. Tomó el bolso, metió su móvil, dinero y el carnet y salió a casa de Ryan. Cuando le tocó la puerta, este silbó.

—¡Madre mía Rebeca! Desde que somos amigos nunca te había visto tan guapa. El arquitecto se va a quedar con la boca abierta. Bueno, el arquitecto y todo el salón. Pequeñilla pero matona.

—Bueno, no pienso en él de esa manera, aunque si lo vieras, te quedarías prendado. Sólo me ha invitado a salir de acompañante.

—Por algo será. Ya verás. Un tío no te invita así porque sí, si no le gustas.

—Voy a llamar un taxi. Ya te cuento mañana casamentero, que me quieres ver ligada a todo el que te cuento.

—Faltaría más. Quiero todos los detalles.

Cuando llegó al sitio indicado, supo que había hecho bien en ir de compras. Aquello era un evento con gente rica. Charly la vio y se acercó a ella, la besó en la cara.

—¡Qué guapa estás, madre mía! Eres la reina de la fiesta.

—Tú también estás muy guapo con smoking.

—La ocasión la merece. Vamos dentro. Tenemos la mesa reservada.

—¡Qué bonito es esto! —Miraba a todos lados.

Se agarró del brazo de Charly y conforme iban caminando ella admiraba el salón. Era una preciosidad. Y ella que era decoradora de interiores, no dejaba pasar una.

Los colores en verde, eran maravillosos, las lámparas, las mesas y las sillas preciosamente

decoradas.

El evento era un concurso de unos premios literarios, que daba una ONG importante por Navidad.

Cuando llegaron a la mesa, que era redonda para diez comensales, se le quitó el apetito. Allí estaba él, fastidiándole la fiesta y la noche con Charly. Estaba con una rubia que lo tocaba como si fuese de su propiedad. Una rubia guapa, alta y pegajosa. Como las mujeres que a él le gustaban.

O sea, que tenía razón, no la había invitado porque creía que ella no estaba a su altura. ¡Qué imbécil era! La había menospreciado. Y eso no se lo iba a perdonar jamás. Bastante humillación tuvo aquél maldito verano con sus padres, pero después de tantos años, él era igual que sus padres.

A él tampoco pareció hacerle gracia que ella estuviese allí, pero en realidad lo que le había enfadado era que estuviese tan guapa y hubiese ido con Charly.

Se saludaron y se sentaron todos. Charly no se dio cuenta de nada o eso creía ella.

Durante la cena, ella se mostró agradable, amable con la rubia, con Juan Carlos y sobre todo muy animada con Charly.

Si no fuese porque creía estar enamorada del hombre más imbécil del planeta, saldría con Charly. Era ingenioso, gracioso, amable y sabía tratar bien a una mujer. ¡Quizá se lo pensase llegado el caso! De lo que estaba segura era de que no iba a acostarse jamás con Juan Carlos.

Juan Carlos, estaba pasando la peor noche de su vida. Se sentía molesto y celoso. Rebeca estaba guapísima, preciosa, ingeniosa y lo trataba bien para colmo.

No le guardaba rencor siquiera por lo mal que él mismo se había comportado con ella. Pero no le gustaba nada que estuviese con Charly, que él la hubiese invitado. Lo de la rubia que lo acompañaba había sido un error.

Y le molestaba que Charly le dijera cosas al oído. Y menos que bailase con él cuando la cena terminó. Que Charly la tocara siquiera, la cogiera por la cintura y la abrazase para bailar. Y ella, le pusiera las manos en el cuello, arrojando sus senos al pecho de Charly.

Hacían buena pareja y estaba irritado. Él mismo había tenido la culpa de todo cuanto había ocurrido.

Ella no lo miraba, estaba pendiente de Charly. Iba a perderla por segunda vez en su vida y estaba seguro que no habría terceras oportunidades con Rebeca.

Cuando la fiesta terminó. Charly la llevó a su casa y le dio las gracias.

—Ha sido increíble. Tenemos que repetir.

—Ya veremos. Aunque eres un buen bailarín.

—Buenas noches Rebeca y gracias de nuevo.

—Buenas noches.

Salió del coche. No quiso que la acompañara dentro. Entró en su apartamento. Era muy tarde. Casi las dos de la mañana. No pasaron ni cinco minutos cuando llamaron a la puerta. Se asustó. Pensó que era Charly, o Ryan.

Tenía que ser su vecino cotilla al quería más que nada. Pero a las dos de la mañana, cuando había quedado al día siguiente para ir con él a un mercadillo de su barrio para comprar algunos objetos que darían por finalizado su proyecto de los apartamentos... era raro.

Miró por la mirilla del apartamento. Era Juan Carlos. ¿Qué quería ahora, a estas horas de la noche? ¿No se había ido con la rubia? Le abrió la puerta, pero no iba a dejarlo pasar.

—¡Hola! ¿Qué quieres a estas horas que no me hayas dicho en la cena?

—¿Estás saliendo con Charly?

—¿Estás saliendo con Mirna, la rubia?

—Déjame entrar. Tenemos que hablar.

—No. Es muy tarde ya y estoy cansada. Lo que tengas que decirme será otro día. Hoy me lo he pasado muy bien y ni tú ni nadie me lo va a estropear.

—Está bien, como quieras. Vengo mañana a mediodía y comemos.

—No puedo. Tengo que ir al mercadillo a comprar algunos objetos para los apartamentos. Y tengo cita para comer.

—Pues por la tarde.

—Mejor para cenar. Suelo limpiar un poco y echarme una siesta.

—Para cenar entonces.

—Trae la cena. ¡Adiós!

Y le dio con la puerta en las narices.

—¡Maldita sea!

Ninguna mujer le había dado con la puerta en las narices. Ni le había negado la entrada a su casa. Se lo merecía, pero maldita fuera.

Había perdido el control sobre ella. Estaba herida. Tendría que trabajar mucho para conseguir que confiara en él de nuevo.

El domingo por la mañana, no se levantó muy temprano. Su amigo Ryan, la llamó a las diez y media y aún estaba en la cama.

Se levantó y desayunaron fuera. Se llevaron su coche y le dieron dos vueltas al mercadillo comprando esto y lo otro.

A Ryan, le encantaba comprar y sobre todo regatear. Tenía un arte especial y un master en regateo. Por eso se lo llevaba. Lo pasaban muy bien. Después de llenar el coche y el maletero de objetos, fueron a dejarlos en su casa.

Al día siguiente, tenía que volver a cargarlos. Así que dejó los que tenían en el maletero y se llevó los que estaban a la vista. Luego, salieron a caminar y comer juntos.

—Ryan, ¿cuándo me vas a presentar a algún chico?

—Querida, no sé, espero que pronto. He conocido a un chico guapísimo, pero no quiero decir nada, ya sabes lo que me pasa, me ilusiono y ¡Voilà! Todo se lo lleva el viento. Pero cuéntame lo de anoche, venga.

—Adivina quién estaba en la cena...

—No me lo digas. Tu jefe. No quiero decir te lo dije, pero ¡te lo dije!

—¡El mismo!

Y le contó todo. No tenía secretos para él. Sabía guardar muy bien los secretos y confiaba en su amigo. No tenía a nadie más.

—Hiciste muy bien en no dejarlo pasar. Ahora que sufra un poco.

—Va a venir esta noche. Le dije que trajera la cena. ¡Dios!, ¡Está tan guapo!

—Por mucho que te guste, tiene que luchar por ti. Está en su mano, Rebeca. No vayas tras él ni lo busques. Si lo haces, lo perderás. Que sea él, el que no pueda pasar sin ti. Este tipo de hombres y permite que te lo diga, está acostumbrado a que las mujeres le bailen el agua. Pero que una mujer le ponga en su lugar, lo descoloca. Porque ellos creen tener el control. Pero tú también tienes tus deseos e intereses y debes aprender a decir No. ¿Lo sabes?

—Si cariño, gracias. ¡Qué iba yo a hacer sin ti!

—El tonto. ¡Anda come!

Por la tarde, cuando llegó a casa, estuvo hasta casi hasta las cuatro limpiando el apartamento y haciendo la colada. Cuando acabó se duchó y se sentó con un café en el sofá. Puso la televisión y

se quedó dormida. Cuando despertó eran casi las seis y media de la tarde.

Seguro que Juan Carlos llegaba sobre las siete. Así que se puso unos vaqueros y un jersey y se peinó y maquilló un poco.

No se equivocó, a las siete en punto, llamaron a la puerta. Era él. Lo dejó pasar. Traía una piza familiar.

—Espero que te guste la pizza.

—Me gusta, sí. La dejo en la cocina y luego la calentamos.

—¡Estás muy guapa!

—Gracias, pero seguro que no es eso lo que has venido a decirme.

—No. Anoche me puse muy celoso.

—Bueno, cada uno se busca lo que quiere. Te lo hubieses ahorrado si me hubieses invitado a mí.

—Quiero que sepas que te amo. Nunca he podido olvidarte. Me gustas, me excitas, pienso en ti a todas horas.

—Pero...

—Pero no puedo ahora. No es el momento de formar una familia. Tengo sólo treinta años. Sé que eres una mujer familiar. Tampoco te voy a pedir que esperes, ni voy a despedirte del trabajo. Vamos a coincidir muy poco. Hay algo que me impide seguir. Espero que me entiendas Rebeca. He hecho una vida a mi manera. Salgo con mujeres y nada más. No tengo relaciones serias. Si estuviésemos juntos, no sería igual que con las demás mujeres. No sé. Quiero disfrutar de mi vida. He trabajado mucho para conseguir lo que tengo y me cuesta estar atado, de verdad. Lo siento.

—Yo sí que lo siento. No me enfado, comprendo que tú tengas tu vida. Encontrarnos de nuevo, ha sido una coincidencia que la vida nos ha puesto en el camino. Digamos que hemos resuelto una asignatura pendiente. Que hemos hecho el amor un par de veces como adultos. No tiene la mayor importancia. Podemos seguir con nuestras vidas. Yo no te guardo rencor. Ponemos punto y final y ya está, tan amigos. Pero eso sí. Me vas a prometer una cosa.

—Dime, lo que quieras.

—Comprenderás que no voy a acostarme más contigo.

—¿Por qué no? Si lo pasamos bien, podemos...

—Lo siento, pero no.

—¡Maldita sea Rebeca!

—No, gracias, ese tipo de relaciones, te vienen bien a ti, pero no voy a acostarme con un hombre que me llama cuando le interese acostarse conmigo, hoy y mañana salga con una rubia para llevarla a un evento porque crea que soy inferior y no estoy a la altura de las circunstancias. No soy una mujer a la sombra.

—Nunca he pensado que fueses inferior —mintió a sabiendas.

—Bueno, eso no importa. Yo, esas cosas te las respeto, pero yo no voy a participar en ese juego. No necesito ningún hombre y si por alguna circunstancia saliera con alguno, sería un hombre para mi sola. De verdad. Te lo vuelvo a repetir. Me gustaría que teniendo claras tus prioridades, tuviésemos sólo una relación de trabajo y dejemos nuestra historia en paz.

—Me gustaría dejarla en el aire.

—Bueno, tú déjala como quieras. El aire no se detiene, avanza. Y yo no voy a esperarte. Seguiré con mi vida. Tengo veintiséis años. No voy a esperar verte casado algún día para seguir con mi vida. Lo siento.

—Yo también lo siento. Pero no quiero perderte.

—No puedes tenerlo todo, Juan Carlos y yo no voy a arriesgarme más ni a esperarte más.

—¿Entonces seremos amigos?

—Seremos jefa y trabajadora de tu empresa y como tal, te trataré. Tampoco voy a ser inflexible. Soy una persona educada.

Estaba deseando que se fuera de su casa. Estaba decepcionada e indignada. Estaba muy dolida. Pero aguantó bien la cena.

Y en ella, sacó el tema de los apartamentos y las ideas que tenía para las casas victorianas. Cuando terminaron, ella le dijo que estaba cansada y él se dio por aludido y se levantó para marcharse.

—Lo siento Rebeca. Si esto hubiese ocurrido algunos años más tarde, todo sería diferente.

—No te preocupes, de verdad. De todas formas, me alegro de haberte encontrado y de trabajar para ti. Me encanta mi trabajo. Gracias por darme esa oportunidad. Y no me arrepiento de nada, de verdad.

Le dio un beso, desprevenido en los labios y salió de su vida amorosa. Y ella lo sabía.

Llamó a su amigo Ryan y estuvo llorando un buen rato. Pero se prometió que su vida ya no giraría alrededor de Juan Carlos.

Ese capítulo se había cerrado, quizá no fuese todo tan negativo, encontrarlo y acostarse con él, le daba alas para conocer a otras personas y seguir con su vida. Juan Carlos también tenía derecho a vivir su vida como quería.

Ella, no lo iba a obligar a nada. Además lo entendía, era un hombre joven, con dinero y libre, que había trabajado para llegar a donde estaba y tenía la vida que quería y quizá al verla a ella había sido sincero y sólo quería hacer el amor como un hombre y no como un chico adolescente y torpe con ella.

Ahora, ya sabían los dos cómo era hacerlo de mayores y no había nada más de todo cuanto ella había imaginado. No había amor, eso no podía serlo. Había una atracción mutua, pero nada más.

Pero lo que le proponía Juan Carlos, era inaceptable para ella, y Rebeca, también decidía en su vida como Juan Carlos en la suya.

No iba a aceptar acostarse con él en la sombra cuando a él le apeteciera o tenía tiempo para ella.

Por eso no pasaba por mucho que le gustase. Así que lo mejor que podía hacer era tratarlo como su jefe y pasar página cuanto antes mejor y darse la posibilidad de conocer a otras personas.

Ya le había dedicado a él demasiados años de su vida, muchas horas de ensoñación, y tiempo perdido.

El lunes, se fue directamente a dar los últimos toques a los apartamentos. Colocó los últimos adornos, retocó y retocó hasta darles formas a todos y cuando consideró que todo estaba listo, se sintió satisfecha. Ya sólo quedaba limpiarlos un poco y hacer las fotos.

Y salió a comer, y a comprar algunos productos de limpieza, para por la tarde limpiarlos y dejarlos listos.

El martes le sacaría fotos por la mañana y por la tarde iría a la oficina a dejar todo listo para la reunión del miércoles con Juan Carlos.

Cuando salió del edificio, pasó por delante de las casas victorianas y vio a Charly.

—Hola Charly, ¿qué haces por aquí?

—Hola Rebeca, ¡qué alegría verte! Estoy dando el último vistazo a las casas. Ya tenemos casi tres listas.

—Pues ya tengo algunas ideas para eso. Y cuando las vea...

—¿Dónde ibas?

—Iba a tomar algo y a comprar productos de limpieza para dejar listos los apartamentos, para hacerle las fotos mañana para el archivo.

—Te invito. Yo también necesito comer.

—Iba a tomar cualquier cosa.

—Pues tomemos cualquier cosa.

—Vamos.

Al final fueron a una cafetería y pidieron un bocadillo y una cerveza. Charly era una persona excelente, además de guapo.

Ella se dio cuenta de que era muy atractivo y de que las mujeres lo miraban. Pero él parecía no darse cuenta. Siempre iba muy bien vestido y olía muy bien.

—Y dime Rebeca, ¿por qué una mujer tan guapa como tú no tiene un hombre en su vida?

—Eso me pregunto yo. Pero no he encontrado ningún hombre que mire a una sola mujer. Ese es el verdadero motivo. Bueno también que me guste, que sea guapo, gracioso, rico —riéndose— y romántico. De todas formas soy joven. Tengo veintiséis años aun.

—Mucho pides tú.

—Ya te lo dije. No lo hay.

—No has buscado bien.

—Y tú, ¿cuántos años tienes?

—Treinta y uno cumplí el mes pasado. Y no tengo una mujer, porque las chicas los prefieren ricos, guapos, graciosos, altos, bueno, alto soy... no, la verdad es que no he encontrado a nadie que me guste de verdad, que me altere las hormonas masculinas que corren por mis venas.

—Vaya dos estamos hechos.

—Sí.

Si Rebeca supiera lo que a él le gustaba y lo que le pasaba a sus hormonas masculinas cuando la veía... Desde la primera vez que la vio supo que era una mujer especial.

La había conocido hacía dos semanas, pero cuando la veía, su pulso sí que se alteraba. Era pequeña y preciosa para él, una muñeca y una mujer con carácter, como le gustaban a Charly. Era una buena chica y le gustaría conocerla a todos los niveles.

Él era un hombre alto, pero a Rebeca, le encantaba su forma elegante de caminar, su pelo algo largo y su sonrisa.

Charly, iba a luchar para que saliese con él en serio. Le gustaba, le gustaba mucho, más de lo que le había gustado nunca nadie.

Él había salido con algunas mujeres. Sus relaciones las buscaba duraderas. No era un hombre de salir con una hoy y mañana con otra. Pero ninguna de las relaciones había cuajado lo suficiente como para seguir, no conseguía esa conexión mutua y sobre todo esa química sexual y en todos los sentidos que debía existir.

Después de comer, la acompañó al almacén a comprar los productos de limpieza y se los subió a los apartamentos. Quería ver cómo habían quedado. Rebeca se los enseñó todos.

—¡Esto es precioso! Todos son preciosos, Rebeca. Haces un trabajo estupendo.

—Gracias. Pero si no fuese porque me los dejas listos...

—De verdad que tienes muy buen gusto. Y un talento especial. Creo que se venderán todos enseguida, ya verás. Bueno, tengo que irme, voy a dar unas instrucciones y voy a la oficina. Mañana por la tarde te veo.

—Gracias Charly, por la comida. La próxima te invito yo.

—Te tomo la palabra, pero en cuanto a pagar, soy un caballero a la antigua.

—De esos no quedan.

—Sí que quedan, yo —y se reía.

—Hasta mañana.

Y Charly se acercó y le dio un beso en la cara de despedida. Y aunque fue algo de lo más normal, ella se quedó pensativa. Le gustó que la besara y se acercara, porque notó su calor y la intimidó con su altura. Se dio cuenta del buen cuerpo que tenía. Anchas espaldas y unos ojos verdes que mataban.

Desechó esos pensamientos. No iba a salir de una y meterse en otra, pero Charly podía ser alguien importante en su vida.

Seguro que un hombre como él tan alto como Juan Carlos, y del mismo estilo de vestir, le gustaban las mujeres altas como modelos. Nunca tenía suerte con los mejores. Era su sino.

Aunque algo diferenciaba a los dos hombres. Charly era más gracioso, le hacía reír y en cuanto a mujeres, parecía más serio. ¡Ay... hombres!

Terminó de limpiar los apartamentos casi a las ocho de la noche. En el hall, había puesto una par de jarrones con plantas altas artificiales, un espejo vintage grande y un par de cuadros que había comprado en el mercadillo.

Cerró y fue a casa. Estaba molida. Pero en cuanto Ryan, llamó a su puerta, le contó todo lo de la noche anterior mientras cenaban en su casa y la sensación que había tenido con Charly.

—Mira, si yo fuese tú, me olvidaría del imbécil de tu jefe. Dejarte por cuatro tipas cada cierto tiempo... eso no es un hombre serio y menos siendo de tu pueblo y habiendo tenido lo que tuvisteis de adolescentes. Sin embargo, tienes que dar más tiempo para conocer a Charly, vaya que te salga rana como el otro. Del otro, te olvidas pero ya. Ni una lágrima.

—La verdad es que estoy muy decepcionada. No es el chico que yo conocí, ni del que me enamoré. Hay muy buen sexo, pero supongo que sexo bueno puede haber con otras personas, y yo no tengo más referencia que de Juan Carlos. Y he tenido oportunidades. Pero no quise en mis otras dos relaciones.

—Se acabó, murió la antigua Rebeca y la nueva Rebeca ha renacido. Ha matado a su primer amor.

—¡Cómo eres! ¡Un teatrero!

—Vive mujer. A rey muerto, otro puesto.

—¡Me gusta Charly!

—Pues a por Charly, pero con tranquilidad que te conozco, soñadora.

El martes por la tarde llegó al despacho y Charly, no tardó nada en ir a su despacho y saludarla. ¡Estaba tan guapo!... Le gustaba ir con camisas grises o negras y pantalones del mismo color, estrechos de corte italiano que le quedaban como un guante. Y dejó el despacho impregnado con su olor.

—Veo que estás bien, me voy a mi despacho, solo pasé a saludarte. Estoy trabajando en un complejo de apartamentos que vamos a remodelar en Los Ángeles en cuanto terminemos las casas victorianas. Seguro que tendrás que venir. Nos van a requerir mucho tiempo, pero trabajaremos juntos en esto. Me lo dijo el jefe esta mañana. Yo iré un poco antes. Cuando termines las doce casas victorianas, tendrás que viajar. Te lo adelanto.

—¡Qué bien! Los Ángeles. Tengo ganas de ir. Salir de aquí, de este frío.

—Aún nos quedan algunas semanas para eso, pero te advierto, que allí pasaremos unos cuantos meses. Es un edificio alto. Por lo menos hay cincuenta apartamentos.

—¡Madre mía! Tendré que ponerme las pilas.

—Están a pie de playa, o sea de lujo.

—Con más razón, además allí tendré que buscar sitios donde comprar objetos. Buscaré por internet cuando acabe las casas. Ya las casas me llevarán un par de meses o así. Una casa no es un apartamento.

—A mí me lo vas a decir que hemos tenido que tirar tabiques para hacer la entrada más amplia y dejar espacios únicos.

—Pero seguro que han quedado preciosas. Me encantan las casas victorianas.

—Mucho confías en mí.

—Confío porque he visto cómo has dejado los apartamentos. Y me gustan las terminaciones. Son perfectas.

—Gracias, guapa. Espero que te gusten más cuando las veas. Te dejo. Hasta luego.

—Hasta luego Charly.

La tarde la pasó sacando las fotos por duplicado, y las facturas también organizándolas y ordenándolas.

Preparando carpetas dobles, las que le llevaron para el jefe y otras que ella había duplicado y que eran las que iba a guardar en su despacho. Así que preparó y repasó las veinte carpetas. Hizo las cuentas para dejarlas listas y presentarle el presupuesto a Juan Carlos.

Y cuando acabó todo y dejó todo listo y finalizado todo lo referente a los apartamentos, dejó su llave y se fue a casa. Estaba muerta.

CAPÍTULO CUATRO

A la mañana siguiente, estaba un poco nerviosa por la reunión, pero le llegaron las tres carpetas de las primeras casas victorianas terminadas y listas para decorar y se puso manos a la obra con su imaginación. Fue a ver a Charly y estuvieron viendo los planos y éste le explicó todo como cuando los apartamentos.

—Esta tarde voy a verlas y tomaré algunas ideas y medidas.

—Estupendo, quizá nos encontremos allí y te las enseño. Creo que estaré toda la mañana y la tarde.

—¡Ah no!, esta tarde voy con el jefe a que le dé el visto bueno a los apartamentos. Si me da tiempo... si no, mañana.

—¡Vaya por Dios! Bueno nos vemos mañana y te las enseño.

—Voy a la reunión con el jefe.

Se dirigió al despacho de Juan Carlos con las carpetas de los apartamentos.

—¡Adelante!

Pasó y se sentó donde él le indicó.

—¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias, muy contenta. Espero que te guste el trabajo que he realizado —ella cambió muy bien el tema de la conversación que él quería iniciar, pero ella no estaba dispuesta. No quería que pensara que estaba lloriqueando por él por los rincones. Tampoco lo había hecho. Se lo había tomado demasiado bien. Mejor que la primera. Como él se dio cuenta de que ella no quería, lo dejó pasar. Ya eran adultos. No había nada más que decir.

—Veamos eso.

Cuando terminó de enseñarle todo y explicarlo, le enseñó las fotografías. Le indicó que las facturas estaban cada una en su carpeta. Y le entregó las llaves y la tarjeta de crédito.

—Han sobrado tres mil setecientos veinte dólares.

—¿Tanto?

—Ya te dije que mis productos son de calidad, pero me hacen descuentos y regateo en los mercadillos para las antigüedades que me gusta colocar. Un toque vintage.

—Es mucha cantidad la que has ahorrado. Muy buen trabajo. En media hora salimos a verlos y comemos algo.

—Como quieras. Pero puedo comer ahora...

—Insisto. Comemos por el camino. Cuando llegues a tu despacho verás las tres primeras carpetas de las casas victorianas. Las vas a ir decorando conforme se vayan terminando. No vamos a esperar a que las terminen todas. Quiero que tu imaginación corra para que cuando enseñemos esas tres casi tengamos vendidas el resto. Con respecto a los apartamentos, me paso por la sección inmobiliaria y les dejo las fotos para que las pongan en circulación. Mañana quiero que salgan a la venta.

—Ya las he visto. Tengo las carpetas. Tengo una idea para las casas, como son tres, y tienen sótano, he pensado en hacer tres sótanos que marquen la diferencia. Uno con muebles infantiles, para una familia con niños pequeños, otro con una cueva para un hombre. Eso se busca mucho. Haremos feliz al hombre de la casa y el otro, una sala familiar. Si alguien pide algo distinto, se le

puede hacer en las otras casas. El sótano me gustaría dejarlo a elección del cliente. Y como se van a ir vendiendo conforme termine las tres primeras, podemos hacer los cambios que quieran los clientes que vayan comprando. Yo me amoldo a sus necesidades y deseos. Me retrasarán más, pero merecerá la pena. Y así quedarán satisfechos. Un cliente satisfecho es un lujo que no podemos perder.

—Fenomenal idea. Me gusta cómo trabajas.

—Gracias.

—Vale, ve echando un vistazo, dejo esto controlado y cuando nos vayamos te dejo las tres primeras llaves y otra tarjeta de crédito. Esta será para las tres primeras. Cuando estén listas, te la cargo de nuevo.

—Estupendo. Te espero en mi despacho.

—Hasta ahora Rebeca y enhorabuena. De nuevo.

Juan Carlos la recogió una hora más tarde y comieron en un restaurante camino de los apartamentos.

No hablaron de temas personales. Todo estaba dicho. Todo estaba claro. Ninguno iba a cambiar de opinión y ella, como en esos instantes que ocurren en la vida, no lo miró por una vez como al amor de su vida, sino como un hombre cobarde y débil y por el que no merecía la pena luchar por él.

Lo que hubiera habido en el pasado, para ella había muerto. Sabía que ya no había vuelta atrás y que él no había estado enamorado de ella desde la adolescencia y aquello ya pasó para él. Y ella tenía que dejarlo pasar también. Y olvidarse del pasado. Había sido una ilusión de adolescentes. Y se alegró porque supo que podía darse una oportunidad con otro hombre. Ahora sí.

Y supo en ese instante que los sueños, al igual que vienen se van y a ella se le cayó la careta con él. Tanto tiempo perdido... tantos años no dándose oportunidad de conocer a otros hombres maravillosos. Había sido una tonta. Pero a partir de ahora, ya no lo sería. Era joven y tenía todo el tiempo del mundo.

Por su parte Juan Carlos, la veía comer y sus sentimientos hacía ella lo hacía sentirse mal. Por un lado quería amarla hasta morirse y por otro, sabía que en cierta manera, teniéndola cerca, cualquier día, cuando estuviese preparado, se casaría con ella.

Si había esperado tanto tiempo sin hacer el amor con él, seguro que podría esperar un poco más de tiempo. Sobre todo después de haber hecho el amor como adultos.

Eso había despertado de nuevo en él, el amor. Y sabía que era una romántica. Confiaba en él, pero no estaba muy seguro de que ella no hubiese cambiado.

Había tardado en olvidarlo, pero lo que le había hecho ahora, podía hacerle cambiar de opinión. Se veía una mujer fuerte sin duda.

No era la niña que conoció tan inexperta y buena. Había aprendido a desenvolverse por sí sola. A ser eficiente en su trabajo y a relacionarse con hombres sobre todo en ese tipo de trabajo.

Era muy buena y había ahorrado a la empresa mucho dinero en ese primer trabajo que le había asignado. Ahora comprobaría si de verdad lo que había comprado era de calidad. En las fotos, se veía todo perfecto.

A Juan Carlos, le encantó como quedaron los apartamentos, y lo confirmó cuando estuvo en ellos. Le volvió a dar las gracias.

Los detalles, eran magníficos. A la gente ahora le gustaban los detalles y adornos vintage y ella estaba al tanto de los gustos en decoración. Y los árboles de alrededor del edificio, habían sido un acierto. Estaba precioso el exterior. A los compradores les encantaría.

—Me encanta cómo has dejado el exterior Rebeca.

—Me parecía un poco solitario y algo soso, sabía que las plantas, los árboles que crecerán con el tiempo y los geranios les darían un toque precioso.

—Pues lo has conseguido. Está perfecto.

—Gracias de nuevo.

Al salir del edificio, se encontraron a Charly.

—¡Hola Charly! ¿Vas a las casas? —le preguntó Rebeca.

—Sí, tengo que ver al aparejador y al contratista y ver las casas que quedan por remodelar.

—¿Vas a tardar mucho? —Le preguntó Rebeca —y mirando a Juan Carlos, le dijo.

—Si vas a la oficina, puedo quedarme y echar un vistazo. Tengo las llaves y me gustaría ver las casas como estaban antes de remodelarlas. Me las puede enseñar Charly, si no le importa, luego vuelvo con él. Tengo tiempo.

—Yo la llevo, jefe.

A Juan Carlos, no le hizo mucha gracia. Pareciera que quería deshacerse de él. Pero por otro lado, estaban en el trabajo y ella era profesional, aun así, no le gustó nada. Hubiera deseado que volviera con él.

No quería verla con Charly a todas horas. Sabía que era egoísta por su parte, pero no podía evitarlo.

Sabía que Charly era un tipo de hombre que a ella podía gustarle. Y sintió celos. O quizás ella estuviera huyendo de él para no tener que hablar de temas personales.

Así que no tuvo más remedio que aceptar y respetar eso, y estaban en el trabajo y eso era lo importante.

Charly y ella vieron las casas remodeladas y a ella le encantó. Estaban en la primera casa que ella iba a decorar.

—Si tuviese dinero suficiente, me compraba una. Charly. Son preciosas. Pondría una mecedora en el porche y me sentaría por las tardes a tomar el fresco, siempre ha sido mi sueño, tener un porche donde sentarme —le decía Rebeca con un entusiasmo desmedido —¡Mira qué vistas al parque y al lago!

Pero Charly la miraba a ella. Y ella, sí que era preciosa.

—Haré maravillas con estas casas. Tú has hecho un trabajo magnífico Charly. Eres el mejor arquitecto que he conocido remodelando y ya he estado en un par de empresas. Las terminaciones de los obreros son perfectas.

—¡Tú sí que eres perfecta!

—Vamos Charly, nos conocemos hace un par de semanas. Tengo mis defectos —y se puso roja.

—Yo, no los veo por ningún lado.

Se acercó a ella y la tomó por la cintura atrayéndola y pegó su boca a la suya y la besó. Ella lo dejó. Exploró con su lengua todos los rincones de su boca y Rebeca, le respondió.

Perdió el contacto con el tiempo y el espacio. Fue algo inesperado. Pero Charly besaba muy bien y empezó a temblar.

—¡Vamos, pequeña! No tiembles. No me arrepiento. No voy a pedirte perdón por lo que acabo de hacer.

—Yo, tampoco. Me ha gustado mucho.

Y volvió a besarla más apasionadamente y ella, alzó las manos a su pelo y se pegó a su cuerpo y supo que su cuerpo encajaba con el de Charly. Era algo embriagador que no supo descifrar. Quedaron abrazados un tiempo.

—¿Y ahora qué pequeña? Hay que explorar esto que hay entre nosotros.

—No sé qué decirte. Estoy tan nerviosa... No me esperaba esto. Me ha pillado desprevenida.

—Salimos juntos y vemos dónde nos lleva. ¿Te parece? Es tiempo de conocerse a otro nivel, ¿qué me dices? Nada de planes.

—Que sí. Pero quiero que tengas paciencia conmigo.

—Tendré toda la que tú necesites preciosa.

La cogió de la mano y fueron a ver cómo eran las casas inicialmente. Quedaba una intacta que los obreros aún no habían tocado.

—Vaya. Sí que han cambiado. Estos pasillos estrechos eran necesarios echarlos abajo y la escalera abierta le da más espacio a la parte de abajo. En realidad son grandes. Y lo que más me gusta es que son casas independientes. Con un gran jardín.

—Son encantadoras. Como tú. Te dejo en las que están hechas y voy a dar unas instrucciones y luego nos vamos. Ya no vamos a pasar por la empresa. Será tarde cuando lleguemos.

—Estupendo. Así voy mirando y tomando ideas. No te preocupes, tarda lo que necesites.

La besó en la boca y se fue.

—No me seas infiel ya, ¿eh?

—Sí, con el sótano —Le dijo ella bromeando.

—Ahora vengo preciosa.

¿Qué había pasado? Estaba saliendo con Charly en menos de dos semanas. Y en menos de media hora. Y había aprobado una asignatura pendiente con su primer amor. Todo a velocidad de vértigo.

Había pasado nueve años sin pena ni gloria en temas amorosos y ahora su vida cambia de la noche a la mañana. Todo a la vez.

Su vida estaba revuelta y patas arriba pero estaba tan ilusionada... nunca que recordara desde que era adolescente, estaba tan feliz... ¿Juan Carlos? ¿Quién era ese? Su Charly era guapísimo. No quería comparar.

De pasar a creer que amaba a Juan Carlos, éste había pasado a un segundo plano en cuestión de segundos. La había defraudado. Y eso era algo imperdonable.

Era como si la asignatura pendiente se hubiese cumplido y hubiese abierto los ojos, cierto era que cuando había hecho el amor con él sentía algo especial y una conexión sexual potente.

Había sido su primer hombre, pero era normal. La gente, la mayoría no terminaba con su primer amor.

Y este se había quedado así, no se arrepentía de haber hecho el amor con Juan Carlos. Había sido estupendo, no podía negarlo. Tampoco le diría nada a Charly. Era parte de su vida privada y fue antes de conocerlo y como trabajaban juntos era mejor dejarlo pasar, como Juan Carlos la había dejado pasar a ella.

No quería que trabajando los tres juntos surgieran problemas por su culpa. Charly no sabía nada de Juan Carlos, ella no diría nada y Juan Carlos tampoco, estaba segura.

Tenía que contárselo a Ryan. No podía esperar. Mientras... al trabajo.

Estuvo mirando las casas. Habían tirado una pared del pasillo para dejar los espacios abiertos. Tenían un porche precioso con dos escalones para subir.

Todo estaba pintado de gris. Era el color que elegía Charly siempre, porque era bonito y neutro

y la decoración quedaba perfecta con ese color que conjuntaba con todo. Y el favorito de ella.

La planta de abajo, era grande, con una cocina en gris y blanca, más una gran despensa. Al lado de la cocina unas escaleras que bajaban al sótano. Y unas puertas francesas que daban al jardín. Un gran espacio de comedor y salón a la derecha de las escaleras.

Y a la izquierda, había un despacho, un aseo y un cuarto de lavado al fondo. La planta de arriba tenía tres dormitorios, y dos baños, uno en el dormitorio principal, en un pasillo del dormitorio, a la derecha de este, dos vestidores a cada lado y al fondo el baño, precioso con una gran bañera de patas bajo una ventana.

El dormitorio principal, tenía una terraza. El otro baño, estaba en el pasillo para los otros dos dormitorios.

Bajó al sótano y era una gran sala con dos ventanales altos y grandes que daban mucha luz y un baño pequeño con ducha.

Eran casas grandes y decorarlas iba a costar un dineral. Aunque Juan Carlos, no escatimaba en el precio. Tenía que mirar cómo ahorrar lo máximo posible. Pero ya le iban surgiendo ideas.

Tenían unos electrodomésticos modernos y grandes y las lámparas exquisitas que iban con cualquier decoración. Los techos de las casas eran altos y ya las habían colocado con muy buen gusto. Ella sólo tenía que amueblar y decorar. Charly remodelaba y diseñaba, pero tenía muy buen gusto en cuestión de lámparas y electrodomésticos.

Al cabo de una hora, en la que ella hacía anotaciones, no se dio cuenta de que era de noche ya, cuando la llamó Charly.

—¡Hola cariño!, y la abrazó y la besó apasionadamente. Perdona la tardanza, pero no podía esperar a mañana lo que tenía que resolver.

—No te preocupes. Se me ha pasado el tiempo volando. Estaba anotando ideas.

—Te invito a cenar en casa.

—¿Tienes una casa?

—No, de alquiler, es un apartamento en Manhattan. Pero creo que pronto me compraré una. Quiero una casa en un sitio tranquilo. No me gusta el ajetreo de la ciudad. En serio.

—Bueno, si luego me llevas a la mía.

—Tomamos café en la tuya.

—Hecho.

Charly, no podía creerse la suerte que tenía, de tener a su lado una mujer pequeña y que parecía de algodón. Olía maravillosamente y la conquistaría, seguro. Sabía que tenía que ir con cuidado. No quería estropear nada. Cerraron las casas y se dirigieron a la ciudad.

Mientras iban conduciendo a la ciudad...

—Cuéntame algo de tu vida Charly. Tenemos que conocernos.

—Pues verás, tengo tres hermanas y soy el pequeño y menos mal que no las tengo cerca, porque están encima de mí siempre. Desde pequeñas eran unas mandonas y así siguen. Si te conocieran, te habrían hecho ya un careo policial.

—Bueno, eso será porque te quieren. —Reía ella divertida.

—Sí. Mis padres tienen un rancho en Montana. Allí nací yo. Mi madre murió hace unos años —y se quedó serio un momento y callado y ella respetó su silencio.

—¡Eres un vaquero!

—Bueno, me encanta la vida del rancho, pero quería probar fortuna haciendo lo que me gusta. Mi padre tiene cincuenta y cinco años y espera que cuando se jubile yo vaya a llevar las riendas del rancho. Mis hermanas están casadas con rancheros de la zona. Tengo ya cuatro sobrinos. Y él

no quiere que el rancho se venda ni tampoco que se pierda. Lleva cinco generaciones con nosotros. No sé si algún día volveré, pero aún queda mucho para eso. Mi padre tiene un buen capataz joven que sabe llevar bien el rancho. Es muy grande. Enorme, precioso, con praderas y arroyos. Que sepas que has cazado a un vaquero rico.

—Que sepas que has cazado a una española pobre.

—Me encanta. Ya sabía que tenías un acento y un pelo... eres española como Juan Carlos.

—Sí, lo sé. Somos del mismo pueblo del sur de España. Él era de una familia de ricos y mis padres trabajaban para los suyos. Tenían tierras, olivos. A él solo lo vi un verano porque vivían en la capital. En el pueblo tenían un cortijo e iban los veranos solamente. Mis abuelos, mis padres e incluso yo trabajé para ellos; yo, solo un verano. Y nos hemos visto por casualidad. Yo trabajaba para Ston & Cambell de decoradora y ya sabes que Jucar absorbió la empresa. Me quedé sin trabajo, pero me enteré de que se necesitaba una decoradora aquí y mandé el Curriculum. Cuando vine a la entrevista, nos vimos después de nueve años y me contrató. Supongo que tuve más suerte que los demás, por el hecho de ser del mismo pueblo y de que mis padres trabajasen para los suyos. Ahora la historia se repite. Yo trabajo para él. Sigo siendo la chica pobre trabajando para el señorito rico.

No podía ocultárselo, pero el resto, su relación no se la contaría, no ahora. No era el momento. O no se lo contaría nunca, para qué. No quería estropear nada. No quería hombres celosos y no quería hacer daño a Charly.

—No te subestimes, si Juan Carlos te contrató es porque eres buena, lo has demostrado, incluso has ahorrado a la empresa mucho dinero. Eres muy buena.

—Gracias. Eso me reconforta.

—Es la verdad. No te lo digo como un halago. Eres muy trabajadora y buena en lo que haces.

—¿Y tú?

—Pues yo, me vine a estudiar arquitectura con una beca a Nueva York y cuando terminé entré en esta empresa y aquí estoy desde entonces. La empresa ha crecido. Juan Carlos tiene buen ojo para los negocios. Y es un buen jefe, trabajo muy bien con él.

—Sí, lo he comprobado. Te deja libertad para hacer lo que quieras.

—Carta blanca, hasta cierto punto. Le gustan las cosas a su manera.

El apartamento de Charly era precioso. Tenía dos dormitorios y un gran salón. Uno de los dormitorios, lo tenía como despacho con una gran mesa de dibujo. Muy bien decorado, en blanco y negro. Todo muy limpio.

—¿Tienes una mujer que te limpia?

—Lo has adivinado. Me hace la cena y me limpia.

—¿Y qué tenemos hoy?

Abrió la nevera...

—Pollo al horno con ensalada. Compartiremos, cortaré un poco de queso, por si falta.

—No te preocupes por eso. Como poco.

—¿Quieres cerveza, vino...?

—Cerveza. El vino es para los ricos.

—Te llevarías bien con mi padre. No le gusta el vino y dice lo mismo que tú.

—Pues me encantará tu padre.

—Te llevaré al rancho si seguimos saliendo. En vacaciones. Suelo ir al menos una vez al año. Y no habrás visto nada más hermoso.

Mientras comían en el comedor...

—¿Has tenido muchas novias?

—Justo la pregunta que se hace cuando se está comiendo.

—Perdona. Pero me interesa mucho saberlo.

—No, soy hombre de pocas mujeres. En la Universidad sí que ligaba más, ya sabes, las hormonas se revolucionan. Pero luego, creces y las tres o cuatro relaciones que he tenido han durado poco, la que más, seis meses, porque o no congeniábamos, no había sentido del humor o química. También querían un hombre rico.

—Pero lo eres —Le dijo bromeando mientras tomaba un trozo de pollo.

—Pero ellas pensaban que era pobre.

—Peor para ellas. Ahora sales conmigo.

—Y me alegro mucho. Te toca.

—Pues era un niña pobre de un pueblo del sur de España que trabajaba en el campo en los veranos y estudiaba el resto del año. Bueno también recogíamos aceituna de los olivos en las vacaciones de Navidad. La aceituna se recoge en invierno. En el instituto tuve beca. El pueblo era pequeño y no había instituto. Debíamos ir a un pueblo cercano más grande. Cuando terminé el instituto, me fui a Jaén, otra ciudad con una beca para estudiar Bellas Artes y cuando terminé, hice un curso Superior en Decoración de Interiores. Trabajé en una empresa española y luego en Ston. Y me propusieron venir a Nueva York. Tenía un nivel alto de inglés. Siempre me gustaron los idiomas y el resto ya lo sabes. Pero sobre todo trabajé mucho en el campo, estudié mucho, me gustaban los libros y tenía beca. Era buena estudiante.

—¿Hombres, maridos, novios, amantes?

—¡Estás loco! No he estado casada, ni tengo amantes, porque no estoy casada. Sólo uno, cuando era adolescente. Y se terminó. —Evitó decirle lo de Juan Carlos o lo iba a adivinar. Tonto no era y haría cuentas y eso formaba parte de su vida privada y no quería que Charly lo supiera. —Luego aquí tuve dos relaciones, pero no llegaron a nada serio.

—¿Pero te acostaste con él?

—Sí, un verano. Yo tenía diecisiete años. Con lo cual mi experiencia sexual, se reduce a un hombre y unas cuantas relaciones sexuales. Luego salí con un par de chicos aquí en Nueva York, pero no me acosté con ellos.

—Eso es mucho tiempo pequeña.

—Sí, pero no he querido tener relaciones con otro hombre —y era verdad.

—Yo hace por lo menos seis meses que no salgo con nadie.

—Yo creo que nunca he salido con nadie. Porque si tienes en cuenta que salí unas diez veces cuando tenía diecisiete años... un mes con cada uno de los chicos de Nueva York...

—Soy tu segundo hombre.

—Ahora eres el primero. Lo otro fue... éramos adolescentes.

Le ayudó a recoger la mesa y cuando estaba en el fregadero, él la abrazó por detrás y la besó en el cuello.

—¡Qué pequeñita eres!...

—Y tú, ¡qué grande!

—¡Ummm qué bien hueles! Me encanta tu perfume.

—Y a mí el tuyo. El otro día me dejaste el despacho impregnado y estuve oliéndote todo el tiempo que estuve.

—Y tu pelo negro, tan largo. Siempre lo llevas recogido.

—Porque es más práctico para el trabajo. Lo tengo demasiado liso.

—Tengo una mujer preciosa en mi cocina.

—Pues ya nos tenemos que ir si quieres un café. Ha sido un día largo y mañana tenemos que madrugar. Si estás cansado llamo a un taxi.

—Ni hablar. Yo te llevo. No quiero dejarte sola.

—Protector.

—Sí, siempre, contigo más. Eres una chica preciosa.

—¡Lo que me ha tocado!...

—Tendrás que aguantarme. No te queda de otra. Dame un beso antes de irnos.

Y se besaron apasionadamente. Le encantaba como la cogía, con delicadeza y con fuerza, nunca era igual, ni de la misma manera y eso era lo que más le gustaba, que la sorprendía. La llevó a su casa y ella preparó un café.

A Charly le encantó su apartamento. Estaba en una zona tranquila y era pequeño, pero precioso. Se sentó en el sofá mientras ella preparaba el café.

Cuando se lo tomaron, ella se recostó en el sofá y puso su cabeza en el regazo de él. Charly, le acariciaba el pelo y le quitó la coleta. Le encantaba su pelo suelto y desparramado por el sofá. ¡Era tan guapa!... Pero no pensaba hacerle el amor aún. No quería apresurar las cosas.

Estaba nevando fuera y se veían los copos por la ventana. Era una noche preciosa.

—¿Quieres que vayamos a algún sitio este fin de semana? Podemos ir fuera, o simplemente pasar un fin de semana conociéndonos. O ir al cine, a comer o a cenar o pasear. O si quieres ir de compras...

—No, por favor, de compras no.

—Una mujer que me gusta. No quiere ir de compras. ¿Entonces?

—Elige tú.

—Pues te llevaré a una cabaña donde suelo ir a pensar y a estar solo. Yo me encargo de llevar la comida. Son unas cabañas que están a una hora de aquí, más lo que tardemos en salir. Dos horas y media, más o menos.

—¿Y no habrá problemas con la nieve?

—Llevaremos cadenas por si son necesarias. Vamos por la pista y de carretera son quince kilómetros nada más. Hay un pequeño lago, que estará helado.

—Me parece perfecto.

—Podemos salir el sábado temprano y venimos el domingo por la tarde y cenar fuera si quieres.

—O en casa.

—O en casa.

—El viernes puedes venir a casa a cenar. Te haré una cena española. Tortilla de patatas y vemos una peli.

—Me encanta el plan. Bueno, te voy a dejar descansar, preciosa. ¿Nos vemos mañana?

—Sí, por la mañana tengo que ir a la oficina a por las llaves de las casas y la tarjeta de crédito, pero posiblemente me vaya desde allí de compras de muebles. Voy a hacer de tres en tres esta vez.

Se levantó y la abrazó y la besó hasta la puerta. Charly, estaba muy excitado. Esa pequeña lo excitaba como ninguna mujer y no iba a pensar que las cosas no salieran bien. Estaba como un adolescente en su primera cita.

El idiota que la había dejado en su adolescencia, no sabía valorar a una mujer. ¿Sería Juan Carlos? Eran del mismo pueblo. Y se imaginaba quien era. No era tonto de ninguna de las maneras.

Pero él amaría a Rebeca con todas sus fuerzas. Y si por alguna razón habían tenido relaciones sexuales cuando se habían visto de nuevo, él no se lo iba a preguntar a Rebeca, si ella no quería contárselo.

Por supuesto, se sentía celoso, pero no salía con ella hasta ahora. Así que no podía reprocharle nada. Ni iba a estropear nada, cuando tenía a la mujer más hermosa y buena que había conocido y conocería.

Y si había sido de Juan Carlos alguna vez más, que podían haber sido muy pocas, ya no lo sería más porque era suya ahora y sabría valorarla y amarla como se merecía.

Si ella, le había contado que había tenido un novio adolescente, no podía ser otro que Juan Carlos. Estaba seguro. Pero Juan Carlos, tenía un estilo de vida en el que ella no encajaba, lo conocía desde hace años.

Sin embargo, sí lo había hecho con él, estaba seguro y eso sí que lo tenía celoso. ¡Maldita fuera! Porque si lo habían hecho había sido hacía poco, cuando ella entró en la empresa. Claro que aún no estaba con él. Y algo había pasado. Y estaba seguro de qué era.

Mientras estuviera con ella no tendría una relación con él. Pero algo había pasado entre ellos después de acostarse, si se habían acostado claro.

No imaginaba qué, pero el culpable debía ser Juan Carlos. ¿Sería el día del evento que no la invitó? Quizá imaginaba que no estaba a su altura. Él conocía bien las chicas con las que salía. Si era por eso, era un imbécil.

Lo mejor para no sufrir era no preguntarle. Era parte de su vida privada antes de estar con él, que apenas llevaban un día. Y no quería que lo comparara con él.

Menudo plan tenía. Pero de lo que estaba seguro era de que iba a luchar por ella, costase lo que costase. Le gustaba demasiado para que nadie se la arrebatara.

Y sabía que era una buena chica que no le sería infiel. O eso creía. Ahora estaba inseguro. Y no debía, ella no le había dado motivos y había sido muy sincera con él.

Al contrario, había pasado una mala infancia por cómo hablaba y tuvo ganas de protegerla y hacerla feliz y lo haría. En veintiséis años, sólo había tenido un hombre.

Era una mujer que merecía la pena. Y que sólo se acostaba con quien de verdad le gustaba. Quedaban pocas de esas chicas. Y valía la pena intentarlo.

Lo excitaba cada vez que pensaba en ella y ese fin de semana le haría el amor.

Los días pasaron y se vieron poco hasta el viernes, porque ella estuvo de compras casi todos los días para las tres primeras casas. Rebeca no fue a la oficina y sí que se dejaban mensajitos por WhatsApp o se llamaban por la noche y hablaban como una hora. De todo en general. Él bromeaba con ella. Era muy divertido, irónico y tenía mucho sentido del humor.

El viernes, cuando llegó a casa, Rebeca, se duchó, se puso un vestido con medias hasta media pierna. Le gustaba la lencería sexy y si iba a tener sexo con Charly y quería tenerlo porque lo deseaba, porque era un hombre guapo y sexy, debía ponerse sexy ella también. Se dejó el pelo suelto, como le gustaba a Charly. El vestido era sencillo, de manga larga y escote suficiente para que los senos asomaran un poco. Y zapatos de tacón alto. Se maquilló un poco, no demasiado.

Había hecho una tortilla de patatas y una ensalada. Había comprado queso y jamón español y aceitunas y tenía la mesa preparada, cuando llamaron a la puerta. Charly llegaba muy temprano. Al mirar era Juan Carlos, ¿qué querría?

—¡Hola Rebeca! ¡Estás muy guapa!

—Gracias, ¿Necesitas algo del trabajo?

—No, no es del trabajo. Es personal.

—Lo siento Juan Carlos. Estoy esperando a alguien.

—¿En serio?

Le abrió la puerta para que viera la mesa puesta para dos.

—Bien, entonces no te quito tiempo. Mañana vengo y hablamos.

—No estaré, me voy el fin de semana.

—¿Estas saliendo con alguien?

—Sí. Estoy saliendo. Acabamos de empezar a salir. Creía que tenía que seguir con mi vida. Y estoy muy contenta. No quiero que me estropees nada por favor. Tú, ya tomaste tu decisión

—Pero...

—Lo siento Juan Carlos, pero no quiero hablar más del tema, sabes perfectamente cual era mi decisión y sentí que debía dejar lo nuestro para siempre y abrirme a otras posibilidades y eso es lo que he hecho. Lo siento, ya te dije que no me interesan las relaciones de una noche, ni nada que no tenga ataduras.

—Está bien, como quieras Rebeca. Suerte.

—Gracias, creo que esta vez la tengo. Suerte para ti también. Debes vivir tu vida. Creo que en fondo tenías razón. Eres joven, has conseguido mucho y debes disfrutar de ello con otro tipo de mujeres distintas a mí. No creo que hiciéramos buena pareja. Lo nuestro fue un verano adolescente y lo sabemos. Hemos aprobado una asignatura pendiente y ha estado muy bien. Te lo agradezco. Vamos Juan Carlos. Todo quedó claro. Siento no tener más tiempo. Tengo visita.

—Lo siento Rebeca. No era lo que yo...

—No hace falta que digas nada más. Con respecto a lo que hubo entre nosotros, te doy las gracias. De verdad. Además trabajo muy bien para ti y no quiero estropear nada.

Y lo besó en la cara y lo abrazó, pero era una despedida y debía irse.

Salió maldiciendo. El venía a pedirle perdón, a decirle lo tonto que había sido, a pedirle que fueran pareja, que las demás mujeres no significaban nada para él.

Esos últimos días habían sido un infierno sin ella. Y Rebeca no había tardado ni unos días en encontrar a otro. Se lo merecía por idiota. Tenía que saber quién era. Y esperó fuera.

Cuando vio a Charly con un ramo de flores en la mano, maldijo entre dientes y golpeó el volante del coche con fuerza, pues Charly era el mejor tío que conocía, serio y formal y si estaba con ella, llevaba intenciones serias. Y por primera vez en su vida lloró como un niño.

Rebeca no iba a dejar que Juan Carlos le estropeará la noche. Lo había visto y no había sentido nada, a pesar de haber hecho el amor con él dos semanas atrás. Hasta ella misma se sorprendió.

Cuando llegó Charly, se echó en sus brazos y lo abrazó con fuerza y lo besó.

—Eh, eh, ¿qué pasa nena?

—Nada. Te he echado tanto de menos esta semana, vaquero...

—Estás preciosa —y le dio un ramo precioso de rosas rojas.

—Son mis favoritas.

—He acertado. Menuda mesa has puesto, no sé si lo merezco.

—No seas tonto, te lo mereces, claro que sí.

Cuando terminaron de cenar, le dijo que la comida estaba buenísima. Y tomaron café en el sofá. Se quedaron un rato en silencio y él le tocó el pelo. Sabía que iba hacer el amor con otro hombre diferente que no era Juan Carlos y se sentía insegura.

Charly la cogió y la pegó a su cuerpo. La besó como él sabía y a ella le gustaba. Le gustaban sus besos, Charly besaba muy bien y tenía un cuerpo impresionante, le bajó la cremallera del vestido y tocó sus pechos y los mordisqueó a través del sujetador, lo que le pareció muy sexy.

Charly podía ser divertido, pero era sexy y sabía qué hacer sexualmente. Le quitó el sujetador y

liberó sus pechos. Ella le desabrochó la camisa y tocó su pecho duro y maravilloso. Le acarició la espalda y el cuello, el pelo y él introdujo la mano por su vestido y se dio cuenta de que llevaba medias a media pierna.

—Pequeña, ¿qué llevas?

—Me gustan las medias a media pierna. Son más sexys.

—¡Tú sí que eres sexy! Y guapa y ten en cuenta el tiempo que llevo sin hacer esto.

—Es como montar en bici.

Charly sonrió y siguió llevando su mano a su centro, húmedo para él. Le apartó el tanga a un lado y movió sus manos sobre sus pliegues provocándole un orgasmo inmenso e inesperado.

No se lo esperaba y él la besaba satisfecho. Se quitó los pantalones y ella miró su sexo erguido y duro. Era incluso más grande que el de Juan Carlos y no quería comparar.

Se puso un preservativo y se introdujo en ella, gimiendo y diciéndole palabras que la excitaban de nuevo.

Su sexo la llenaba por completo, su olor y sus palabras hacía que perdiera el control y se aferraba a él animándolo a que siguiera más aprisa y él le hizo caso y supieron que estaba hechos en uno para el otro.

Que llegar al cielo era cosa sólo de los dos. Que no era simplemente sexo. Era algo más.

Cuando acabaron, Charly, le dijo lo maravillosa que era. Había sido muy especial para los dos y se besaron y acariciaron hasta que desnudos volvieron a hacer de nuevo el amor y de nuevo ella le respondía.

Era su hombre. El que había esperado toda su vida. Los sueños habían dado paso a la realidad más absoluta.

—Pequeña...

—¿Qué?

—Di que eres mía.

—Soy tuya. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

—¿Y el otro?

—¿Qué otro? No recuerdo ningún otro que no haya sido simplemente sexo.

—¡Eres genial! Bonita.

Charly se quedó a dormir en su casa. Y no dejó de acariciarla toda la noche. Lo que había pensado que sentiría con ella había superado sus expectativas.

Estar dentro de ella, era lo máximo y no lo había sentido con ninguna mujer jamás. Sabía que algún día la encontraría y la había encontrado y estaba loco por ella y con ganas de hacerle el amor a todas horas.

Era maravillosa y preciosa, encajaba en su cuerpo y tenía todo lo que él necesitaba y buscaba en una mujer. Llevaba solo mucho tiempo y ahora tenía las manos llenas gracias a Rebeca. Esa mujer que dormía abrazada a su lado.

CAPÍTULO CINCO

Por la mañana desayunaron y pasaron por la de Charly a recoger las cosas que se iban a llevar a la cabaña aunque ella cogió comida de su nevera también. Él le reñía, pero ella le daba besos para que se callara.

—Calla tonto, si tengo la nevera llena y un hombre como tú tiene que comer porque tiene que hacer ejercicio.

—¿Tengo que hacer ejercicio? Yo pensé que iba a descansar.

—Conmigo.

—¡Ah bueno!, pero ese ejercicio es el mejor del mundo. Es verdad, tienes razón pequeña, tengo que alimentarme. ¿Cómo estás? —le dijo serio mientras estaban en la cocina.

—Feliz.

—¿En serio?

—Muy en serio. Anoche fue espectacular. Me gustas mucho. Eres maravilloso. No te preocupes tanto. No pienso dejarte. Me dejarás tú antes.

—Eso ni loco. No voy a dejarte nunca. Desde que te vi, supe que eras la mujer de mi vida. Has sido un flechazo para mi corazón.

—Tonto —y lo besó y él la arrinconó junto a la encimera de la cocina y sintió en su sexo la dureza de él.

—Si te pones así no vamos a llegar. Acabamos de hacerlo antes de levantarnos.

—Sólo uno para conducir bien —y le tocaba los pechos y ella se excitaba y no podía negarle eso que a ella le encantaba con él.

—Está bien encanto. Uno sólo.

—Te deseo guapa —y se quitó la ropa y a ella también y se la subió a horcajadas, se puso un preservativo y la penetró allí en la cocina junto a la encimera hasta hacerla enloquecer de placer.

Cuando la bajó jadeando, la abrazó con fuerza y la besó.

—Si esto va a ser siempre así, no llegaré a viejo cielo.

—Ni yo tampoco. Pero antes, me quedaré sin huesos.

—Eres guapa y me pones que estoy en plena adolescencia.

—Pues no te mires más y vámonos, venga, adolescente —abrazándolo por detrás mientras él se sentía satisfecho.

Aunque estaba nevado el paisaje cuando salieron de la autopista, era precioso y en dos horas y media estaban frente a un grupo de cabañas hechas de troncos de árboles, preciosas, en un paraje incomparable.

Abajo había un lago, que estaba helado. Era pequeño, pero a pesar de frío, era un sitio precioso para cualquier estación.

No le extrañaba que Charly fuese allí a relajarse. Seguro le recordaría a su rancho en Montana. Pero era una maravilla estar allí.

Pasó por recepción y recogió la llave de la cabaña. Él siempre pedía la misma. A veces estaba libre, otras, no, pero esta vez había tenido suerte.

Cuando entraron, a ella le pareció maravillosa. Sólo tenía un dormitorio, un baño con ducha y un saloncito, que hacía las veces de comedor y cocina.

Había troncos en el fuego y él encendió la chimenea. La cabaña se calentó enseguida. Tenía también calefacción.

Soltaron la comida, aunque tenía restaurante el complejo. Comerían en el restaurante y cenarían en la cabaña. Así que cuando dejaron todo listo, se fueron a comer. El restaurante era acristalado con vistas y calentito. La comida estaba muy buena y Charly no le dejó pagar ni la comida ni la cabaña.

—Eres mi novia, ¿cómo te voy a dejar pagar? Soy un vaquero de Montana, mi padre me enseñó a tratar bien a las chicas.

—¡Mira que eres tonto! Me voy a enfadar.

—Ven aquí, no te enfades. Vamos a dormir un poco. ¿Sofá o cama?

—Es mediodía, casi sofá.

—¡Cierra las cortinas no quiero espectáculos! —Y ella se reía.

Se desnudaron frente al fuego y estuvieron haciendo el amor toda la tarde, desnudos, se echaron una manta encima.

Allí hablaron de sus vidas, del rancho del padre de Charly. Él no quería volver. Quizá vendiera su parte a sus hermanas y se quedara haciendo lo que quería, que era diseñar y remodelar casas.

—Es mi trabajo. Me encanta el rancho. Si se pudieran hacer las dos cosas a la vez... pero no puedo. He elegido esta vida. Es lo que quiero hacer y me apasiona. Y quiero comprarme una casa.

—¿No te gusta tu apartamento?, es precioso.

—Siempre he querido una casa, en un sitio tranquilo. Me gustan las victorianas que estás decorando. Quizá me quede con una.

—Esas deben ser muy caras, Charly. Fíjate el lugar donde están ubicadas. Es un sitio inmejorable, y rodeadas de un lago, cerca de la ciudad. Quien se las permita, tiene que tener mucho dinero. Incluso las hipotecas serán demasiado altas.

—Puedo permitírmelo. No creas que pago poco por mi apartamento y es dinero tirado a la basura.

—Mirándolo de esa forma, tienes razón. Un alquiler también es caro en Manhattan.

—He trabajado durante nueve años y tengo dinero ahorrado, ¿Si pudieras, te comprarías una?

—Por supuesto que sí, pero no podría en la vida. No está a mi alcance, vaquero.

—A mí me gusta la de la esquina, sólo tienes una al lado —dijo Charly.

—Sí, me gusta la primera de la esquina, da al parque y tiene vistas al lago. Es una preciosidad. Y hay que tener en cuenta que una de las partes está libre de casas.

—Sí, a mí también me gusta esa. Está a media hora del trabajo. No es mucho. Llevo dos años pensando en comprarme una, pero nunca había visto una que me gustase tanto.

—Quizá te la dejen más barata si es para ti. Tendrías que regatear. Si estuviera Ryan, mi vecino te la sacaría por la mitad. Es el rey del regateo.

—Ese Ryan...

—¡Es gay!

—Me tranquiliza —dándose con la mano en el pecho.

—¡Qué tontorrón eres!

—Y tú siempre ahorrando. Mirando por su novio, ¡esa es mi chica! —y la abrazaba fuerte, y le tocaba los pechos y sus pezones se elevaban y se ponían duros como el sexo de Charly y entonces no podía continuar charlando, tenía que hacerla suya.

—Creo que me tienes duro todo el día.

—Pues eso tiene solución y bajó a su sexo y era la primera vez que le hacía sexo de esa manera.

—Para pequeña, no hace falta que me hagas esto... ¡oh! —y temblaba cuando ella lo metió en su boca, y lamio y chupó toda su longitud —cariño, no... no.

—¡Déjate ir para mí, pequeño! -Y él no supo cuando estalló porque lo que ella le hacía era especial y maravilloso y sensual y el cuerpo de Charly tembló mientras ella lo contemplaba como si fuese un Dios griego —me encanta verte así.

—Mala, ¿así cómo?

—Muerto de placer por mí culpa.

—Por tu culpa. No me puedo contener contigo, y eso que tienes unas manos pequeñas. Deja que me recomponga.

Y cuando se repuso, la cogió por las caderas, se puso un preservativo y se la colocó encima y entró en ella mientras le cogía los dos pechos y mordisqueaba sus pezones a la vez y ella se derretía y gemía para él y Charly no había visto una mujer más hermosa que ella cuando el hacía el amor y le provocaba esos orgasmos.

Cuando entraba en ella y la poseía y sabía que ya era suya irremediabilmente. Quería que se olvidara de todos los Juan Carlos del mundo.

Ella, le contó cosas de España. Le gustaría ir cuando tuviese vacaciones. Ya hacía un año que no había vuelto y le gustaría ver a sus padres y él le dijo que todos los años iba al rancho a ver a su familia. Que estaba invitada, cuando estuviesen de vacaciones.

—Podemos tomar las vacaciones a la vez y te vienes conmigo al rancho. Nunca he llevado a ninguna mujer, pero es que nunca he tenido novia. Podemos pasar allí una semana o más y después ir a otro lado. O si quieres viajar a España a ver a tu familia... Como tú quieras.

—Me encantaría ir a Montana y ver un rancho. ¿Sabes montar?

—Mujer ¿cómo me preguntas eso? Soy un vaquero. Sé montar. Además tú puedes decirme cómo monto.

—Pero qué tontorrón eres.... Mi vaquero monta muy bien.

—Esa es la respuesta acertada.

—Eres un vanidoso, ¿lo sabes?

—Por supuesto que no lo soy. Me gusta tomarte el pelo.

—Me voy a poner celosa. Las mujeres te miran cuando pasas.

—¿En serio? No me he dado cuenta.

—Yo, sí, y me pongo celosa. Eres muy guapo, alto, y sexy y si supieran que eres rico, estaría perdida para siempre.

—Pero cómo vas a ponerte celosa si no miro a nadie más que a ti. Tengo lo mejor. No soy ese tipo de hombres que hoy va con una y mañana con otra. Me gusta tener una mujer para mí solo. Si luego no sale bien, nada, pero no me gusta el tonto, por ninguna de las dos partes. Ni tampoco miro a ninguna chica en ese sentido que tú piensas cuando tengo una mujer para mí. Y si eres tú, menos todavía. Soy muy serio en ese sentido.

—Por mí no te preocupes, creo que opinamos igual y nunca sería infiel. Si tengo una relación, sólo tengo ojos para ese hombre.

—Nos parecemos mucho, cielo y contigo el sexo es maravilloso. Me gustan tus besos y tu forma de ser y toda tú. Me tienes un poco loco por ti. Y no solo el sexo. Eres trabajadora, extrovertida y divertida y esos valores me encantan. Además de apasionada y cariñosa.

—¿Tan poco? Estás loco. Yo estoy loca por ti. Y estoy de acuerdo, el sexo contigo es

maravilloso, es diferente, es algo más que sexo. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Y me gusta también tu forma de ser, congeniamos en muchos aspectos.

—Pequeña. Intentaré con todas mis fuerzas hacerte la mujer más feliz del mundo ¡ven aquí!

—¿Para qué?

—Tú ven...

—No.

—Pues voy yo, ¿te gusta jugar, eh?

—¡Ay! ¿Qué haces loco?

—Algo que te va a encantar...

Al cabo de mucho rato y quedarse dormidos abrazados, cenaron y se acostaron temprano. La cama era muy grande y volvieron a hacer el amor.

Él dijo que había que aprovechar el momento. Se ducharon y la aprovecharon. Era incansable sexualmente.

Le decía que había estado seis meses sin sexo y ahora que podía la iba a matar de amor. Le gustaba su olor al hacer el amor, su olor natural y el calor de su cuerpo y se acurrucó contra él para dormir. Durmieron toda la noche abrazados.

Ella se despertó antes. Lo miraba, con el pelo revuelto y los ojos cerrados, parecía más joven. Era muy guapo. Fue bajando por dentro de las sábanas y cogió su sexo con las manos y lo movió. Se lo metió en la boca y él gimió y le cogió la cabeza y el pelo.

—¿Pequeña, qué haces? —casi no podía articular palabra.

—Esta pequeña va a despertarte como Dios manda, vaquero.

—Dios, Dios, -y echaba la cabeza hacia atrás porque ella lo amaba con la boca y no podía aguantar más, y seguía gimiendo.

—No aguantes, guapo, soy tuya —y él tuvo un orgasmo maravilloso.

—¡Eres mala! Me pillas a traición.

—Bueno, la próxima lo intentaré hacer mejor. Soy inexperta.

—No es eso lo que quiero decir y lo sabes. Me has pillado dormido.

—Estabas duro.

—Es normal por las mañanas encanto.

—¿No te ha gustado?

—Más de lo que piensas. Ven acá -y la subió en volandas, se la puso encima de él y la besó y abrazó y le acarició el trasero y mordió sus pezones. Cogió un preservativo y se lo puso para que ella cabalgara sobre él y lo hizo como una buena novia vaquera.

El día transcurrió rápido, dieron un buen paseo después de desayunar. Recogieron las cosas de la cabaña y se fueron a comer.

Al volver hicieron de nuevo el amor dos veces, una de ellas, él le hizo el amor con su boca y ella explotaba de placer gritando su nombre.

Hasta en eso era muy bueno. Y llegó la hora de irse. Y se dispusieron a marcharse a la ciudad.

—¡Qué pena! Ya nos tenemos que ir.

—Volveremos otro fin de semana. Este sitio es fenomenal.

—Es un sitio fantástico. Ha sido muy especial para mí. Gracias Charly.

—Rebeca, tú eres especial. Haces que sea feliz desde hace mucho tiempo.

—Pues ya somos dos.

—Si nos llevamos bien y pasa un poco tiempo, podemos vivir juntos.

—Sí, me gustaría.

—¿Sí? Y la levantó y le dio vueltas. Por un momento pensé que me ibas a decir que no.

—Esperaremos un tiempo. ¿Qué tal si lo decidimos cuando volvamos de California si seguimos así y estamos como ahora? Habrán pasado unos meses y podemos conocernos mejor.

—Hecho, pequeña.

Lo primero que hizo el lunes, fue pasar a la oficina a por las llaves de las tres casas, la tarjeta de crédito y sus cosas.

No estaba Charly, se había ido directamente a la obra. La llamaron por teléfono del despacho. Era Juan Carlos para que pasara a su despacho antes de irse.

—¡Pasa y siéntate!

—¡Hola Buenos días Juan Carlos! ¿Querías algo?

—Tenemos una casa vendida. Una familia la ha solicitado, con lo cual esa vas a tenerla que decorar a tu gusto. No han puesto objeciones. Sin embargo, el sótano va a ser una sala familiar. Como lo tenías pensado, pero la de la esquina, sala familiar, ¿vale?

—Bien. La dejaré preciosa.

—Vale, ¿estás saliendo con Charly?

—Por qué me preguntas eso, quedamos en no hablar de temas personales.

—Los dos formáis parte de la plantilla, es normal que lo pregunte.

—Sí, salimos juntos desde hace una semana. Espero que no sea un inconveniente. En el trabajo sabremos comportarnos.

—Bien, ¡enhorabuena! Charly es un tipo estupendo.

—Lo sé. Gracias. Estoy muy feliz. Es muy especial. Bueno, me voy a las casas. Te mantendré informada.

—¡Hasta luego Rebeca!

Pero Juan Carlos, sabía por qué le preguntaba si estaba saliendo con Charly, porque Charly había ido a su despacho a intentar que Juan Carlos le vendiera la casa que a ella le gustaba y se imaginó que la quería para ella.

Aunque en tan poco tiempo que salían juntos. Desde hacía tiempo Charly le había dicho que quería una casa, que en cuanto salieran algunas que le gustasen, le iba a comprar una.

Y ahora si salía con Rebeca, seguro se lo había pensado.

La verdad es que estaba muy celoso. Había perdido la oportunidad de su vida con ella. ¿Cómo había podido ocurrir?

No le había dado tiempo de recapacitar, ni siquiera de reaccionar. Y cuando lo había hecho, rápido, ya había sido demasiado tarde.

¿Cómo había podido ella salir con Charly a la semana de hacer el amor con él? Bueno, eso lo hacía él constantemente, pero de Rebeca no se lo esperaba.

El caso es que le vendió la primera casa a Charly, con una gran rebaja, por supuesto a lo que Charly quería oponerse, pero Juan Carlos, no dio su brazo a torcer.

Era su amigo y un compañero y trabajador leal, que le había hecho ganar mucho dinero y cierto que le pagaba un gran sueldo, pero aun así, merecía que se la rebajara.

En cuanto a ellos, envidiaba a Charly, sentía que éste estaba viviendo la vida que a él le tocaba vivir con Rebeca, pero su maldito clasismo y su orgullo había acabado por perder a la primera y única mujer a la que amó.

Recordaba cuando era joven y la veía venir a lo lejos con la lecherita de aluminio en la mano y

esos andares que le encantaban.

Llevaba unos vaqueros de campana y unas zapatillas blancas con cordones bajas, y siempre camisetas.

A veces se hacía una trenza alta y otras la llevaba a un lado, colas y cuando salía con él por las tardes, se dejaba el pelo suelo y se lo cogía atrás con dos horquillas.

Se sonrojaba cuando lo veía y eso a él le encantaba, porque era mayor que ella y en esa época, se notaba la diferencia de edad.

En el pueblo debían disimular, pero cuando se quedaban al anochecer en la carretera paseándose, él le cogía la mano, o la abrazaba o la besaba largamente.

Era un tiempo bonito y precioso. Y él no recordaba haberla tratado inferior a él nunca, sí su familia y eso le dolía, porque era una chica buena y encantadora y trabajaba mucho en el cortijo para lo que le pagaban y sin días libres.

Sí él se hubiera enterado de lo que cobraba por todo lo que hacía, quizá tuviese que reprocharle algo a sus padres. Pero jamás lo supo.

Exactamente, no recordaba por qué no le escribió o siguió en contacto con ella, pero cuando volvió a Jaén a la Universidad, se introdujo en la vorágine de su grupo de niños ricos y sus salidas de niño pijo y las chicas ricas y se dio cuenta de que tenía experiencia en el sexo y ahí empezó su vida sexual de mujeres que pasaban poco tiempo por sus cama. Y le encantó esa vida sin compromisos.

Y al irse a Nueva York, siguió igual, disfrutando de cuerpos espectaculares de mujeres espectaculares.

Hasta que ella volvió a su vida recordándole que la vida era algo más, removiéndole en su interior sentimientos que tenía perdidos y escondidos en un baúl desde hacía años.

Se dio cuenta de que ya tenía treinta años, una gran empresa y había tenido sexo con ella, como cuando era una adolescente, y supo que era el cuerpo que andaba buscando entre todas las mujeres y entre todos los cuerpos de escándalo que había poseído sin sentir lo que sentía por ella, por Rebeca y en ese dudar tonto, se la habían quitado y ahora era incapaz de recomponer su vida sentimental.

Ahora, ya no tenía sentido salir con ese tipo de mujeres y por eso iba a cambiar y a dedicarse al trabajo.

La esperaba de nuevo y si lo suyo con Charly, no salía bien, ahí estaría él, para no dejarla jamás. Y si le iba bien, pues tendría que buscar una mujer parecida y seguir con su vida.

También quería formar una familia y para ello, debía cambiar esa vida de soltero empedernido de mujeres cada dos por tres diferentes.

Quería que Rebeca, si volvía a él, viera que se había convertido en un hombre distinto que la merecía. Y eso tenía que trabajarlo a diario.

¡Dios que tonto había sido!

Tenía que desechar esos pensamientos sobre ella que le resultaban tan dolorosos y seguir trabajando. Había mucho que hacer.

Rebeca, estuvo toda la mañana tomando medidas. Las casas eran grandes y decidió ir sólo a la primera de la esquina.

La que estaba vendida. Esta vez, como aún estaban remodelando, le daba tiempo de hacer esa solamente. La haría a conciencia.

Así que una vez vista y tomadas medidas, se fue a la tienda de muebles. Esta vez pidió un buen descuento porque tenía que amueblar doce casas y si se lo hacían, eran muchos muebles. De

momento eligió todos los muebles para la primera casa. Todo a su gusto.

Era una pena, le gustaba tanto la casa, que la amuebló como si fuera para ella.

Luego fue al almacén de ropa y vajillas y muebles auxiliares y electrodomésticos pequeños.

También pasó por una tienda de antigüedades. Y sin pasarse del presupuesto para una casa, compró algunos objetos y dos sillas mecedoras para la casa. Pidió que se las pintaran en gris.

Para el patio y el jardín fue a un vivero al día siguiente y compró flores, tierra para macetas, unos macetones, unas hamacas y unas sillas y sillones y mesa de jardín, compró también una barbacoa, etc.

La casa iba a tener todo lo que pedía el cliente y esta vez, pensaba gastarse el presupuesto entero para esa casa. Podría ahorrar en las demás, pero no en esa.

Al final de la semana, tenía la casa terminada. Y dio los últimos retoques el viernes por la tarde.

Prácticamente había visto muy poco a Charly, sólo cuando se pasaba por la obra. Cerraban la casa y hacían el amor.

Y luego él se iba a trabajar. A veces pasaba también por la tarde. Era muy sexual y decía que siempre estaba pensando en ella y en hacerle el amor. Que era una droga...

Ella le decía que no iba a terminar a tiempo y que el jefe los iba a echar.

A última hora del viernes, Charly se pasó por la casa y ya había terminado, limpiado y dado los últimos toques, e incluso había hecho las fotos. Se la enseñó y quedó encantado con la casa.

—No podría haber quedado más maravillosa. ¡Qué bonita Rebeca!

—¿De verdad te gusta? La he dejado como si fuese para mí. Ya me encantaría, pero... ¡Ya está vendida!

—¡Me encanta!

—Es una pena, esta es la que me gustaba —le dijo —esta semana no me ha dado tiempo de pasar por la oficina y la que viene empiezo con la segunda. Tendré que pasarme algún día, cuando termine las tres. Espero que estas me lleven menos tiempo. Esta me pidió el jefe que fuese a conciencia y he preferido hacerla primero.

—Bueno preciosa, nos vamos a casa. Estoy muerto.

—Yo también. ¿Cenamos en mi casa?

—Me quedo en tu casa hasta mañana que vaya a por ropa. Pero cuando cene, no creo que me pueda moverme.

—Voy a invitar a Ryan a que cene con nosotros, Lo he visto poco esta semana, ¿te importa?

—No me importa cielo. Me gusta Ryan. Es un buen chico y es tu amigo.

Y lo invitaron. Pasaron la noche riendo y contando anécdotas. Era todo un personaje. A Charly le caía muy bien y era mutuo.

Cuando Ryan se fue a casa, ya era muy tarde. Recogieron la mesa y se fueron a la ducha. Y a la cama.

—¿No estabas cansado?

—Para esto no. Así me relajo más.

—Voy a adelgazar. Bandido.

—Yo te daré de comer.

—Oye Charly...

—Dime, pequeña...

—No pensarás estrenar todas las casas, porque como nos pillen, nos echan.

—Bueno...

Terminar el resto de las casas le llevó casi dos meses y medio, pero cuando la urbanización quedó terminada, ya las tenían vendidas todas y eso que le estaba dando los últimos retoques a la última.

Quedaron preciosas. Y como siempre le ahorró casi seis mil dólares a la empresa.

Algunos clientes, habían pedido esto o lo otro y ella había hecho las modificaciones y dado a los clientes lo que querían.

Había trabajado con más estrés porque los clientes se pasaban de vez en cuando por la casa, y ella se entretenía más. Pero era muy educada y les daba consejos a los clientes. Así que cuando las terminó, estaban vendidas todas. Era un trabajo de equipo. Y todos los clientes quedaron satisfechos.

Archivadas las carpetas y finalizado el trabajo, Juan Carlos la felicitó en su nombre y en el de los clientes que quedaron contentísimos. Que estaban encantados.

La invitó a cenar, pero declinó la oferta inventándose una excusa. Lo cierto es que no quería tener nada personal con él. Y estaba Charly, al que echaba mucho de menos.

Charly estaba ya en California, desde hacía un mes y medio. Rebeca estaba sola y lo echaba de menos, pero la semana siguiente estarían juntos. Ya le costó despedirse de él cuando ya llevaban más de tres meses saliendo juntos.

Se había acostumbrado a tenerlo siempre y más los fines de semana. Era maravilloso tener a alguien con quien compartirlo todo y en ese sentido Charly era maravilloso, era un hombre atento y sexy y estaba muy feliz con él, radiante.

El mejor hombre que había conocido, paciente y apasionado, tierno y a veces algo terco, como ella, pero el mejor.

No se había dado cuenta de cuánto lo amaba hasta que la dejó sola en Nueva York.

Echaba de menos su ironía, su gracia, su sexo, la forma de hacer el amor y su necesidad de tenerlo entre sus brazos. Era el mejor hombre, era completo. Era su amigo, su compañero, su cómplice y su amante y se llevaban a la perfección y ya no podía pasar sin él. La trataba como a una reina. Y por todas esas cualidades, lo echaba tanto de menos.

Era generoso al máximo y sensual y sexy. Y sus ojos verdes la mataban. Veía cómo lo miraban las mujeres, pero para él no había sino su Rebeca.

Y ella, era suya. Supo que con él tenía la mayor felicidad que había conocido en la vida y que la vida había sido buena con ella por dárselo y le daba gracias a Dios todos los días por ello.

Su amigo Ryan, estaba muy feliz por eso. Se alegraba por ella. Nunca la había visto tan feliz. Había conseguido un chico estupendo y algunos fines de semana habían salido juntos los cuatro. Sin embargo, ellos dos, seguían cotilleando como siempre e iban de mercadillos los domingos por la mañana y desayunaban.

A veces, se unía Charly y comían fuera. Y luego ellos se echaban la siesta en casa de Rebeca.

El lunes, una vez que había terminado las casas, recibiría las instrucciones porque tenían un complejo de cincuenta apartamentos en California, donde estaba Charly, de uno y de dos dormitorios y debía ir empezando.

Se haría como las casas, amueblar conforme se iban remodelando. El problema era buscar sitios en los que le hiciesen rebajas.

Allí no conocía tiendas y a ella siempre le gustaba ahorrar dinero del que le diera Juan Carlos. Ya vería. Buscaría sitios por internet. Y se haría una lista y pediría rebajas, como siempre.

Juan Carlos, en esos meses, había cambiado. Estaba más serio y se dio cuenta de que la había perdido por segunda vez en su vida y para siempre. Porque el tiempo pasaba y los veía felices.

Se veía que Charly y ella estaban muy enamorados. Y ella estaba radiante.

Ella tenía una luz en los ojos que nunca la vio cuando estuvo con él y eso le causaba un gran sufrimiento, porque estaba enamorado de ella. Y siempre lo estaría y verla a diario no menguaba un ápice sus sentimientos.

Se había equivocado con ella. Si no hubiera sido tan imbécil, ahora estaría con ella. Las mujeres con las que salía eran aburridas y dejó de salir un tiempo como se propuso semanas antes. Dejar la vida social a no ser que fuese totalmente necesario por negocios.

Sentía celos de la felicidad de ambos. Era como si parte de su vida, se hubiese ido con ella. Tenía que hacerse a la idea de que ella no lo quería ya.

Lo había amado tanto tiempo que una decepción había matado de golpe el amor que pudiera sentir por él.

Sin embargo, él la amaba y la amaría siempre por encima de todo. Ahora lo sabía y tenerla cerca de él, lo confirmaba.

No podía dejar de verla y no iba a prescindir de ella en su empresa por ese motivo, una buena profesional, por sus sentimientos.

El lunes, recibió toda la información sobre los apartamentos. Era un edificio entero. Le llevaría unos meses en California, al menos tres meses, en Los Ángeles, pero estaría con Charly, la mayor parte del tiempo.

Recibió copia de las carpetas de los apartamentos, un billete de ida a los Ángeles para el miércoles y una tarjeta de crédito, que incluía un apartamento para ella, ya que era la única mujer.

Los hombres estaban en otro apartamento. Eran tres, los obreros eran contratados de allí. También tenía gastos pagados de comidas, más alquiler de un coche para ir a las compras, que ella elegiría una pequeña furgoneta para poder llevar objetos grandes.

Era la tarjeta más escandalosa que le había dado la empresa, pero en cambio los apartamentos se iban a vender carísimos.

Eran apartamentos de lujo frente al mar en un sitio incomparable. Así que tenía que ponerse manos a la obra. Las llaves se las daría Charly cuando llegara.

Así que el lunes y el martes, se dedicó a mirar los planos de los apartamentos, las fotos, de uno y dos dormitorios, a encontrar tiendas donde poder comprar. Llevaba una lista llena de almacenes, tiendas de antigüedades y algunos mercadillos que se celebraban en las cercanías.

El martes se llevó todo a casa, se despidió de Juan Carlos, que le deseó suerte. Él iría cuando todo estuviese terminado.

Antes de que ella viniese. Por lo tanto, lo más probable es que vinieran juntos. No le importaba. Era lo normal que el jefe comprobara todos sus trabajos finalizados. Siempre lo había hecho hasta ahora. Y no iba a ser distinto aunque estuviesen en California.

Por la tarde hizo la maleta y al final, llevaba su maleta, un maletín con la información, su pc, las copias de las carpetas y su bolso de mano.

Su amigo Ryan, la llevo el miércoles al aeropuerto. Se despidieron entre lágrimas, pues no habían pasado tanto tiempo separados, pero él ya estaba saliendo con un chico especial, que a ella le gustaba mucho.

Habían cenado en casa y en la de Ryan, mientras Charly estaba fuera. Al menos no lo dejaba

totalmente solo. Esperaba que ese chico le durara. Parecía que la cosa iba en serio entre ellos.

Cuando llegó al aeropuerto de los Ángeles, estaba molida de tantas horas de avión. El vuelo fue muy bueno, pero cansado.

Cuando salió con las maletas, la esperaba Charly con un sombrero vaquero y ella se echó a sus brazos.

—¡Estás loco! Te quiero, te quiero.

—Yo, sí que te quiero, cielo. No podía pasar ya más de un día sin ti. Esto es una locura

—¿Qué tal el vuelo?

—Largo, pero bueno.

—Venga nos vamos al apartamento que tienes asignado y que ahora será de los dos, pienso mudarme contigo. Estamos todos alojados cerca del edificio, en plena playa, ya verás, te gustará.

—Si no te mudas te mato.

—Sí, los abandonaré por ti. ¡Qué guapa estás! Tenía ganas de verte y abrazarte y poseerte y hacerte de todo.

—¡Calla loco!

—Loco, pero por tus huesos, pequeña.

Cuando llegaron al apartamento que tenía alquilado para todo el tiempo que durara su trabajo, era bonito, sencillo y limpio. Los tenían alquilados en un edificio contiguo al de ellos, así que estaba al lado de la reforma.

Su apartamento tenía un dormitorio, con cama grande un baño, un saloncito y comedor con cocina pequeña. Suficiente para los dos.

—¿Qué te parece?

—Suficiente para nosotros. Está muy bien. La mesa del comedor la podemos utilizar para trabajar.

—Vamos a estrenar esto.

—Necesito ducharme antes, cariño.

—Yo te ducho.

Y se metió con ella en la ducha y allí hicieron el amor. El la cogió contra la pared de la ducha y la poseyó como un loco. Se necesitaban tanto, que no pudieron resistirse.

—¡Menuda bienvenida!

—Espera que te seque.

Y esa tarde continuaron haciendo el amor hasta que terminaron cansados y entumecidos.

—Eres un loco del sexo.

—Eres una loca muy guapa y eres mía.

Y así, él se cambió a su apartamento. Y al día siguiente colocaron sus ropas y ella sacó sus informes.

Charly le dio las llaves de los primeros apartamentos que estaban ya listos, y alquiló una camioneta. Y empezó a visitar, la lista de almacenes que tenía hecha. Al final encontró tiendas para todo.

Los fines de semana iban a la playa que estaba cerca, hacían el amor y dormían. Discutían sobre los apartamentos.

Ella, le pedía a veces opinión sobre la decoración y comían fuera o hacían algo de comer en el apartamento.

Y así empezó ella su trabajo y se veían muy a menudo, pues estaban en el mismo edificio. A veces él subía y hacían el amor en cualquiera de los apartamentos.

Y ella le decía que estaba loco, que luego lo harían en casa. Pero ninguno podía resistirse.

Estaban locos el uno por el otro.

Charly era el hombre más loco que había conocido, el más guapo y tenía un cuerpo al que no podía resistirse. Estaba loca por él. Nunca creía que se podía estar más feliz ni estar más enamorada.

Uno de los fines de semana que llamaba a España, les contó a sus padres que tenía novio y él también lo contó a sus padres cuando llamó al rancho, en Montana.

Ya lo sabían sus familias. Las visitarían pronto. Tenía ganas de volver al pueblo tras casi más de año y medio de ausencia.

Los días pasaban y el trabajo iba realizándose. Los apartamentos estaban quedando preciosos. Y ella había encontrado tiendas y bazares con descuentos.

Y Charly, se reía de ella, porque alguna vez había ido con ella y veía cómo regateaba y conseguía lo que quería. Era de lo que no había.

Dos meses después, el trabajo de Charly había acabado allí y ella se quedaría sola en un edificio entero.

Esa última noche, antes de irse Charly de nuevo a Nueva York, después de hacer el amor, estuvieron abrazándose en la cama:

—Qué pena que tenga que dejarte cielo. Estos dos meses contigo aquí han sido maravillosos y te voy a echar de menos.

—Yo también vaquero.

—Y otros dos meses sin sexo. Cuando vengas te voy a matar de verdad.

—¡Que loco estás! Sí, anda consuélame. Me quedo sola y te voy a echar tanto de menos... tanto.

—Estoy loca por ti, Charly. Lo digo en serio. Eres un vicio para mí. Si me dejaras ahora me moriría.

—No digas eso pequeña, no voy a dejarte jamás en la vida. Eres mía y no hay nadie mejor que tú en la vida para mí. ¡Si no he mirado una mujer en estos meses que llevamos saliendo!

—Han pasado meses ya.

—Sí, meses cielo, más de cinco meses.

—Es la relación más larga que he tenido, vaquero.

—No me extraña. Si no has tenido relaciones serias. Yo no he tenido una relación más bonita que contigo, ni más sexual. Ni he encontrado en ninguna mujer, tanta química como contigo.

—Eso ya lo sé, estoy más delgada desde que te conozco y no necesito gimnasio.

—Mi preciosa española.

—Mi vaquero. Quiero que me seas fiel y me llames, que me quedo solita.

—Mimosa, claro que te llamaré. Todos los días y te mandaré algún mensajito. Y tenemos un compromiso.

—Sí.

—Sí, en cuanto vuelvas vamos a vivir juntos o ¿ya no quieres?

—¿En serio? —preguntó ella.

—Y tan en serio. ¿No quieres?

—Claro que quiero, pensaba que te habías olvidado.

—Eso no puedo olvidarlo. Entonces, qué, mi pequeña, ¿vivimos juntos cuando vuelvas?

—Sí, claro que sí. Cuánto trabajo me das, vaquero, más mudanzas. ¿Dónde viviremos?

—Ya veremos. Cuando volvamos lo hablamos y miramos sitios.

—Vale, eso lo dejamos para después.

—Para en cuanto llegues.

- Qué guapo y sexy eres...
- Y tuyo, que no se te olvide.
- Y mío entero.

No le daba miedo quedarse sola, aún le quedaban veinte apartamentos por amueblar. Lo habían pasado muy bien.

Estaría aproximadamente dos meses y medio o algo más sin él y lo volvería a echar de menos. Se dedicaría de lleno al trabajo para terminar lo antes posible y los fines de semana iría a la playa y comería fuera.

Buscaría en mercadillos cercanos a los que iba también los domingos y el tiempo se le haría corto. Eso quería, que el tiempo pasara volando para estar de nuevo con su amor en Nueva York.

Hablaría por las noches con Charly y al menos eso era un consuelo. ¡Qué suerte había tenido! Charly, le dijo que tuviese cuidado y cerrara siempre que estuviera trabajando.

Cuando se despidieron, ella lloró un poco.

—¡Vamos pequeña llorona, nos veremos pronto! Te llamaré todos los días cielo y de momento no nos separaremos. Tenemos mucho trabajo en Nueva York por delante. El jefe ha comprado nuevos complejos de casas y apartamentos que tenemos que trabajarlos.

—¡Te echaré de menos mucho! Te amo tanto...

—¡Yo también te amo! Aquí hay muchos chicos guapos, ¿me serás fiel?

—¡Qué tonto eres! Te seré fiel toda mi vida, ya lo sabes.

—Me tengo que ir mi pequeña. Cuídate. Nos vemos muy pronto, ya verás.

—Te quiero, no lo olvides nunca, pequeño.

—Yo también te quiero. Cuídate mucho y cierra la puerta de entrada.

—Sí, tendré cuidado.

CAPÍTULO SEIS

Y se quedó sola trabajando en los apartamentos que le quedaban. Estaba sola en los Ángeles y hablaba con Charly todas las noches.

También hablaba con Juan Carlos, casi a diario. Parecía que la estaba protegiendo. Ella lo agradecía, y como era su jefe, no tenía más remedio que contestarle y contarle cómo estaba quedando todo.

Una de las noches, cuando ya quedaba casi una semana para terminar, se dio cuenta de que no le había bajado la regla desde que llegó allí.

Cayó en la cuenta de que el primer día que llegó, lo hicieron en el baño sin preservativo. Pero no podía ser, o ¿sí? Sólo tenía los pechos más grandes, pero no barriga, o al menos no mucha. Sí más sueño del normal, sobre todo después de comer, pero no tenía más síntomas.

¿Y si se había quedado embarazada? Estaría casi de cuatro meses y medio. En cuanto terminara por la tarde que ya le quedaba una hora o así, iría a una farmacia y si daba positivo pediría cita urgente con un ginecólogo. Luego cuando llegara a Nueva York, ya iría con más tranquilidad a otro.

POSITIVO. Ese era el resultado del test. Se quedó de piedra. ¿Qué iba a pensar Charly? Solo llevaban saliendo casi ocho meses. No estaban ni comprometidos. Bueno, eso no era lo más importante. Se lo diría a la vuelta.

De momento pidió cita para el día siguiente a una clínica ginecológica. Aprovecharía un momento en el trabajo para ir. Ya, hasta se notaba barriga y todo. Tenía el miedo metido en el cuerpo.

Y así, lo hizo. Le hicieron una analítica y todo estaba bien. Y una ecografía en la que se oía el latir de un corazoncito y un pequeño moviéndose en su interior. Lloró de emoción.

—Está usted de dieciocho semanas, ¿cómo es que ha venido tan tarde?

—He estado trabajando intensamente y no me he dado cuenta hasta hace un par de días. No he tenido síntomas y vientre no tengo mucho.

—¿Quiere saber el sexo de su bebe?

—Me encantaría saberlo, claro. Estoy muy emocionada, y asustada también. Es mi primer hijo y el padre está en Nueva York.

—Es un chico. Y tiene buen peso. Espero que se alimente bien a partir de ahora y ande al menos un poco cada día. Es bueno.

—Dios mío, cuando se entere Charly...

—Bueno, le daré unas vitaminas y cuando vuelva a Nueva York, visite a su ginecólogo allí. Él ya la irá tratando. Le da este informe y su analítica. Le voy a dar una foto de su hijo. Y enhorabuena, mamá.

—Gracias Doctor.

Y desde que llegó al apartamento, y se duchó, comió algo, estuvo mirando la foto de su hijo hasta que llamó Charly. No le diría nada hasta verse. Pero cuatro meses y medio... por Dios, era lo que ella llevaba allí, dos con Charly y dos y medio sola y no se había dado cuenta con tanto ajetreo.

No sabía si le haría la misma ilusión que a ella. Si Charly no quería hijos, ella cuidaría sola a su bebé. Es que no habían hablado de hijos ni de casarse, solo de vivir juntos. ¡Madre mía! En menudo lío estaba metida.

Por fin terminó los apartamentos, solo quedaban unos cuatro días de limpieza, fotos y últimos toques que ella le daba. En ello, tardó tres días. Pero no podía irse aún.

Debía esperar a Juan Carlos para darle el visto bueno. Fue a esperarlo al día siguiente al aeropuerto. Allí dejó el alquiler de la camioneta y tomaron un taxi.

Él se alojó en un hotel y quedaron al día siguiente en la puerta del edificio. Estarían sólo un día.

Ya tenía Juan Carlos los billetes sacados para dentro de dos días por la tarde. La semana siguiente vendrían los de la inmobiliaria.

La mañana siguiente, quedó con él en la puerta del edificio y estuvieron toda la mañana viendo los cincuenta apartamentos. Estaba ya mareada. Terminaron muy tarde y fueron a comer después a un restaurante y se repuso un poco.

—Me ha encantado cómo ha quedado todo. Espero que se vendan pronto.

—Seguro que sí, y más al lado de la playa. Están espectaculares. Me ha costado encontrar lugares donde comprar, es todo más caro que en Nueva York, pero bueno intenté encontrar sitios baratos para comprar objetos de calidad. Ya sabes, como me gustan a mí. Pero creo que te va a gustar lo que hemos ahorrado.

Y le dio la tarjeta y una lista con los números que sacó del maletín.

—¡Madre mía, Rebeca, eres la diva del ahorro de mi empresa!

—Gracias.

—¿Te ha dicho Charly que tenemos mucho trabajo ahora en Nueva York?

—Me ha dicho que has comprado un complejo entero de apartamentos.

—Sí, pero tendremos que esperar. Hay problemas con algunos permisos en el Ayuntamiento. Por eso os voy a dar diez días de vacaciones, por el buen trabajo realizado, para ver si el Ayuntamiento termina el papeleo que ha presentado Charly y que le dijeron que hasta dentro de quince días nada. Así que cuando llegues, te coges diez días de vacaciones y Charly también.

—Gracias.

Al día siguiente volaron a Nueva York. Estaba deseando ver a Charly y debía ver la forma de contarle el problema que tenían. Ella ya tuvo noción de que viento se le notaba.

El viernes, al llegar al aeropuerto de Nueva York, Juan Carlos le dijo que se tomara la tarde libre y se lo agradeció y tomaron un taxi, la dejó en casa.

—Muchas gracias Rebeca, por todo. Eres una gran trabajadora. Me alegro de haberte contratado.

—Muchas gracias a ti por darme esta oportunidad.

—De la cual no me he arrepentido.

—Hasta mañana Rebeca.

—Hasta mañana Juan Carlos y gracias por traerme a casa

—Mujer faltaría más. Hasta luego.

Y él se fue a la oficina y a ella, le dio un poco de pena de él, porque la miraba como siempre la había mirado y además ya no se le veía en las revistas de sociedad, ni con chicas de su tipo. Siempre era correcto con ella, pero lejano. Era lo mejor y más ahora que su vida había cambiado de la noche a la mañana.

Charly no había ido a recogerla porque estaba trabajando y tenía reunión en el Ayuntamiento. Así que cuando llegó a casa, se duchó, deshizo el equipaje, puso una colada y dejó todos los informes para repasarlos el lunes. Ya estaba cansada.

El fin de semana se dedicaría a descansar, y comprar comida y como no tenía nada en la nevera, pidió comida china para llevar.

Colocó la colada, le dio un repaso a su apartamento, tomó una infusión y se quedó dormida en el sofá. Necesitaba recuperar sueño. Habían sido unos meses ajetreados. Y el viaje la había cansado demasiado.

Por la noche recibió la visita de su amigo Ryan, que la saludo, estuvieron charlando un rato, le contó todo, pero él tenía que salir con su novio y tuvo que irse antes de la cuenta.

—¿Que estás embarazada?

—Sí cielo y no sé cómo reaccionará Charly.

—Como un buen padre, no lo dudes.

—Es que estoy ya casi para parir, si no me doy cuenta, paro en Los Ángeles, sola.

—Exagerada. Aún estás bien. Solo un poquito de pancita, pero estás delgada como siempre

—Eres un sol cariño y te quiero. Te he echado de menos. Pero no quiero entretenerme si tienes que irte, ya te lo contaré con más calma.

—Adiós guapita.

—Diviértete. Ya hablamos más tranquilamente.

—Cuida ese chico, será un vaquero como su padre.

—Loco. Anda vete.

Parecía que la cosa iba en serio y se la veía feliz. Charly no la había llamado en todo el día y estaba inquieta. No quería llamarlo ella. Llevaba dos días sin hablar con él. No quería ponerse nerviosa por el bebé. Pero necesitaba a Charly.

Al cabo de una hora, bastante tarde ya como a las nueve, apareció su Charly. Se paró en el quicio de la puerta cuando ella le abrió y se la quedó mirando.

Y entonces, la cogió en brazos y cerró la puerta de una patada. Se la llevó directamente a la cama y se acostó con ella, besándola por todas partes. Aún llevaba el pelo mojado y estaba guapísimo.

Empezó a desnudarla diciéndole las cosas y frases que a ella le gustaban, que la había echado de menos, que era preciosa, que la necesitaba y cuando la tuvo desnuda y él también, bajó con su boca a su sexo y le hizo el amor y ella gritó su nombre de placer. Cuando ella recobraba la respiración, él se puso un preservativo, pero ella le dijo que no lo necesitaban.

Así que la penetró sin contemplaciones y él pensó en morir y resucitar en su cuerpo húmedo y suyo. Cuando estaban abrazados, mientras descansaban, él le preguntó

—¿Qué pasa cielo? ¿Has empezado a tomar pastillas?

—No cariño. No quiero que te asustes, pero estoy embarazada de cuatro meses y medio.

—¿De cuatro meses y medio?

—Sí, debió de ser el primer día que llegué a los Ángeles, ¿recuerdas el baño?

—Sí. No recuerdo haberme puesto preservativo.

—Pues ahora tenemos un bebé creciendo aquí —señalándose el vientre que ya se le notaba.

—¡Un hijo! —decía Charly sorprendido.

—Sí y es un niño, pero, Charly, yo puedo criarlo sola...

—¡Para, loca! ¿Crees que voy a abandonarte a ti y a mi hijo? Nunca. Nos casaremos.

—Ahora el loco eres tú.

—No, nos vamos a casar, eso seguro. He comprado una casa.

—¿Has comprado una casa?

—Sí, ahora me falta la familia que la va a ocupar, y esos seremos nosotros tres. ¡Te amo

Rebeca! No me importa que las cosas salgan al revés de cómo deben ser. Primero el niño y luego nos casamos. ¿Recuerdas que íbamos a vivir juntos cuando termináramos en los Ángeles?, pues lo haremos si tú quieres ya.

—Sí quiero, claro que quiero, sabes que te lo dije, pero eres un loco y has comprado una casa. Te amo más que a nada en el mundo.

—Espera. Tengo un regalo en la chaqueta para ti.

Sacó una cajita de terciopelo, la abrió y ella miró el diamante que había dentro.

—Esto te lo iba a dar hoy de todas formas, pero no tiene ningún valor comparado con un hijo que vas a darme tú.

Y ella como siempre se emocionó. Y él la abrazó.

—No seas tontilla, me ha costado una pasta. Venga, dame la mano —y le puso el anillo.

Y volvieron a hacer el amor, de forma oficial.

—Mañana vamos a la casa que he comprado. Espero que te guste, porque será nuestra. Lo que tendrás es que acomodar una habitación para el peque, pero en eso eres experta.

—Bobo... —y sonreía.

—¡Guapa!

Al final tuvieron que levantarse para cenar, pues ella estaba muerta de hambre y se le antojaron hamburguesas que pidieron para llevar. No querían salir de casa. A ese paso iba a engordar una barbaridad. Tenía hambre a todas horas.

Durmieron juntos haciendo planes para la boda y para el niño.

—Tienes que ir a un buen ginecólogo.

—Todos son buenos.

—Quiero lo mejor para mi bebé.

—Ya empezamos. Pues tú lo buscas.

—Yo lo buscaré, no te preocupes. Quiero verlo lo antes posible.

—Tengo una foto que me hicieron en los Ángeles. Espera que te la enseñe. Es tan pequeñito...

Y le enseñó la foto que le habían dado cuando acudió a la primera visita al ginecólogo.

—¡Dios mío! ¡Qué cosa más pequeña! Es nuestro. ¡Es una preciosidad!

—Es un niño y hay que buscarle nombre.

—No me importa si es niño o niña. Es nuestro. Será un bebé precioso y será como su padre que es muy guapo.

—¿No tienes abuela, eh?

—No, lo que tengo, es una mujer preciosa en mi cama y está hambrienta —y le tocaba el vientre y se lo besaba.

Al día siguiente, sábado, se levantaron y desayunaron fuera. Y después iba a enseñarle la casa. Ella no se imaginaba que era la que a ella le gustaba. Le esperaba una gran sorpresa.

—¿Está por el mismo sitio que las que hicimos?

—Sí. Pero espera que llegemos, eres una impaciente.

Y quiso cambiar de conversación, porque quería darle una sorpresa. Cuando llegaron. Pararon en la casa de la esquina y se acercó a abrir.

—¿Has comprado la casa?

—He comprado la casa para ti. Para que vivamos juntos en ella. Era una sorpresa. Pero cuando vi que era la casa de tu vida, no pude resistirme. A mí me encanta y sé que a ti también. Aquí forjaremos nuestra familia y seremos felices. Te lo prometo. Mi familia será lo más importante en mi vida.

—Charly, estás loco y eres el amor de mi vida y la casa me encanta, pero no voy a permitir que pagues una casa tú solo. Y menos una casa tan cara como esta.

—Ya está pagada. Juan Carlos me hizo una buena rebaja y yo gano lo suficiente para haberla pagado.

—¡Dios mío! —y empezó a llorar.

—¡Ey! Vamos a entrar como se debe y no quiero lágrimas. Quiero que estés contenta, no que llores.

—Es que estoy con el embarazo un poco sensibilera. Pero soy muy feliz.

La tomó en brazos y entraron en su casa, la casa en la que vivirían con su bebé. La casa que ella decoró como si fuese para ella. Ahora lo entendía. Y entendía por qué amaba a ese hombre más que a nadie en el mundo junto con su bebé.

El lunes, fue a la empresa a entregar todos los informes, facturas, carpetas de cada apartamento y fotos. Lo dejó todo archivado y en su lugar. Ya se podía ir de vacaciones tranquila, así cuando volviera empezaría de nuevo sin tener que poner nada en orden. Era muy estricta en el trabajo.

No quería dejar nada sin hacer. Además tendrían que venderse. Juan Carlos se lo agradeció.

Era una buena trabajadora y no dejaba nada para luego. Era muy ordenada y eso hacía fácil el trabajo al resto del personal. Una vez dejó todo listo, se tomó los diez días de vacaciones.

Decidieron ir a Montana al rancho, así que sacaron los billetes lo antes posible para aprovechar el tiempo. Pero fueron al ginecólogo antes de ir a Montana a ver a la familia de Charly.

Charly eligió un buen ginecólogo que trabajaba en una clínica privada, porque quería que allí lo tuviese costase lo que costase. Cuando se le metía algo en la cabeza era imposible no estar de acuerdo y desde que supo que estaba embarazada, la mimaba demasiado y se preocupaba por ella en exceso.

El ginecólogo le dijo que el bebé estaba bien. Sólo debía cuidarse un poco y descansar algunas horas al día. Alimentarse bien y caminar media hora al día como mínimo.

Le dijo al ginecólogo que tenía hambre a todas horas y este le dijo que comiera cosas sanas, fruta y verdura, plancha y asado. Nada de comida basura. Si no, ganaría muchos kilos difíciles de quitar luego.

Como les quedaba un día y medio para el viaje decidieron cambiarse de casa, así cuando volvieran irían directamente a la suya, tenían tiempo. Sólo tenían que cambiar la ropa y algunos enseres personales, pues la casa tenía de todo.

Ella se había ocupado de eso, así que dejaron sus apartamentos, colocaron su ropa en los vestidores e hicieron las maletas. Esa noche antes de irse durmieron en su casa.

Una casa llena de paz y tranquilidad en un lugar hermoso. La casa que ella había decorado como si fuese suya, ahora era suya de verdad.

En esos meses, su vida había dado un rumbo que no esperaba. Había encontrado el amor verdadero, el trabajo de su vida y la casa de sus sueños y ahora iba a ser madre. No podía pedirle más a la vida.

Cuando Rebeca salió de su apartamento de Brooklyn, le dio mucha pena, invitó cuando volviera a Ryan, su vecino y mejor amigo, cuando quisiera ir con su novio René. Se abrazó a él y lloró como siempre, pero éste le dijo que su novio se iba a vivir con él, con lo que se quedó más tranquila.

Pero nunca perdería contacto con Ryan. Era como su hermano y su paño de lágrimas.

Y aún les quedaba una semana de vacaciones y tomaron vuelo a Montana y al rancho de Charly.

Ella iba nerviosa y entusiasmada por igual. Nerviosa por ver a la familia de Charly que no sabía cómo serían ni cómo la acogerían y entusiasmada porque Montana debía ser preciosa y quería ver dónde nació Charly.

Cuando llegaron al aeropuerto de Helena, Charly, alquiló un todoterreno y se pusieron en marcha. Hicieron varias paradas, pero el viaje de un tirón, solo para comer o echar gasolina.

Tardaron cinco horas en llegar al rancho y le encantó nada más entrar por las vallas. Era enorme y de maravillosos paisajes. De verdad que si el rancho fuese de Charly, este sería rico de verdad.

—¿Qué te parece guapa? —dándole un beso y cogiéndole la mano.

—Es mejor de lo que me había imaginado. Eres un ricachón de Montana.

—Bueno el rancho es de todos, no sólo mío.

—No importa cielo, es una maravilla de la naturaleza lo que estoy viendo.

—Pues vamos a saludar. Nos están esperando.

Su familia era grande y maravillosa. Sus tres hermanas, tenían hijos y vivían en ranchos más o menos cercanos.

Hicieron una barbacoa en su honor con toda la familia. Y toda la familia quería celebrar la boda en el rancho para que estuvieran todos juntos en cuanto se enteraron de que iban a tener un hijo. Y a ellos eso les pareció maravilloso e inesperado.

—Cielo, ¿de verdad quieres casarte en el rancho? —Le preguntó, Charly. Porque si no quieres, no les hagas caso, que son arrolladoras. Si quieres nos casamos en Nueva York cuando tú, quieras. No tenemos por qué hacerlo ni hacerles caso, están un poco locos.

—No pequeño, me quiero casar aquí. Allí no tenemos familia. No lo había pensado, pero puede ser maravillosa una boda en Montana, en el rancho. Lo que no sé es si podemos con tan poco tiempo.

—De eso se ocuparán ella, no lo dudes que sí hay tiempo.

—Son como tú, arrolladoras.

—¿Entonces les decimos que sí?

—Sí. Hagámoslo.

Y entonces, sus hermanas se pusieron a organizar la boda como locas. Todo se lo organizaron.

Se pusieron manos a la obra y al final celebraron una boda en familia y amigos de la infancia y adolescencia, que era mejor que celebrarla solos.

Las hermanas de él se fueron de compras con ella, y se compró el vestido de novia y todos los complementos.

Avisaron al cura y al Ayuntamiento. Y les prepararon una barbacoa y una orquesta por la noche para el día de la boda.

Iba a ser una boda en el rancho, un sábado. Todo fue una locura. Sus hermanas eran las mujeres más eficientes y locas que conocía y el fin de semana, se presentaron más de cien personas en la boda. Personas que conocían, rancheros, amigos, vecinos...

El padre no quiso dejar que pagaran nada. Toda una vorágine de sensaciones. Todos cuidándola con el embarazo, pero a ella le encantó la boda, el rancho y la paz que allí se respiraba.

La boda fue preciosa, maravillosa. Las hermanas decoraron todo y se hizo una barbacoa y una gran tarta después. No podía haber tenido una boda mejor que esa.

Cuando estuvieron casados, él le dijo:

—Ya te avisé de mis hermanas. No digas que no te lo advertí. Te hubiesen metido en la cárcel si no te casas.

—Esto es una locura Charly, pero ha sido preciosa. Si la hubiésemos planificado con tiempo

no sale más bella. Me ha encantado hacerla aquí con tu familia, ya que la mía no hubiese podido venir, al menos hemos tenido a la tuya. Y me he ahorrado un montón de cosas y tonterías. Ha sido sencilla y bonita. ¿No crees?

—La novia ha estado preciosa y la boda también. Y lo de después de la boda, ¿qué me cuentas?

—Que eres un vaquero vanidoso y tontorrón, pero te quiero.

—Gracias Rebeca, de verdad. No sé cómo has podido aguantar todo esto estando embarazada. Estabas guapísima con tu vestido de novia y cuando te vi...

—Me ha encantado todo. De verdad. Nunca pensé casarme en un rancho. Y las cosas que no se esperan salen mejor. Además me encanta el rancho. Es una verdadera maravilla. ¡Me quedaría aquí para siempre!

Una de las noches en que estaban en el rancho acostados, él le preguntó:

—¿Quieres que nos vengamos a vivir al rancho?

—A mí me encanta, pero sé que tú no serías feliz en él.

—Pero si tú quieres nos quedamos.

—No, me gusta la casa que compraste, pero podemos volver al menos una vez al año, quedarnos unos días y ver a tu familia. Cuando tengamos vacaciones.

—Eres preciosa. Te han manejado como han querido y has tenido que casarte sin tiempo.

—Es la mejor boda que podía tener. Si la planifico, no sale tan preciosa. Me ha encantado mi boda. Y mi marido estaba guapísimo de vaquero.

—Te amo, te amo bonita.

Los dos días que quedaban de vacaciones, se dedicaron a recorrer el rancho que no pudo ser entero y a estar con su padre, que era igual que su hijo y era un hombre maravilloso.

Lástima que su madre había muerto años atrás. Estaba enterrada en el rancho y le llevaron un ramo de flores y estuvieron un ratito y Charly se emocionó. Ella lo abrazó.

—Cariño, seguro que está muy orgullosa de ti, desde dónde nos vea.

El padre de Charly, era un hombre trabajador y amable. A ella le cayó muy bien y a él le cayó muy bien su nuera. Estaban tomando café por la tarde los tres solos...

—Gracias hijo.

—¿Por qué papa?

—Por verte casado y aquí en el rancho. Ya que no lo quieres, espero tener un nieto que se lo quede.

—Aún no sabemos qué querrá ser de mayor —dijo Rebeca.

—Va a ser un vaquero de Montana.

—Suegro es usted un vidente.

—Más o menos. Pero te agradezco que hagas feliz a mi hijo ya que no lo tengo en el rancho. A él le gusta la ciudad y ama su trabajo.

—Lo hace muy bien. Es un perfeccionista. Estoy orgulloso de él.

—Debe estarlo y me siento feliz.

—Eres una buena chica y mi felicidad es que estéis siempre enamorados como ahora. Nunca he visto así a mi hijo y eso es debido a ti, nuera.

—Gracias. Yo también lo soy. Es el amor de mi vida. No hay otro como su hijo, no lo diré muy alto porque es muy vanidoso.

—Estoy escuchando en silencio.

—Espero que traigáis a mi nieto el año que viene.

—Papá, sabes que vengo todos los años a verte. Tienes que cuidarte y dejar al capataz ya todo

el trabajo.

—Te quiero hijo.

—Y yo a ti. No hagas que me preocupe más de la cuenta.

Y ella se emocionaba porque Charly, tenía una familia maravillosa, sus hermanas y su padre eran personas auténticas y muy unidas. Eran un batallón de infantería cuando se juntaban, pero a ella, eso le encantaba.

Se pasaban los días, hablaron mucho y Rebeca le prometió que iría todos los años para que viera a su hijo y a su nieto.

Era tan alto como Charly y tenía cincuenta y cinco años. Era aún un hombre joven y echaba de menos a su único hijo, por eso, cuando ella se lo dijo, Logan, que era como se llamaba el padre de Charly, se emocionó.

También le dijo que su bebé, se llamaría Logan como su abuelo. Y al final, el hombre se alegró tanto y Charly estaba tan emocionado, que le dio a su mujer un beso porque era la mejor mujer del mundo y un gran abrazo a su padre.

—Te quiero papá.

—Y yo también a ti, hijo. Es una mujer maravillosa la tuya. Si tu madre estuviese viva, también te lo diría y entonces quién se emocionó fue Rebeca y abrazó a su suegro.

Y llegó el momento de despedirse.

Tuvieron que despedirse de la familia de Charly y ella lo hizo, como siempre, las despedidas le hacían llorar. Todas las hermanas la abrazaron.

Había caído muy bien a la familia y al padre de Charly, también. Cuando se abrazó a este para despedirse, le dijo:

—No podía esperar una mejor mujer para mi hijo. Espero que me lo cuides bien y que él haga lo mismo.

—Lo haré. No se preocupe. Ha criado y educado al mejor hombre del mundo. Puede estar orgulloso de eso. Aunque no esté en el rancho, cuando hace su trabajo, es el mejor de todos.

—Lo sé. Es un buen trabajador. Sé también que es un buen hijo y una buena persona y te cuidará a ti y a vuestro hijo.

Y ella abrazó fuerte al padre de Charly. Le producía una cierta ternura y eran tan cariñosos que se besaban y se abrazaban siempre. Y ella se sintió muy arropada por su nueva familia.

Se intercambiaron los teléfonos con sus cuñadas y de su suegro para mantener el contacto y ver cómo le iba el embarazo, aunque llevaba una lista de consejos más grande que el estado de Montana.

Al volver a Nueva York, toda la empresa se enteró de que se habían casado y fueron felicitados por todos, incluso por Juan Carlos. También se enteraron de que ella iba a tener un hijo. Fue una fiesta en el trabajo.

Juan Carlos no podía estar más triste. No quería ser egoísta, pero le habían robado una vida maravillosa con Rebeca. Y un hijo.

Él mismo había perdido la oportunidad. La oportunidad de ser él, el marido maravilloso que ella se merecía y el padre de su hijo.

A veces se preguntaba qué le había pasado para haber sido tan imbécil. La vida sólo da pequeñas oportunidades, y él lo sabía bien por el trabajo. Pero en cuanto al tema amoroso, lo había llevado todo fatal.

Había sido relativamente feliz hasta que Rebeca entró de nuevo en su vida, o quizás es que

nunca había desaparecido.

Rebeca, era de los amores que nunca se olvidan y la tenía cerca, para que no se le olvidara.

Y no pudo ser más infeliz en su vida. Ahora tenía que recomponer los pedazos porque ya no había solución y debía buscarse su propia compañera y madre de sus propios hijos.

Su sueño con Rebeca había esfumado en ese momento.

Él había esperado por si la relación con Charly no llegaba tan lejos, pero con el tiempo había llegado y ahora estaba casada y embarazada y un hijo, era un lazo que él sabía que era muy importante para ella y jamás dejaría a Charly. Era de ese tipo de mujeres. De un solo hombre para toda la vida.

Ya podía buscarse una compañera y una familia para él. El tema de Rebeca había terminado. Rebeca, nunca sería suya jamás. Había perdido. Ya no volvería con él nunca más. Debía olvidarla y cuanto antes, mejor. Hacerse a la idea de que ella era feliz con Charly y buscar su propio camino por otro lado.

CAPÍTULO SIETE

La vida seguía para ellos felizmente. Su nuevo comienzo fue en su nueva casa al llegar de Montana. Ella empezó su trabajo de nuevo y Charly también. Se veían bastante tanto en el trabajo como en casa.

Su embarazo fue muy bueno y Charly siempre estaba pendiente de que comiera bien y la acompañaba por las tardes a dar paseos y a su cita con el ginecólogo.

Era el hombre más feliz del mundo. Su hijo, iba a llamarse como su padre Logan. A ella le encantaba ese nombre.

Cuando tuvieron las vacaciones y ella estaba de casi seis meses se fueron de viaje a España, ya que no habían gastado en una boda, Charly quiso que fuera a ver a su familia y pasaron diez días en el pequeño pueblo.

Ella le enseñó todos los rincones y pueblos de alrededor, hasta el cortijo que había sido de la familia de Juan Carlos subieron dando un paseo y la vista era maravillosa.

Fueron a la capital de la Provincia y vieron el Castillo y la Catedral y pasaron unos días maravillosos con la familia de Rebeca.

Luego estuvieron tres días en Málaga, en la playa en Benalmádena, descansando antes de volver a casa.

El resto de las vacaciones se quedaron en casa al volver de España descansando en su patio bajo las estrellas, leyendo y haciendo el amor.

Aprovecharon para reubicar una habitación para el niño y se fueron dos días de compras.

Charly pintó la habitación y la decoró ella y metieron su ropita y sus muebles pequeños. Dejaron listos los bolsos para el hospital.

El pequeño Logan nació en un parto normal que duró unas horas más de lo debido. Pero era un niño igual que su padre, nació ya grande y moreno con los ojos verdes como su padre. Y su padre no podía estar más orgulloso de su hijo.

—Gracias, preciosa. Has estado muy valiente.

—Me ha costado cielo, tu hijo es muy grande.

—Como su padre, pero ya verás que te recuperarás pronto.

—Eso espero. ¿A que es precioso?

—Es como su padre, te lo dije, grande, moreno y con los ojos verdes.

—Sigues siendo un payaso, mi amor.

—Y tú una preciosidad para mis ojos, y la madre de mi hijo.

Fueron once años maravillosos los que pasaron Charly y Rebeca en esa casa. Su hijo Logan, de nombre como su abuelo, tenía diez años y había ido a ver a sus abuelos todos los años al rancho y a Jaén también habían ido unas cuatro veces.

Habían viajado cada cierto tiempo a verlos a todos, pero Logan iba a ser un ranchero de cuidado.

Eso decía Charly. Ya su abuelo, lo dijo antes de que naciera. Cuando viajaron por primera vez y se casaron en el rancho.

Le gustaban los caballos y todos los veranos lo mandaban al rancho desde que cumplió ocho años, con sus abuelos y sus primos. Su abuelo, le compró un poni, como había hecho con todos sus nietos.

Le encantaba el rancho. Cuando tenía vacaciones, lo llevaban allí y se quedaban unos días.

Luego iban a por él, antes de entrar al colegio y así veía Charly a su padre y a sus hermanas. Pero su hijo quería estar en el rancho con su abuelo todo el verano entero y lo dejaban.

—Mi padre está muy contento con su nieto. Dice que como yo no quiero el rancho será de él algún día. Como no lo ha conseguido conmigo, quiere que Logan se encargue. Es tremendo.

—Pobrecillo, se está haciendo mayor y está solo. Y no quiere que se pierda ese rancho familiar tan estupendo. Tus hermanas ya tienen cada una el suyo.

—Bueno, seguro que Logan se queda con el rancho. Lo imagino. Le gusta demasiado ya desde pequeño. Pero tiene que hacer una carrera. Esa será la única condición que su padre le ponga.

—Ya verás que sí, que hace una carrera. Y cuando termine, se quedará con el abuelo, que ya tendrá casi setenta y seis años. Y será joven aún. Tu padre es muy fuerte.

Su amor fue hermoso y sexualmente, Charly era maravilloso y encantador, sexy e insaciable. Como padre, era el mejor que hubiera podido tener su hijo.

Su hijo lo tenía como un Dios. El tiempo libre que tenía se lo dedicaba a los dos, pero su hijo Logan, era muy especial y formaban un dúo inseparable.

Jugaba con él desde pequeño y veían películas y compartían historias del rancho, que Logan incansable le pedía a su padre que le contara.

Iban al parque y a veces antes de llevarlo al rancho, cuando era más pequeño, lo llevaba de vacaciones a Disney y a cualquier sitio que su hijo le pedía. No sabía decir que no. sacaba muy buenas notas y era un chico educado y sencillo.

A pesar de todo lo que su padre le proporcionaba, nunca pedía cosas caras y era un niño amado por sus padres.

No tuvieron más hijos. El trabajo los absorbía demasiado y eran muy felices los tres juntos. No se lo plantearon tampoco y disfrutaban de su pequeño y de sus veranos a solas cuando su hijo iba al rancho.

Tanto Charly como Rebeca se amaban uno al otro más que a nada en el mundo. Charly seguía pareciéndole un adolescente, le hacía el amor a diario y a veces hasta dos veces al día.

Ella lo deseaba de igual manera. Pero le decía que era tremendamente sexual, que cualquier día iba a matarla.

Habían conseguido un patrimonio más o menos decente. Ya que como no tuvieron que pagar casa y no tuvieron más hijos, trabajaban mucho porque nunca faltaba trabajo, consiguieron ahorrar para la Universidad de Logan y tener suficiente ahorrado y para vivir muy bien.

Además el padre de Charly, le mandaba una parte de los beneficios del rancho por Navidades a cada uno de sus hijos. Y era una buena cantidad.

Él se enfadaba, pero no había nada que hacer. Lo guardaba por si su hijo alguna vez quería comprar el rancho a sus tías. Rebeca ahorraba para eso, todo lo que podía.

Juan Carlos, por su parte en ese tiempo, se había casado y divorciado a los dos años. No había tenido hijos.

Ellos fueron a la boda, se casó con una de sus mujeres prototipo, pero al final no la quería y se

divorciaron.

Ella lo vio triste siempre, y serio, ni incluso cuando se casó lo veía ilusionado como debería estar un novio. Se casó por lo civil. Y según ella se enteró, con bienes separados, claro que él era muy rico.

Tenía cuarenta años y su empresa era una de las punteras del país. Trabajaba incansablemente y tenía una buena plantilla de trabajadores muy buenos y que él pagaba muy bien.

Había dejado su apartamento en el edificio y se había comprado también una casa cuando se casó. Y volvió a su apartamento de nuevo cuando se divorció, regalándole la casa a su ex. Lo único que ella se llevó de Juan Carlos.

Había cambiado mucho. Su mundo ahora era el trabajo y si tenía relaciones, no se le conocían. Nada de salir en las revistas de sociedad.

Siempre, miraba a Rebeca con nostalgia y envidiaba su vida con Charly y el amor que se profesaban. Se había vuelto un hombre serio y su trabajo era lo primero. A ella la trataba con amabilidad siempre.

Cuando Rebeca tenía treinta y seis años, Charly tenía cuarenta y uno. Ella empezó a notar lo más triste y apagado que de costumbre y él le decía que estaba cansado. Era la primera vez que lo veía de esa manera apática y apagada.

Llevaba ya un tiempo así y ella estaba preocupada por él, pero era tan terco que no quería visitar a un médico. Tenía que ponerse seria con él.

—Tengo ganas de tener unas vacaciones. A lo mejor me tomo un año sabático.

—¿Quieres que nos vayamos un tiempo al rancho?

—No, no puedo, vamos a tener pronto un trabajo y quizá tenga que viajar a Londres.

—¿A Londres? ¿Ha comprado Juan Carlos casas en Londres?

—Eso he oído. Tengo que hablar con él para confirmarlo.

La abrazaba más que nunca y la besaba siempre. Eso no le preocupaba. Él siempre había sido así.

—¿Estás bien Charly? De verdad que me tienes preocupada.

—Pues claro cielo. Solo es un poco de cansancio. O será la crisis de los cuarenta.

—Pues que no te dé por serme infiel. Te mataría.

—Eso no lo haría nunca. Tus huesecillos aún me ponen duro.

—Vamos a ir al médico, de verdad y me quedo más tranquila.

—A qué, si estoy perfectamente, no seas boba.

—Bueno, pero si sigues así vamos. Y no admito un no por respuesta.

Cuando estaban acostados una noche después de hacer el amor, Charly le pregunto:

—¿Te has arrepentido alguna vez de haberte casado conmigo?

—¿Por qué me preguntas eso cielo?

—Por preguntarte algo. Quería saberlo. Llevamos ya once años casados.

—Sabes que no, que nunca me he arrepentido de casarme contigo. Si tuviese que hacerlo de nuevo, serías mi hombre. Mi único hombre. Eres el amor de mi vida. Tenemos una familia maravillosa y un hijo estupendo. Y eres perfecto, bobo. Y te amo.

—Yo también te amo, y quiero que seas muy feliz siempre.

—Y lo soy. No necesito nada más. ¡Ven!, abrázame vaquero. Tenemos todo lo que necesitamos. Somos una familia maravillosa y como marido y padre no tienes igual cielo.

Pasaron cinco días y uno de ellos, el viernes, en que Rebeca había salido a uno de los

apartamentos que remodelaba, Charly entró al despacho de Juan Carlos.

—¡Hola! ¿Puedo pasar?

—¡Pasa Charly!

—Quiero hablar contigo de algo personal.

—Tú dirás —se sorprendió Juan Carlos. ¡Siéntate Charly!

Y Charly se sentó y lo miró.

—Voy a ir al grano Juan Carlos. No quiero quietarte tiempo.

—Ya sabes que puedes decirme lo que quieras, si necesitas dinero, algo. Lo que sea Charly, somos amigos desde hace mucho tiempo, así que si necesitas algo me lo puedes pedir sin más. La respuesta es sí.

—No, no es eso Juan Carlos. Tengo dinero suficiente. Gracias. Ya sé que tú fuiste el primer amor de Rebeca y que os acostasteis cuando ella entró en la empresa. Sois del mismo pueblo. Ella me enseñó el cortijo donde vivía tu familia y dónde ella estuvo trabajando un verano —Juan Carlos levantó el teléfono y le dijo a su secretaria que nadie lo molestara. Ni llamadas ni nada.

—Vamos Charly, de eso hace ya casi doce años. Y cuando nos conocimos éramos unos críos, adolescentes de familias muy diversas y distintas. Ella te lo habrá contado.

—No, ella nunca me lo dijo. Para no hacerme daño o para que no nos enfadáramos entre nosotros y no teníamos por qué. Cuando la vi, la primera vez en la oficina supe que era la mujer de mi vida. Luego con el tiempo sumé dos y dos, pero yo no formaba parte de su vida en esos momentos. Cierto que tuve algunos celos al principio.

—Charly... eres el amor de su vida. Por eso te eligió a ti.

—No te estoy echando nada en cara, es más, Rebeca no sabe que lo sé. Nunca me lo ha dicho y yo nunca le he sacado el tema. Ella me ama.

—Lo sé. Yo me comporté como un imbécil con ella, pero tenéis una familia maravillosa y ella te quiere con locura.

—Lo sé. Pero no me queda mucho tiempo.

—Mucho tiempo de qué...

—De vida.

—¿Qué dices Charly? Eso no puede ser —se levantó del sillón, se fue a la ventana y volvió a sentarse frente a Charly que estaba muy tranquilo.

—Un mes si llego. Tengo un tumor inoperable avanzado en el cerebro. No se pudo detectar a tiempo. Y quiero preguntarte algo y quiero que seas sincero ¿la quieres aún? He visto cómo la has mirado siempre. Y creo que ha sido el amor de tu vida también.

—Charly...

—¡Contesta! Por favor. No me importa ya a estas alturas y es importante para lo que voy a pedirte.

—Nunca he dejado de quererla, pero eso no tiene ahora importancia. Ella te eligió a ti.

—Sí que la tiene para lo que voy a decirte. Quiero que me des el tiempo que me queda de vacaciones, a ella le dices que me has mandado a Londres. Ya le dije el otro día que habías adquirido propiedades allí y que probablemente me enviaras. Pero me iré al rancho con mi familia. No quiero que ella lo sepa ni que me vea morir, ni mi hijo tampoco. Tengo un seguro de vida y le he dejado la casa que estaba a mi nombre y el dinero que tenemos y que está a nombre de los dos y no le faltará nada. Quiero que la mantengas en la empresa, le pagues mi seguro en la empresa, y quiero que la cuides a ella y a mi hijo como si fuese tuyo.

—Pero Charly... yo nunca la dejaría sin trabajo. Es su vida el trabajo que realiza, y lo hace muy bien. Es imprescindible en la empresa.

—Cuando pase un tiempo, seguro que estaréis juntos. No quiero verla sola criar a nuestro hijo. Es fuerte, pero necesita a un hombre, lo sé, la conozco. No digo ahora mismo, pero sí dentro de un tiempo, y quiero que seas tú. Sé que has cambiado y también mereces ser feliz con ella.

—¡Por dios Charly! ¿Qué estás diciendo? ¿Has visto a algún médico más? ¿Quieres que busquemos uno?

—No hay nada que hacer Juan Carlos. He visto a tres diferentes.

—¡Joder! ¡Maldita sea!

—No quiero que esté sola. ¿Lo entiendes? Tú harías lo mismo. Y nadie mejor que tú. ¡Prométemelo! Es una mujer joven y vital. Y sé que te perdonará con el tiempo cuando yo no esté. Y tendrá dos hombres que la amen como se merece.

—¡Te prometo que no les faltara nada y que los cuidaré!

—Gracias amigo. Quiero irme el lunes.

—Charly, debería saberlo. ¿Por qué no se lo dices? Ella querrá estar contigo. Tu hijo es pequeño, pero ella...

—No quiero verla sufrir y llorar, no podría soportarlo y el rancho es maravilloso y me dará la paz que necesito y no quiero que ni ella ni mi hijo vean mis últimos días, quiero que me recuerden como soy ahora. Es una decisión muy meditada y me gustaría que se me respetara.

—Como tú quieras. Lo siento Charly. Lo siento mucho.

—Lo sé. Has sido un buen jefe para mí y un amigo. Dejaré mis cosas tal cual están en la oficina, si no te importa.

—No me importa. Le diré a Rebeca que te vas a Londres como tú quieres ¿Vale?

—Gracias. Quiero que le des esta carta cuando pase un mes, más o menos. O cuando tú lo consideres oportuno. Cuando la veas mejor.

—Lo haré. No te preocupes.

—Quiero que le digas que me voy a Londres el lunes y quiero que te ocupes de los billetes de avión para ellos cuando yo muera. Te voy a dejar dinero.

—No hace falta Charly. Yo me ocupo de eso. Sin discusión. Lo siento mucho, de verdad, eres un gran tipo y ella te ha merecido todo este tiempo.

—Mi familia te llamará cuando ya no esté y te dará las instrucciones para que ellos vayan. Cuando todo haya pasado. No antes.

—Como tú digas, Charly.

—Y prométeme que si te da una oportunidad, que te la dará, la conozco bien, no vas a desaprovecharla y la amarás por encima de todo. Es la mejor mujer del mundo.

—Te lo prometo de corazón.

—Gracias Juan Carlos. Por todo.

—Charly, lo siento.

Y se abrazaron y él se fue del despacho como la primera vez que entró. Para siempre.

Juan Carlos no se lo podía creer. Lo sentía mucho por Charly sobre todo. Y lloró por su amigo. Era un hombre joven y bueno en su trabajo, era generoso y sabía que había sido el amor en la vida de Rebeca.

Era generoso y tenía todas las cualidades que a él le habían faltado para enamorar a Rebeca. No quería verla sufrir y ahora la vida la castigaba de nuevo.

¡Claro que estaría pendiente de ella! No iba a dejarla sufrir, ni sin trabajo, ¡faltaría más! y cuidaría de su hijo como si fuese suyo. No estarían solos. Se lo había prometido a Charly y por Dios que lo haría.

La vida no había sido justa con Charly. Era joven y fuerte y tenía un chico apenas adolescente y una buena vida con una bella mujer y ahora la vida le arrebatava todo llevándose a él.

Que terminaran juntos Rebeca y él como Charly quería, eso ya era otro cantar. Tendría que pasar mucho tiempo para que Rebeca renaciera y se recompusiera de nuevo, la conocía a pesar de todo.

Cuando Charly llegó a casa, quiso que todo fuera normal, lo intentó. Preparó la maleta como si fuera de viaje.

Se llevó unas fotos de su hijo y de ella, para mirarlas cuando llegara el momento y esas dos noches le hizo el amor con todas las pocas fuerzas de las que ya disponía.

Estuvo toda la noche del domingo mirando a su hijo y a ella. Por la mañana se despidió y se fue.

Se fue para siempre sin que ella lo supiera, pero no a Londres, sino al rancho, donde su padre siempre quiso que estuviera y donde pertenecía.

Allí estaría al lado de su madre y de su hijo cuando este se hiciera cargo del rancho. En el fondo sabía que su hijo se iría allí algún día, y allí quería estar.

Rebeca, tendría otra vida. Se lo merecía. Pero ahora, su sitio no era estar a su lado. Ya no podría. Debía dejarla marchar.

Ella seguía trabajando y Juan Carlos se mostraba más amable de lo normal. Había guardado la carta que Charly le había dejado para ella. También le había dicho Charly, que cuando llegara el momento, su familia lo llamaría a él y él le daría la noticia a Rebeca para ir después del entierro. Hasta eso quería evitarles.

Querían que lo enterraran en el rancho, junto a su madre. Donde estaban sus hermanas y su padre y dónde sabía que su hijo iría a vivir allí con el tiempo.

Juan Carlos, le preguntaba si necesitaba esto o lo otro y ella se extrañó un poco, pero no le dio importancia. Pensaba que era por el hecho de estar Charly en Londres.

Ella le preguntó si no iba a ir ella también a decorar. Pero Juan Carlos le dijo que esos apartamentos iban a venderse sin amueblar, no se iban a decorar. Estaban lejos y los iba a vender tal cómo estaban, ya que tenían vendidos gran parte ya. Ella no le dio importancia porque no era la primera vez que lo hacían.

Hablaba con Charly todas las noches. Aunque lo encontraba muy cansado. Él se lo decía, que ese trabajo era cansado y terminaba muerto. Que tenían muchos problemas con las obras.

—Charly, cielo, en cuanto vengas, vamos al médico, y no hay discusión que valga.

—Como quieras mi amor. Iré si te quedas más tranquila.

—Eso no lo dudes. ¿Estás comiendo bien?

—Claro nena, sabes que siempre como bien. Por eso no te preocupes y ¿el pequeño?

—Está esperando tras el teléfono para hablar contigo. Te echamos de menos y solo hace tres días que te has ido.

—¡Cuídalo bien cariño!

—Sabes que siempre lo hago, pero lo tienes muy consentido. Es el niño de papá.

—Te amo pequeña. No lo olvides.

—Yo también te amo. Vuelve pronto. Te paso a Logan, que no me deja.

—Está bien, pásamelo.

Cuando Charly llegó al rancho reunió a toda su familia y les contó qué le pasaba y qué había

hecho y lo que le había dicho a Rebeca y a su hijo. En el último momento deberían llamar a su Jefe.

Quería que respetaran su última voluntad. Había hecho testamento y todo lo había dejado listo.

Les dijo todo lo que quería que se hiciera y la forma de hacerse.

Sus hermanas y su padre lloraron como niños y lo abrazaron fuerte. Y todas sus hermanas se cambiaron al rancho hasta la última hora para estar con su hermano y cuidarlo.

Le decían que debía decírselo a Rebeca, pero él la quería tanto que no podía soportar verla sufrir ni que lo viese. Quería que lo recordara como un hombre fuerte y no demacrado y moribundo.

Quería ser enterrado antes de que la llamasen. De todas formas, sabía que lloraría y sufriría y se preguntaría por qué. Pero su familia tenía la respuesta para ese momento y para ella: POR AMOR.

La familia en el rancho respetó su deseo. La llamarían cuando todo hubiese acabado y pidió ser enterrado debajo de un árbol, al lado de su madre que había muerto veinte años antes.

Lo cierto es que Charly no sufrió. Estuvo sedado los últimos días. Ya él le había dicho que si no se ponía en contacto con ella, es porque estaba en un sitio sin cobertura.

Murió veinte días después de irse. Tranquilo y sereno, donde él quiso y como quiso. Y fue enterrado junto a su madre.

El primero que se enteró una vez acabado todo, fue Juan Carlos, como él había dispuesto. Juan Carlos sacó dos billetes para Montana, para la mañana siguiente, para ella y para su hijo.

Rebeca ya había salido del trabajo y él fue a su casa. Cuando ella abrió y a él le tocó darle las malas noticias, Rebeca se desmayó en sus brazos.

No podía creérselo. Charly estaba en Londres. Cuando se repuso, ésta le dijo que estaba en Londres. Y Juan Carlos tuvo que contárselo todo, incluso su conversación en el despacho.

—No Rebeca, me pidió que no te lo dijera hasta el final. Está en el rancho. Te tengo dos billetes, para ti y tu hijo para mañana a primera hora. Yo os llevaré al aeropuerto. Me quedaré con vosotros esta noche si quieréis. Lo siento mucho. Él quiso evitarte el sufrimiento. No quería que lo recordaras enfermo. Fue algo fulminante cuando se enteró y ya no había nada que hacer. ¡Tómate el tiempo que necesites! Por el trabajo, ni te preocupes. Estará ahí cuando tú puedas. Su familia lo ha cuidado muy bien. Ha sido y se ha hecho todo como él quería.

Quería hacer algo para no verla tan afectada. No paraba de llorar. Se quedó con ellos esa noche, y se tumbó a ratos en el sofá y por la mañana, los llevó al aeropuerto.

Tuvo que ayudarle a hacer la maleta y la de Logan también.

Y cuando llegaron al rancho, todos lloraron juntos. Ella les dio las gracias por cuidarlo. La llevaron donde estaba enterrado. No podía creérselo. Lo había despedido y estaba bien y ahora estaba muerto.

Y estaba sola, con su hijo de diez años y tenía que luchar por él. Charly lo habría querido así. Sería fuerte por su hijo. Pero todo aquello, no le evitaba el dolor tan profundo que sentía.

El agujero negro y vacío que había dejado en su vida. Había sido generoso con ella hasta para morir. Le sería imposible vivir sin él, si no fuera por su hijo Logan...

Cuando todo pasó, se quedó unos días en el rancho, e iba a verlo a diario y se quedaba con él horas hablándole, pero sabía que tenía que volver a su casa y a su vida.

Logan, debía volver al colegio. No podía perder más días. Volvería todos los años y mandaría a su hijo todos los veranos como acordaron.

Y ella volvería al final del verano a por él, como siempre habían hecho. Nada iba a cambiar lo que su padre había dispuesto.

Su hijo estaba muy afectado, aunque era un niño pequeño, estaba muy unido a su padre y ahora en casa, todo sería silencio y lágrimas. Le costaría superar ese golpe que la vida le había dado, así de sopetón.

Y cuando decidió volver, llegó a su casa y todo le olía a Charly, su ropa, la cama, todo. Para que el niño no la viera llorar, lloraba cuando estaba en el colegio o por las noches, perdió más de cinco kilos, no tenía apenas ganas de comer. Ni de arreglarse.

Su amigo Ryan y su novio, pasaban todas las semanas a hacerle una visita y era su paño de lágrimas, como siempre había sido.

La sacaban al parque, sin ganas y la llevaban de compras o a comer y la obligaban a salir. Eran una pareja deliciosa.

Juan Carlos se pasaba por allí al menos tres veces o cuatro por semana, con comida, pues sabía que ella no iba a ser capaz de hacer ni de pedir nada. La animaba, la abrazaba, la consolaba.

Incluso le daba de comer como a una niña. El pequeño echaba de menos a su padre, pero los niños se recuperaban antes y salía con Juan Carlos los fines de semana. O se lo llevaba a su casa.

Le compraba juegos o le ayudaba a hacer los deberes. Y cuando acababan, Juan Carlos se iba a su casa una vez que comían.

Ella permanecía en el sofá durmiendo o llorando y eso a él le causaba una gran desazón. No sabría cómo podría cuidar de ella.

Pero Charly ya le había dicho que debía esperar. Mientras, se dedicaba a su hijo, lo apuntó a actividades extraescolares que al niño le gustaban.

Poco a poco, Rebeca se fue recuperando y en tres meses, le dijo a Juan Carlos que quería volver al trabajo.

Él le dijo que se tomara más tiempo, pero ella no quería. Volver a trabajar, haría que se olvidara de estar en casa.

Cuando pasaron cuatro meses, ella estaba mejor, ya llevaba uno trabajando y Juan Carlos, un fin de semana le dio la carta. Era lo único que no cumplió a tiempo, pero la veía tan mal que quiso esperar.

Cuando llegó a casa por la noche, y su hijo se había acostado, se acostó en la cama y abrió la carta.

“Rebeca, amor de mi vida:

Jamás te he mentado en nada en el tiempo que llevamos juntos y espero que esta vez me perdones. No podía decirte la verdad. Fue una decisión unilateral. Saber que no iba a volver a verte más a ti y a mi hijo, me hizo tomar una decisión que quizá no te guste, pero era la que yo quería para mi muerte. No quería que me vieras muerto, sino que me recordaras vivo, como siempre estuve para ti, vivo y vibrante.

Tengo que darte las gracias por todos estos años de amor y pasión y nadie ha sido nunca como tú. Eres el amor de mi vida. Te amo y te amaré toda la eternidad,

Lo que me duele es no envejecer a tu lado y ver crecer a mi hijo, pero Dios lo ha dispuesto así y tengo que darle las gracias por el tiempo tan hermoso que he compartido contigo.

Cuando pase tu dolor, quiero que te des una oportunidad, no puedes vivir sola. Le he

encargado a Juan Carlos que mire por ti y por mi hijo, necesita un referente paterno, quiero que lo dejes ir al rancho con mi familia todos los veranos como dispusimos y quiero que termine la carrera como prometimos y si quiere quedarse con mi parte del rancho, ya sabes, es un ranchero y un vaquero nato. Lo lleva en la sangre. Espero que sea un hombre bueno.

En cuanto a ti, mi pequeña, quiero que seas feliz. Sé lo de Juan Carlos. Nunca te lo dije, al principio tenía algo de celos, pero después supe que eras mía, pero ahora sé que él no te ha olvidado y si le das una segunda oportunidad a la vida no me importará que él esté en ella. Nadie mejor que él. Es un buen hombre y creo que ha estado siempre enamorado de ti. No quiero que estés sola. Eres una mujer joven y guapa y te amo, pero necesitas que te amen realmente siempre. Elige bien, mi vida.

Solo decirte que nunca habrá un hombre que te haya amado más que yo en la vida.

Cuídate. Mi cielo.

Hasta siempre pequeña, amor mío.”

¡Por Dios!, Charly, incluso muerto, tenía sentido del humor. Le estaba buscando novio y aún estaba vivo y enfermo.

Con el tiempo, ella empezó a recordarlo como el amor de su vida, pero el dolor fue menguando.

Su hijo se apegó mucho a Juan Carlos y eso le preocupaba, porque encontraba en él, la figura paterna que no tenía. Pero tampoco podía hacer infeliz a su hijo. Además tenía el permiso de Charly. Se lo había pedido a ella y a Juan Carlos

Ella seguía trabajando en la empresa y se animaba con cada proyecto. Un fin de semana guardó toda la ropa de Charly y la bajó al trastero de la casa. Sólo dejó las fotos que tenía adornando el salón en la estantería de la chimenea, y sus álbumes de fotos guardados en las estanterías del salón, pero lo otro, le causaba daño y dolor y ya no podía permitírselo.

Pasaron tres años de la muerte de Charly. Y lo recordaba con mucho cariño, amor, pero ya no sentía ese dolor profundo que le hacía tanto daño, sabía que estaba en un buen sitio. Intentaba ir al rancho todos los años y le ponía flores cuando llevaba a su hijo a pasar el verano.

Y le contaba todo cuanto había ocurrido en ese año, cómo crecía su hijo y cómo le iba la vida. Y mandaba a su hijo todas las vacaciones de verano y su hijo era ya un adolescente de casi catorce años que ya iba a entrar al instituto.

Un viernes, Juan Carlos la invitó a cenar.

—Vamos, tienes que salir. Han pasado tres años ya. No voy a permitir que te conviertas en una monja, Charly no me lo perdonaría.

—Está bien, saldré a cenar contigo.

Y salió a cenar con él. También salían con Logan, aunque ya era un adolescente y quería estar con sus amigos. A veces lo dejaba en casa con una chica que lo cuidaba, e invitaba a sus amigos. Eran buenos chicos.

Pero cuando llegaban las vacaciones, quería irse todo el verano al rancho, y como sacaba buenas notas, lo dejaba con la familia de Charly, que lo esperaban con los brazos abiertos y ella volvía a casa sola.

Juan Carlos, la llamaba, los fines de semana e iba con él, sin compromiso a cenar, a bailar a algún evento que él tenía, al parque o a algún mercadillo iba con ella los fines de semana a buscar

alguna ganga para el trabajo.

Era más serio que Charly, pero ya no era el Juan Carlos que se encontró en Nueva York cuando fue. Tenía cuarenta y tres años y era un hombre. Una noche de verano, en que el chico estaba en el rancho y ellos salieron a cenar. Ella, le preguntó...

—¿Por qué no te has vuelto a casar?

—Porque si no me caso contigo, no me casaré jamás.

—Pero no tengo intenciones de casarme otra vez Juan Carlos.

—¿Por qué? Logan sería feliz si nos casáramos y nosotros nos conocemos desde siempre. Ahora no soy el chico tonto que conociste. Tampoco soy el imbécil que dejó pasar una segunda oportunidad contigo. Soy un hombre que sabe lo que quiere.

—Yo amé mucho a Charly, Juan Carlos. No sería justo para ti.

—Déjame que yo decida lo que es justo para mí. No te pido el amor que tuviste con Charly, ni siquiera el que tuvimos de adolescentes. Podemos tener un amor tranquilo y amistoso, aunque yo nunca he dejado de amarte. Y lo sabes.

—No permitiría que quedaras en un segundo lugar. No te lo mereces. No sería justo para ti.

—Llevo estando en segundo lugar desde hace quince años. Sólo con estar a tu lado, me conformo.

—Pero no te conformarías sin tener sexo.

—Tú tampoco, eres joven, guapa y deseable y tenemos tanto la necesidad de comer como la de tener sexo. Quizá me compares. Aguantaré también eso si es necesario.

—Debes de amarme mucho. No puedes conformarte con tan poco.

—Para mí, no es tan poco. Es una familia que pudo ser mía. Sabes que quiero a tu hijo como si fuera mío. Es un chico excelente, y no porque me lo encomendara Charly. Es que es un chico estupendo y tenemos mucha conexión entre nosotros, aunque sé que su futuro será Montana y el rancho de su padre.

—Tengo miedo de que salga mal. Es la tercera vez que coincidiríamos Juan Carlos.

—No sabes cuánto miedo tengo yo. Pero estoy dispuesto a arriesgarme después de haber esperado por ti, toda mi vida. Nos casaríamos en una ceremonia sencilla y nos mudaríamos a una casa que no sea de ninguno. Tú elegirías por segunda vez la segunda casa de tu vida. Pero tu hijo tendría un padre y un referente paterno. Yo quiero a Logan como si fuera mío. Es un buen chico.

—Creo que mi hijo cuando termine la universidad se irá a Montana, al rancho.

—Debe seguir su vida. Si eso es lo que él quiere, intentaríamos que haga lo que a él le apetezca, siempre y cuando termine la Universidad como quería su padre. ¿Qué me dices Rebeca?

—Déjame que lo hable con Logan cuando vuelva del rancho en verano y te contesto. No me esperaba esto y quiero consultarlo con mi hijo.

—Bien, espero que le guste que estemos juntos.

Y así fue. Cuando Logan volvió del verano, ella le expuso las nuevas novedades. Le dijo que le gustaba mucho Juan Carlos y que le gustaría que fuesen una familia. No le importaba cambiarse de casa. Quería ver feliz a su madre.

—Mamá debes ser feliz de nuevo. Me gusta Juan Carlos y es de tu pueblo. Es como mi padre. No me importa cambiarme de casa y que tú te cases con él.

—Eres un buen hijo, como tu padre

—Quiero que seas feliz mamá —y abrazó a su hijo.

Y así fue como Juan Carlos, sin esperarlo, no iba a perder la tercera oportunidad que la vida le diera con Rebeca. La enamoraría. No esperaba que lo amara como a Charly, sino que lo amara como a él mismo.

Cuando le dio la respuesta, él la abrazó y la besó en los labios y sintió cómo temblaba. Eso era buena señal para él. Nadie podía pasar sin amor, y él lo sabía bien. Profundizó el beso y ella le respondió. Se separó pronto.

—Rebeca, no estás siendo infiel a nadie. Estás sintiendo, solamente. No tengas miedo, seré paciente. He esperado veintitrés años. Puedo esperar más.

—Gracias. La respuesta es sí, me casaré contigo.

—¿De verdad?

—De verdad. A Logan, le gustas mucho. Te quiere mucho. Y le gustaría vernos juntos.

—Pues empecemos buscando casa. Compraremos un chalet de los que acabo de adquirir. En cuanto estén remodelados, elegirás el que más te guste, lo decoras y será nuestra casa.

Tenía la sensación de haber pasado ya por eso. Dos hombres muy parecidos, dos hombres altos y guapos y dos hombres que la querían y a los que ella había querido. ¿Podría amar de nuevo a Juan Carlos?

El siguiente fin de semana, él le regaló el anillo de compromiso. Se quitó el de Charly, la alianza y lo guardó con el de Charly, la carta y sus recuerdos.

Empezaba una nueva vida. Se daría una oportunidad sin miedo con Juan Carlos. La tercera con él. Y tenía el presentimiento de que esta sería buena. Tendría otra vida maravillosa con otro hombre maravilloso. Parecía que la vida le iba a ofrecer de nuevo algo bueno para ella.

Jamás pensó en todos aquellos años que terminaría donde empezó con él.

CAPÍTULO OCHO

Eligió uno de los chalet más bonitos de la urbanización que estaba relativamente cerca de su casa y la decoró a su gusto.

Tenía dos plantas, cuatro dormitorios, el principal con dos baños y dos vestidores, piscina y jacuzzi y Juan Carlos, contrató a una señora para el servicio.

Le hizo en el jardín un cenador porque sabía que a veces le gustaba estar sola o leer. Era un espacio para ella. Le hizo una ilusión enorme y cuando la casa estuvo lista, hicieron la mudanza.

Aunque ella, le dijo que era una casa enorme para los tres. Él, le contestó, que le gustaba los grandes espacios, porque si no, se sentía agobiado.

Y era cierto, porque tenía dos plantas en el edificio donde siempre había vivido excepto cuando se casó.

Inscribieron a Logan en un instituto privado y cercano. Ella quería uno público, pero Juan Carlos dijo que de su educación iba a encargarse él, como le prometió a Charly y uno privado y bilingüe era lo mejor para Logan.

Además estaba cerca de casa y podía ir andando. Al final, ella aceptó. Juan Carlos tenía razón.

Una de las noches en que Logan se quedó a dormir con un amigo días antes de empezar el instituto, se habían cambiado, habían metido su ropa y sus pertenencias, abrieron una botella de champagne para celebrar la casa nueva.

Él se acercó a ella y por primera vez en tantos años, volvieron a hacer el amor. Tuvo mucha paciencia con ella.

Pero el fuego entre ellos, sólo se había quedado dormido, porque ella, le respondía con gemidos auténticos y eso era sexo, pero también era amor.

Así que hacer el amor pasó a ser parte de su vida cotidiana, él le decía palabras hermosas, que la amaba, que la quería, pero ella aún no estaba preparada y Juan Carlos, lo sabía.

Le faltaba confianza para acercarse a él por propia iniciativa. Juan Carlos también era un hombre muy sexual y la conocía bien.

Y tenía la paciencia suficiente para esperar. Pero ahora iba a ser suya y no habría marcha atrás y la querría hasta el fin de sus días como Charly había hecho.

Ella hizo una caja con pertenencias de Charly, fotos, cosas personales, sus relojes y sus anillos, incluso alguna ropa, y en un papel anotó la colonia de su padre, para que su hijo algún día las tuviese. Y las guardó en su vestidor.

Logan estaba encantado porque tenía una habitación enorme, con mesa de estudio y baño propio. Y su madre lo veía feliz de nuevo.

En su habitación, tenía todo lo necesario para un chico de su edad. Juan Carlos, no escatimó en gastos, porque sabía que todo lo usaría con propiedad e inteligencia.

Ella, no quería que se gastara tanto en él y le dijo que era como su hijo y que aunque ella tenía su dinero, ahora el de él, era de los dos. Lo que tenía también iba a ser suyo.

—¡Estás loco!, no lo puedo consentir.

—Entonces dime cómo lo hacemos, cómo compramos, cómo pagamos si no juntamos el dinero.

—Podemos poner cada mes una cantidad cada uno.

—No permitiré eso en mi casa.

—Eres un terco. Y ya tuve uno en mi vida.

—Pues tendrás dos. No te va a quedar más remedio.

—Pues me va a costar acostumbrarme. Eres enormemente rico.

—Espero que no te suponga un problema.

—Me lo supone.

—Debes ser la primera mujer que tiene problemas porque su marido es millonario.

—Bueno, no suelo gastar excesivamente.

—Pues entonces no tendrás problemas. Toma esta visa y tu dinero lo guardaremos para Logan cuando sea mayor. Empezarás de cero conmigo. Además tienes un buen sueldo. Vas a gastar tu dinero, pero el que tenías antes de entrar en esta casa será de Logan. Se lo invertiremos bien para que tenga una buena cantidad y comprar el rancho a las hermanas de Charly. Para esa fecha esperemos que pueda comprarlo sin pedir préstamos. No lo permitiría.

—Su abuelo, le manda todos los años una parte de la producción del rancho.

—Pues nada. Podrá comprar el rancho en cuanto termine la Universidad. Y si le falta, le daré lo que le falte.

—Gracias —y se echó a llorar.

—Vamos Rebeca, no seas llorona —y la abrazó y la consoló —ahora somos una familia. No seas tontilla. El dinero, es solo dinero y le prometí a su padre que lo cuidaría y lo haré de la forma que tenga que hacerlo —y ella lo besó por primera vez por iniciativa propia y eso le encantó. Era un paso al menos. Y la besó apasionadamente.

—He tenido mucha suerte de tener dos hombres maravillosos en mi vida. No sé si merezco tanto.

—Te mereces eso y más. Eres una mujer magnífica. Como ninguna. Y te amo tanto... A propósito ya tenemos que hablar de la boda.

—Otra cosa que pagarás tú, por supuesto.

—Por supuesto. He pensado que te gustaría una boda sencilla y discreta.

—Juan Carlos, una cosa es lo que yo quiera y otra lo que mereces. Y te mereces una boda en la que estén tus amigos, los trabajadores y la gente que conoces. No me importa que tengas doscientos invitados. Es una boda de los dos, y además pienso comprarme un vestido de novia como se debe. No voy a esconderme ni a ser discreta. Voy a casarme contigo.

—Ahora sí que me dejas pasmado. Pensaba que querías una boda discreta.

—Pues no, quiero una gran boda, donde mi marido pueda lucir a su novia. No, en serio. No siempre será lo que yo quiera. Tienes mucha gente que te conoce y no sería justo casarnos como a escondidas.

—Sabes, ¡eres sorprendente!

—Sí, ponte a preparar la boda y no te quedes ahí parado.

—Contrataré a una organizadora, no te preocupes.

—¡Qué ahorrador!

—De tiempo sí, prefiero pasarlo contigo. Ven aquí antes de que vuelva Logan...

La desnudo y tocó sus senos que aún eran maravillosos y bajó a su sexo y le hizo el amor mientras ella gemía como una loca, implorando su nombre. Él, se sentía excitado y orgulloso de que ella se sintiera así por él. Cuando terminó, entró en ella y cubrió sus ámbitos con su sexo y ella le dijo que lo amaba y cuando terminaron en un orgasmo estremecedor...

—Creo que he oído algo —porque no se lo creía.

—Sí, que te amo.

Y se emocionó y lloró mientras la abrazaba y ella se quedó sin saber qué hacer más que

abrazarlo y besarlo.

—Vamos mi amor, no llores. ¿Por qué lloras?

—Te he esperado tanto tiempo... Te quiero desde siempre y dos veces he sido un imbécil. La segunda vez, ¿recuerdas cuando fui a tu apartamento y tenías mesa puesta para dos?

—Sí, lo recuerdo. Invité a Charly.

—Esa noche fui a pedirte perdón y a que salieras conmigo en serio y perdí la oportunidad de tener una familia contigo. Me arrepiento tanto...

—No lo sabía. Estaba enfadada contigo y bueno. No quiero recordar eso. Ahora estamos juntos y vuelvo a amarte. He tenido la suerte de amar dos veces en la vida. Eres un hombre maravilloso y te amo.

—Cuánto te quiero preciosa. No te merezco.

—Sí nos merecemos. Hemos pasado por mucho pero la vida nos da una nueva oportunidad. Y vamos a aprovecharla.

Encargaron una organizadora de bodas, que preparó una gran boda, como merecía él. Invitó a cerca de trescientas personas, ya que conocía a medio Nueva York, sus trabajadores, y a los amigos de ella y de su hijo Logan.

Sin embargo, ella quiso ir sola a comprarse su vestido de novia. Juan Carlos le dijo que no tenía límites para gastar, como si ella no ahorrara en gastos comprando calidad.

Se compró un vestido de encaje estilo sirena con tirantes por los hombros y cuello de barco que dejaba sus senos asomar un poco, y un tocado en la cabeza con un velo por la cara.

Los zapatos los eligió rojos. Era un vestido sexy. Ropa interior sexy y se fue a casa contentísima. Le había costado una cantidad decente de dinero.

Celebraron la ceremonia en una iglesia católica. Las alianzas eran preciosas de oro finas.

Y la fiesta en uno de los mejores salones de Manhattan, de un hotel de cinco estrellas, donde se quedarían a pasar la noche de bodas en la suite nupcial.

Con una comida exquisita, en la que desde luego Juan Carlos no escatimó en gastos. Estuvieron bailando hasta el amanecer.

Fue una boda preciosa. Ella veía cómo departía Juan Carlos con sus amistades como el hombre más feliz del mundo y eso ella no quiso arrebatárselo. Ese momento era suyo y lo merecía.

Su hijo Logan, se quedó a dormir en casa de unos amigos y ellos cuando terminó todo, se despidieron de los invitados y subieron a la suite.

—Ha estado espectacular, ¿verdad cielo?

—Estás preciosa. Me encanta el vestido.

—Y a mí tu esmoquin. Estás muy guapo para tu edad.

—¿Cómo para mi edad? Tengo cuarenta y tres años, casi cuarenta y cuatro. Soy un jovencito aún.

—Eres un presumido señorito, pero te conservas estupendamente.

—Gracias, mi amor —le dijo Juan Carlos.

—¿Por qué?

—Por esta noche maravillosa. He reunido a toda la gente que quería que estuviese.

Y se acercó a ella y la besó en la boca y le quitó el vestido con rapidez y entró en ella con la misma rapidez. La deseaba. Estaba muy excitado y no podía esperar.

Se dieron una ducha y allí, la tomó en sus brazos a horcajadas entrando de nuevo en ella con embestidas rápidas y locas.

Juan Carlos podía ser un hombre serio, pero era puro fuego haciendo el amor. Tenía mucha

experiencia y sabía qué le gustaba a ella, desde siempre y cómo le gustaba y dónde. Eso no se le había olvidado.

Era de madrugada cuando se quedaron dormidos hasta casi las cinco de la tarde. Y cuando ella se despertó, lo miró dormir con el pelo revuelto y bajo a su sexo por primera vez desde hacía muchos años y cogió su sexo y empezó a lamerlo y a chuparlo y él se despertó todo excitado y la miró.

—Preciosa, ¿qué me haces?

—Voy a despertarte dormilón.

—Pero ohhhh, cariño, estoy duro y no sé si, ¡ah! Dios...

Y ella le daba pequeños mordisquitos y lo lamía y se lo metía en la boca y él quería que subiera para penetrarla pero no era eso lo que ella tenía en mente, sino su liberación, quería verlo tener un orgasmo y se aferraba con las manos a las sábanas.

—Cielo, deja ya que...

—Tenlo, déjate llevar -y él no puedo aguantarse y gritó su nombre y ella se sintió feliz y poderosa.

—Madre mía, loca, vas a matarme y tengo ya una edad.

—¿Pero no eras un jovencito?

—Eres una loca del sexo.

—¿Y no te gusta?

—Me encanta. Pero voy a tener que tener cuidado contigo. Eres más joven que yo.

—Tú, estás en forma, querido.

—Ahora que me he recuperado, sí. Ven aquí, arrímate que voy a demostrarte cómo está tu marido.

—Me da miedo.

—¿En tu noche de bodas? Pues empezamos bien. ¡Anda ven preciosa!

Y tiró de ella sujetándola con sus piernas y ella se reía, porque no podía moverse, hasta que él se la colocó encima penetrándola profundamente hasta que ella estalló y él de derramó sobre ella.

El viaje de novios, lo pospusieron para el verano, pues Logan acababa de empezar el Instituto y llegaba Acción de Gracias y las Navidades y había en la empresa mucho trabajo.

Así que ella pensó y así se lo dijo a Juan Carlos que prefería ir cuando tomaran vacaciones en verano.

Pasarían por el rancho en Montana a dejar a Logan pasar el verano y ella quería visitar Canadá. A él, le pareció perfecto.

—Vamos a hacer ese viaje en honor a tu tío, que me enseñaba fotos preciosas de Canadá. A él le encantaba y me las enseñaba. Así que si quieres, cielo, podemos ir allí. Vamos a hacer una ruta por los lagos, nada de señorito.

—Bueno, ya estamos. En fin... Te dejo que hagas tú los planes. Aún quedan algunos meses para eso.

Después de la boda, se tomaron sólo tres días de descanso en su nueva casa. Lo dedicaron a hacer el amor y a descansar, recobrar fuerzas para los meses que venían.

Había adquirido un complejo de apartamentos justo en el centro de Brooklyn. Y ella tenía unos meses de trabajo para decorarlos.

Pasó Acción de Gracias, la primera para ellos, que celebraron en casa los tres juntos y después la Navidad, que fue preciosa.

Ella puso un Belén también, porque decía que era una casa española y se sentía muy feliz.

Juan Carlos, la quería más que a su vida, intentaba hacerla feliz, la abrazaba y la besaba y le hacía el amor incansablemente. Por fin tenía la vida que siempre había deseado con Rebeca.

Y se dio cuenta de lo feliz que había sido Charly y supo que lo había envidiado con razón. La quería, la amaba por encima de todas las cosas. Y el hijo de Charly, era como su propio hijo. Ella siempre le daba las gracias por tratarlo como tal.

—Gracias Juan Carlos, -le dijo una noche en la que estaban descansando después de la cena y su hijo estaba en su habitación.

—¿Gracias por qué cielo?

—Por tratar a mi hijo como lo tratas, como si fuese tuyo y por quererlo y protegerlo.

—No me des las gracias. Es un chico estupendo y se lo prometí a su padre, pero no es sólo por eso. Es porque es hijo tuyo y lo quiero como si fuera mi propio hijo y nunca le faltará nada.

—Te quiero, lo sabes.

—Lo sé y yo también te quiero, muchísimo. Eres mi primer amor y el amor de mi vida. Y sabía que debía esperarte. Por alguna razón lo sabía. Solo quiero que seas feliz y Logan también. Haceros felices es mi prioridad, después está el trabajo y mi empresa.

—Logan es feliz contigo y te quiere. Y yo soy muy feliz contigo. Lo sabes. Tengo que darte tanto las gracias por los momentos malos que me viste pasar... pero ahora vuelvo a ser feliz de nuevo y te amo. Y nunca pensé en amar a dos hombres maravillosos, pero es posible.

—No sé cómo he tenido tanta suerte después de tantos años de espera.

—Porque te lo mereces.

—Te amo cielo. Eres mi amor desde que éramos vírgenes los dos.

Cuando llegó el verano, ella había preparado su viaje a Canadá. Tenía desplegado un viaje con rutas y Juan Carlos se reía con ella. Sólo con verla feliz, él lo era.

Así que se pasaron por el rancho y dejaron a Logan con su abuelo. Se quedaron allí un par de días para saludar a las hermanas de Charly, a su padre y ella sola subió la colina donde estaba enterrado Charly, le puso flores frescas y se quedó allí llorando y contándole todo lo que había ocurrido durante ese tiempo que no había podido ir a verlo.

Le pidió perdón por haberse casado con Juan Carlos, aunque era lo que él quería y le había dejado dicho en la carta.

A los dos días se despidió de su hijo, del abuelo y se fueron a Canadá.

Ella había visto en una página de internet un recorrido por Canadá en doce días para ver los mejores lagos del país.

Y tenía su ruta preparada. Así que tomaron un vuelo desde Helena hasta Ottawa, capital de Canadá, y allí alquilaron un todoterreno, porque iban a la aventura. Irían parando en Hoteles en las rutas de los lagos.

Juan Carlos, le dijo que estaba un poco loca, ir sin reservas a los sitios, pero ella dijo que siempre había plazas en los hoteles. Así que le dio el plano, tomaron el todoterreno y se fueron a la aventura.

La verdad es que a Juan Carlos, le venía bien, esa dosis de libertad y falta de planificación tan estructurada como tenía siempre en el trabajo.

Así que intentó soltar lastre, como decía Rebeca y se adentraron a ver todos los lagos que tenía ella en su lista.

El primer lago que visitaron fue el Lago Louise, al suroeste de Canadá, con aguas transparentes como un espejo, entre dos valles, el lago Agnes, con espectaculares colores amarillos y azules, como las piedras de su fondo.

Tomaron la carretera Icefields Parkway con las Rocosas al fondo y el glaciar Athabasca, entre ríos y árboles que formaban un majestuoso paisaje.

La carretera atravesaba de norte a sur el Parque Nacional Banff, lleno de miradores, donde ellos se bajaban y miraban y admiraban esos paisajes tan hermosos y hacían fotos. Se quedaban a dormir en hotelitos por el camino entre los valles y comían en lugares diversos y turísticos.

El lago Peyto, lo contemplaron desde las alturas. Fueron a la cascada Takakkaw con una caída libre de trescientos metros de altura, que les pareció impresionante.

Ella iba entusiasmada de todo cuanto veía así como Juan Carlos, que había estado tanto tiempo viviendo cerca y había salido poco de vacaciones y disfrutaba con verla así de animada y feliz, haciendo infinidad de fotos de recuerdos de todo. La cascada caía sobre el río Yoho, en el parque del mismo nombre que el río.

En el Parque Nacional de Jaspes, se quedaron a dormir un par de noches, donde al anochecer se podían observar a los alces, renos y ciervos.

Incluso osos, pero no pudieron ver ninguno. Llevaban unos prismáticos, pero desde la terraza de la habitación del hotel, vieron de todo, menos osos y ella se quedó con ganas de verlos.

Siguiendo la ruta marcada, llegaron al lago Moraine, y al valle de los diez picos, con un río de aguas turquesas maravillosas.

La verdad es que necesitaban ese viaje en la Naturaleza. Disfrutaba como una niña.

Ya le quedaba poco por recorrer de su ruta.

Y fueron al pueblo de Banff con un mirador a dos mil quinientos metros de altura con vistas a la montaña Sulphur y se adentraron en los túneles de nieve de la montaña Whistler, que era algo mágico.

Durante el recorrido, se encontraron multitud de turistas y aunque andaban mucho para ver los lugares, no estaban cansados porque el paisaje lo merecía.

Se besaban y ella, le daba las gracias constantemente. Y hacían el amor en cada hotel en el que paraban.

El último recorrido lo hicieron en Toronto, donde se quedaron en la ciudad un par de días para visitarla y subir la CN Tower. Una torre de cristal, hasta el suelo era de cristal, vertiginosa, desde donde a quinientos cincuenta y tres metros de altura, se contemplaba la ciudad. Fue lo que más miedo le dio, pero mereció la pena.

A su hijo le mandaba cantidad de fotos por el móvil para que viera los lugares tan preciosos que estaban recorriendo.

Y en Toronto tomaron el vuelo de vuelta a casa. Llegaron un sábado, así que tenían un fin de semana para descansar, tranquilos y lo pasaron en casa.

La verdad es que había sido un viaje que Juan Carlos necesitaba.

—Es que eres muy señorito. Te gusta ir a sitios caros.

—Ya está la criada...

—¡Que te doy! Ya no soy ninguna criada que lo sepas.

—Sigues bajo mis órdenes, nena.

—Sólo en el trabajo bobo.

—¡Ven aquí! ¡Es una orden!

—Serás tonto... —y le daba con un cojín y él la cogía tan pequeña riendo y la tumbaba en el sofá y la besaba con pasión y en cuanto la tocaba, ella empezaba a jadear y a gemir bajo sus manos y su cuerpo y él se sentía el rey del mundo.

Era juguetona y peleona y le gustaba tomarle el pelo para luego terminar haciendo el amor con

ella. Y cuando terminaban...

—Te lo dije, que estás a mis órdenes guapa...

—Espera que me recupere —y cuando se recuperaba, bajaba a su sexo firme y alto y su boca lo cubría de espuma y él le suplicaba y gemía su nombre y entonces, ella se sentía satisfecha de que perdiera el control.

—¡Ay pequeña, vas a matarme cualquier día!

—Pues no te metas conmigo.

—Si me gusta hacerte rabiar.

—¡Ah! ¿Es eso?, eh, malvado señoritingo ricachón de pueblo.

—La niña de la lecherita.

—No empieces de nuevo.

—¡Te amo loca!

—Y yo también guapo.

Era Agosto y llevaban casados once meses y su hijo andaba aún en el rancho de vacaciones, cuando Rebeca, se despertó una mañana vomitando.

Al día siguiente igual y así. Juan Carlos la llevó al tercer día al médico. Estaba asustado, no comía nada y estaba siempre mareada.

Cuando entró el médico, éste le preguntó si había tenido la regla y ella le dijo que muy poca cantidad los últimos meses la verdad, pero que tomaba pastillas. Y este la envió al ginecólogo para descartar un embarazo, por los síntomas que tenía.

Así que pidió cita, y se la dieron para dentro de tres días. Estaba nerviosa.

—¡Cómo voy a estar embarazada! Tengo cuarenta años y además tomo las pastillas. Y me ha venido la regla.

—Pues a lo mejor es un virus. De todas formas tenemos que ir al ginecólogo. No sé si mis nervios aguantarán hasta entonces —decía Juan Carlos preocupado.

—Vamos a pasar por la farmacia de todas formas y me haré un test de embarazo. Si lo estoy lo dirá. Y si no, tendrá que hacerme algunos análisis o se me irá si es un virus. No te preocupes, cielo.

—Pues vamos venga. Estoy muy preocupado.

—No te preocupes. Habré comido algo que me ha sentado mal. Ya verás pero vamos...sí, porque ya no me estoy encontrando muy bien.

Y compraron tres. Porque Juan Carlos era un exagerado. Por si fallaba uno, decía. Era tremendo.

Pero el primero no fallo, dio Positivo, se hizo el segundo y también dio Positivo y ya no se hizo más. Tenía que dejar las pastillas a la voz de ya. Hasta ir al ginecólogo no tomaría ninguna. Cuando salió del baño, Juan Carlos estaba expectante.

—¡Vas a ser papá!

—¿Cómo?

—Lo que oyes. Me lo he hecho dos veces. ¡Dios mío Juan Carlos! soy mayor. Cielo santo cómo ha podido ocurrir. Lo siento, cielo. Lo siento mucho —se acercó y lo abrazó llorando desconsoladamente.

—¿Qué lo sientes? No llores, te lo prohíbo. En mi vida he deseado tanto tener un hijo contigo... que ahora me parece mentira. ¡Te amo, cielo!

—Yo también te amo. Pero nunca pensé volver a ser madre y tengo ya una edad. Tengo miedo de que algo pueda salir mal. Ya verás Logan.

—No te preocupes, mi amor, todo saldrá bien y eres una mujer joven y yo también. No somos mayores. Ahora la gente tiene a los hijos a los cuarenta.

—Pues seremos una pareja de esas. Y a lo mejor tú no querías hijos.

—Deja de decir eso. Te quiero a ti y al bebé. Nunca pensé ya tener hijos propios y Logan era como mi hijo, pero vamos a aumentar la familia. Dios, ¡qué contento estoy!

—Espero que sea el último.

—Esperemos —dijo Juan Carlos. Con otro basta.

—Ya no quiero más hijos. O voy a ser una madre abuela.

—Te quiero, te quiero cielo. Se lo diremos a Logan.

La cogió en volandas y la besaba y la abrazaba contento y feliz, porque la vida le daba lo que le faltaba, un hijo propio con la mujer de su vida.

Él quería a Logan como a su propio hijo. Cuando le contaron que iba a tener un hermano... Este se alegró mucho cuando lo supo.

Estaba muy ilusionado, aunque iban a llevarse una diferencia notable de años. Estaba en el rancho en vacaciones. Tenía quince años recién cumplidos, acabó su primer año de Instituto con buenas notas y su madre no podía esperar a contárselo.

—¡Hola cariño! ¿Cómo estás?

—Muy bien mamá y ¿vosotros?

—Muy bien cielo y ¿el abuelo?

—Está estupendo mamá, no deja de trabajar. Dice que no se piensa jubilar nunca.

—Cariño te llamo para darte una noticia.

—Será buena, ¿no mamá?

—Es muy buena hijo. Vas a tener un hermano o hermana. Os vais a llevar quince años y medio.

—Pero mamá... ¡eso es estupendo! Ya pensaba que iba a ser hijo único. Estoy muy contento. Ahora tienes que cuidarte mucho.

—Sí hijo, me cuidaré.

—Eso no me lo esperaba mamá, pero estoy muy contento. Voy a tener un hermano.

—O hermana.

—Bueno me da igual. El tío estará contento.

—Sí cariño, el tío Juan Carlos, está muy contento. Cuando vuelvas verás a mamá gordita cariño. Estoy ya casi de cuatro meses.

—Jo mamá, qué buena noticia. Tendré hermano para Navidad.

—Exacto ese es el regalo para Navidad este año para todos.

—Te quiero mucho, mamá. Eres la mejor del mundo. Si este año no puedes venir a por mí, me iré solo.

—Iremos a por ti. Nos tomaremos unos días de vacaciones. No te preocupes por eso, y si yo no puedo, Juan Carlos, dice que te recogerá como todos los años.

—Es muy bueno, ¿verdad mamá?

—Sí, hijo es como tu padre. Son muy parecidos.

—Bueno mamá, me llama el abuelo.

—Cuídate y ten cuidado con él, dale abrazos de nuestra parte y uno grande para ti. Te quiero hijo.

—Y yo a vosotros, adiós mamá y cuídate.

—Adiós hijo-y colgó.

Juan Carlos había oído la conversación desde el sofá en el que estaba haciendo unas anotaciones.

—¿Qué ha dicho? —se interesó.

—Que está muy contento, que ya no pensaba tener hermanos. Es un buen hijo. Estoy orgulloso de él.

—Sí que lo es.

—Tú tienes parte de ese trabajo hecho para que Logan sea un buen chico.

—Gracias cielo. Solo hice lo que pude, nunca he tenido hijos propios hasta ahora y es que era un chico educado, cuando casi me hice cargo de él, su padre había hecho el mejor trabajo. Pero lo quiero. Son ya cinco años con él y ya es todo un adolescente.

—Por eso te amo más, porque a pesar de todo quieres a mi hijo como si fuese tuyo y te preocupas por él y eso no todos los hombres lo hacen.

—Pero yo te amo y venía en el lote.

-Qué tonto.

—Ven aquí. —y le señalaba sus rodillas.

—¿Para qué? No me fio de ti.

—Para darte un beso y tocar a mi pequeño que está ahí —señalando su vientre.

Y ella se acercaba y él la besaba y le tocaba el vientre que ya se le iba notando. Él la veía preciosa, como la primera vez que la vio embarazada de Charly, salvo que ahora llevaba a su hijo en el vientre.

Seguro que Charly los veía desde donde estuviera y se alegraba de que la hiciera feliz a ella y a su hijo.

El embarazo lo llevó muy bien, Juan Carlos la cuidaba y mimaba como si fuese de porcelana. Ella le reñía y le decía que no le iba a pasar nada, que solo estaba embarazada. En eso era igual que Charly.

No quería que fuese a trabajar, pero ella insistía como buena terca que era.

Sus discusiones eran por eso, pero luego hacían las paces y hacían el amor. Poco a poco, ella se iba acercando a él y tomaba la iniciativa en abrazarlo, besarlo e incluso en la cama, lo tocaba íntimamente.

Juan Carlos, no podía ser más feliz. Tocaba su vientre toda la noche. Por fin iban a tener un hijo que los uniría para siempre.

Cuando se enteraron del sexo, no podían estar más contentos, era una niña. Llamaron de nuevo a Logan al rancho y se lo dijeron, y estuvo entusiasmado. Y todos empezaron a discutir por el nombre.

Ella quería ponerle Carla, el segundo nombre del padre porque el primero no le gustaba para una mujer. Al final todos accedieron y el padre estaba orgulloso de que ella hubiese elegido su nombre para su hija como hizo con su primer hijo.

Hasta en eso ella no hacía distinciones. Cada día la quería más porque era perfecta. O al menos él no le veía imperfecciones.

Sólo discutían por el dinero y algunas veces él tenía que ponerse terco y no dar su brazo a torcer y tener que convencerla.

Prepararon una habitación para el bebé. Ella, decoró una habitación preciosa para su hija, al igual que lo hizo para Logan.

Juan Carlos quiso contratar cuando naciera una chica para cuidar a la niña. Para que ella pudiera descansar y luego volver a trabajar, porque sabía que en cuanto pasaran los meses de maternidad, volvería a trabajar. Conocía bien a su esposa.

Sus relaciones sexuales no menguaron nada en su embarazo, al contrario, él decía que estaba en pleno apogeo sexual y él no era un hombre que le decía que no y parecían dos adolescentes.

Si ella sacaba un pollo del horno, él veía esa postura muy sexual y se colocaba detrás de ella o buscando ropa en el armario o saliendo de la ducha y le subía el vestido o la falda, le apartaba el tanga y la poseía allí mismo y ella estaba encantada.

Cuando su marido pasaba mucho tiempo en el despacho de casa y ella no lo veía, se iba donde estaba, se sentaba en sus rodillas y empezaba a desabrocharle los botones de la camisa y a besarle el pecho y Juan Carlos, se encendía como un hombre caliente que era.

Él no recordaba haber sido un hombre tan sexual. Sí que había tenido muchas mujeres, pero es que con ella en casa, no paraba.

Era una mujer abiertamente sexual y le gustaba hacer el amor. Y Juan Carlos no podía pensar en otras ni que se lo propusiera. Su mujer lo tenía loco y él le decía que era una loca del sexo, pero eso a él, le encantaba.

Que su mujer lo deseara tanto sexualmente, era lo máximo y que lo amara, lo máximo de lo máximo.

Ese verano, Juan Carlos fue a por el chico a Montana, porque ella prefería no montar en avión.

El ginecólogo se lo desaconsejó y no podía hacer en coche un viaje tan largo, así que se quedó en casa.

Cuando su hijo volvió se sorprendió al ver a su madre embarazada. Le decía que estaba muy guapa y cuando la pequeña daba sus primeras pataditas, los dos estaban a ver si la oían. Y la cuidaban como si fuese de terciopelo.

Y a veces los pilló hablando a solas y sabía que hablaban de ella. Y él se preocupaba en el trabajo cuando tardaba más de la cuenta o cuando tenía que conducir a mercadillos o a algún sitio donde hubiera mucha gente, por si le daban algún golpe, o cuando tenía que colgar alguna lámpara en algunos de los apartamentos o casas que decoraba.

Estaba siempre en tensión y la llamaba cada dos por tres.

CAPÍTULO NUEVE

Nació una niña preciosa una semana antes de Navidad, que era como su padre. El parto fue muy bueno, mejor de lo que ella esperaba y más fácil que el de Logan.

El pelo lo tenía como su madre, pero de ojos azules como su padre. Todos estaban contentos con la niña y todos protectores.

Su hermano Logan el que más. Todos querían cogerla. Iba a ser la niña mimada de la casa.

—Te amo tanto cielo... me has dado una hija preciosa y un hijo maravilloso y tú, sobre todo tú. La vida nos ha unido de nuevo, dándonos una nueva oportunidad que no pienso desaprovechar. Ahora sois mi familia. Somos una familia —le decía cuando descansaba en la cama del hospital.

—Te amo. Nunca pensé que podríamos encontrarnos de nuevo, por tercera vez. Nunca pensé que esto terminara así. Soy muy feliz. ¡Ven, acércate!

Y él que no podía negarle nada a su esposa, se acercó y se besaron apasionadamente.

Ella era muy feliz porque cada hijo suyo se parecía a su padre.

Logan era el vivo retrato de su padre. Con sus ojos verdes preciosos, alto y extrovertido como él, irónico y gracioso. Las chicas se lo rifarían.

Y su pequeña Carla, con ese pelo negro y los ojos azules preciosos de su padre iba a romper más de un corazón.

El tiempo pasaba y Logan entró a la Universidad. Quiso hacer Dirección de Empresas y Derecho.

Ese verano antes de entrar en la Universidad, tuvo una conversación con Juan Carlos. Tenía diecisiete años y antes de irse al rancho hablaron.

—Hijo, Logan. Creo que tienes pensado irte al rancho a vivir. Ya tu padre me lo dijo.

—Sí, tío. Si por mí fuera me iría al rancho ya, no me hace falta estudiar en la Universidad para llevar el rancho. El abuelo está mayor ya y quiero ayudarlo.

—Pero sabes que el rancho es tanto tuyo como de tus tías. Recibís un dinero anual que manda tu abuelo y que nosotros te hemos ido guardando junto con el dinero que tu padre tenía y lo que tu madre ha ido ganando estos años que lleva conmigo y que yo he querido que guarde.

—Pero tío, ¿por qué?

—Porque antes de que tu padre se fuera hablamos —y le contó todo a Logan. Ya era hora de que lo supiera —yo te he querido como un hijo mío y siempre lo serás y por eso tu madre y yo, hemos visto por tu futuro y sabíamos que querías vivir en el rancho. Y esperamos y tenemos el dinero para comprártelo.

—Pero, ¿en serio?

—En serio. Es parte de tu padre y de tu madre.

—Pero tú nos has mantenido y has pagado el instituto, quieres pagar la Universidad y todo, tú también eres parte.

—Gracias, pero he hecho lo que le prometí a tu padre y esto no ha terminado. Le prometí a tu padre que te compraríamos el rancho si haces una carrera, así que te quedan cuatro años, y un master y cuando acabes tendrás tu rancho, les darás tu parte a tus tías y será tuyo entero. Quizá hasta te sobre dinero para invertir. Depende de en cuanto se ponga en venta. Puedes decírselo al

abuelo este verano. Pero a condición de que estudies la carrera.

—Lo haré, por mi padre y por vosotros.

—Hijo, también porque es un rancho grande y los conocimientos te vendrán estupendamente para llevarlo y no tener que contratar a nadie para llevar la parte económica. Si de todas formas te faltara dinero, no dudes que te lo daríamos.

—Querrás decir que me lo darías.

—Te lo daría.

—Yo te lo devolveré.

—Jamás te cogería ese dinero. Eres mi hijo tanto como Carla y en cuanto te vayas a tu rancho, que ya serás un hombre, trabajaremos para ella y os dejaremos a los dos colocados como dice tu madre.

—Gracias. Sois los mejores padres del mundo. No te defraudaré.

Y Juan Carlos se emocionó, porque lo quería de verdad —y lo abrazó fuerte.

Y así fue como pasaron los años de Universidad. Logan lo inscribió en una Universidad Privada, la mejor que encontró, en Harvard, en la ciudad de Cambridge, Massachusetts.

Rebeca, se echó las manos a la cabeza cuando se enteró de los precios, pero Juan Carlos le dijo que era la mejor y que él se hacía cargo y si Logan aprovechaba el curso iría como todos los veranos al rancho, en caso contrario, tendría que quedarse a estudiar. Su madre estuvo de acuerdo. No iban a gastarse un dineral para nada.

Pero Logan era uno de los mejores estudiantes y en cinco años, terminó con honores y con un Master en Derecho y Dirección de Empresas.

Y ellos fueron a ver como su hijo se graduaba en la Universidad y estuvieron orgullosos de él. No faltó un verano al rancho.

Y con veintidós años era ya todo un hombre, guapo e igual que su padre.

Juan Carlos quiso que se fuera con sus amigos dos semanas de vacaciones a Europa para celebrarlo, porque sabía que en cuanto volviera le iba a resultar difícil salir del rancho —Incluso pasó por España y por el pueblo a ver a sus abuelos que hacía años que no lo veían y estaban ya muy mayores.

Y cuando volvió se fue al rancho como ellos suponían. El abuelo tenía setenta y seis años y una vitalidad aún a prueba de bomba. Se reunieron sus tías y él y el abuelo y pusieron precio al rancho.

Ya sabía cuánto dinero tenía que darles a sus tías y subió a ver la tumba de su abuela y de su padre. Y le habló, como le hablaba todos los años.

-Papá, ya estoy aquí contigo. Me quedaré como tú querías con el rancho, o como yo siempre quise, he cumplido lo que me pediste, tengo un título y un Master que Juan Carlos me obligó a hacer como tú dispusiste. Iré a hablar esta tarde con mamá y Juan Carlos, porque tengo que saber si tengo el dinero suficiente para dárselo a las tías. El abuelo no quiere parte. Se quedará aquí conmigo. Dice que tiene su jubilación asegurada. Yo me haré cargo de él y vivirá conmigo aquí, que es su vida. Te quiero papá.

Cuando habló con su madre por la tarde, cuando ésta volvió del trabajo, le contó lo que habían hablado y el precio del rancho y lo que debía darles a sus tías. Y ella le dijo que al día siguiente lo hablarían. Tenían que hablar Juan Carlos y ella.

Por la noche cuando cenaron y la pequeña Carla que ya tenía siete años se durmió se sentaron a hablar del tema del rancho.

—Ya se han reunido y le han puesto precio al rancho. Necesita tres de las cuatro partes. El abuelo no quiere. Tiene su jubilación asegurada y se queda en el rancho con Logan

—¿Ya sabes cuánto tiene que darles a sus tías?

—Sí, es un rancho muy grande, ya lo sabes. Tengo en la cuenta para él, casi justo el precio para comprarlo al contado. Hemos ahorrado mucho y su padre tenía dinero suficiente y con las inversiones, da para comprarlo.

—Pero si lo compra no tendrá para invertir y para hacer una reforma a esa casa que lo necesita.

—No tenemos más, tendrá que aguantarse o pedir un préstamo e ir pagándolo. Al menos tiene el rancho.

—Le regalaré tres millones.

—¿Estás loco? ¡No puedes hacer eso!

—Los tenemos, lo sabes. Además tengo también para mi hija y para nosotros.

—No lo consentiré. Has pagado todos sus estudios, nos has mantenido a todos y yo todo lo que ganaba era para él.

—¿Y qué?, es nuestro hijo. Ahora nos tocará trabajar para Carla. Pero cariño, tres millones no me suponen nada y podrá reformar la casa e invertir un poco en el rancho. Quiero dejarlo colocado, como tú dices. Luego lo haremos con la pequeña y después nos tomaremos nuestras vacaciones como jubilados y ya tendrán todo asegurado.

—Pero es tu dinero mi amor, no puedo.

—Puedes y debes. Es nuestro dinero o me vas a decir ahora que no es como mi hijo. Lo he criado y educado como si fuese mío desde que tenía diez años y si tengo que darle dinero, se lo daré. No voy a hacer distinciones entre mis hijos, ni voy a dejarlos hipotecados teniendo dinero como tenemos.

—Y ella se echó a llorar desconsoladamente.

—Pero ¿por qué lloras cielo?

—Porque eres el hombre más generoso que he conocido,

—Porque te quiero y en qué iba yo a gastar el dinero. Solo ahorramos por tu culpa, vivimos bien, pero no tenemos grandes gastos, no has querido joyas. Gastas lo mínimo, pero creo que nuestro dinero ha sido invertido en estudios y nuestros hijos.

—Es verdad cariño. Está bien. Le daremos tres millones para que reforme la casa y tenga un remanente. Y ahora tendré que empezar de nuevo a ahorrar para Carla.

—¡No me lo puedo creer!

—Sí, créelo. No necesitamos grandes fiestas. Yo prefiero fiestas íntimas y particulares.

—Cómo no. Tengo un buen seguro de vida, pero me matarás antes.

—Pero si el sexo da vida.

—¡No me digas! Esta noche viviremos.

—Me encantará. Creo que tenemos más sexo que cualquier pareja.

—Yo nunca me he quejado.

—Como para que se queje el señorito.

—Es que tengo una criada muy sumisa.

—¡Ya estás!, te vas a arrepentir

—¿Cuándo?

—Ahora mismo...

Le ingresaron a su hijo en su cuenta el dinero y cuando le llegó se quedó de piedra y los llamó...

—¡Mamá! Os habéis pasado.

—No hijo, Tu Tío te ha mandado tres millones de dólares para que reformes la casa y lo que necesites y tengas un remanente hasta que empieces a ganar dinero.

—Se lo devolveré —dijo con una seguridad aplastante.

—No te lo va a coger. Déjalo, te quiere mucho y dice que eres como su hijo, siempre lo has sido para él. Y lo ofenderías.

—Mamá, pero es demasiado generoso, me ha pagado todo, toda la vida.

—Es tu padre, tu segundo padre y eso es lo que hemos hecho.

—Os quiero tanto...

—Paga a tus tías y hazte cargo de tu rancho y sobre todo, cuida al abuelo y dale lo que necesite. Sé buen gestor cariño, deja que el abuelo te aconseje y hazle una habitación en la parte baja con una ducha cuando reformes la casa, no quiero que suba y baje escaleras a su edad.

—Lo haré mama. De verdad que os quiero mucho. Os llamaré cuando todo esté hecho y tenga mis escrituras.

—Un beso hijo. Te visitaremos en vacaciones. Y llámanos.

—Adiós mamá. Llamaré al tío y le daré las gracias.

Y lo llamó y estuvo media hora por la noche hablando con él. Juan Carlos, le dijo que si necesitaba más dinero, se lo dijera. Y todo cuanto necesitara.

Que lo quería y que ya tenía los conocimientos necesarios para hacerse cargo de un buen negocio. Y Logan le dijo que lo quería.

Se lo decía a menudo y él se emocionaba. Nunca jamás lo miró como si no fuese su hijo, al contrario, estaba orgulloso de él.

Logan se hizo con el rancho, reformó la casa y como su madre le dijo, le hizo una habitación en la parte baja al abuelo, con su baño con ducha.

El abuelo no podía estar más contento con su nieto allí. Su hijo no había ni querido ni podido, pero los tenía a todos allí y su nieto tenía conocimientos de toda clase, por estudios y porque su abuelo se había encargado en los veranos de enseñarle todo lo demás.

El rancho, con los años, se hizo más próspero.

El abuelo ya pasaba de los ochenta y estaba un poco más torpe. Logan se enamoró de la veterinaria que iba a ver a los animales.

Una chica rubia y pequeña, preciosa. Les mandó una foto con los dos en el rancho y le pidió matrimonio.

Y ellos no tuvieron más remedio que asistir a una boda en el rancho. Y ella recordó la suya con Charly. Fue muy parecida.

Por supuesto que fue a verlo a su tumba, siempre que iba al rancho a ver a su hijo iba a ver a Charly.

Juan Carlos no se molestaba por ello. Era parte de su intimidad y de su vida que él respetaba y ahora sabía que lo amaba.

Ahora sí que Logan era ya todo un hombre, habían visto lo feliz que era, el rancho próspero y precioso.

Juan Carlos siempre le preguntaba por las finanzas, pero Logan le dijo que gracias a ellos tenía dinero y un rancho muy prospero.

El abuelo siempre la quiso y se alegraba cuando iba y querían a Carla también y a Juan Carlos por todo cuanto había hecho por su nieto como si fuera su propio padre.

Logan había dejado el rancho precioso. Había reformado no sólo la casa, sino todo el complejo. Había comprado más animales.

Su abuelo no cabía en sí de gozo y su padre si viviera, estaría muy orgulloso de ver ese rancho precioso con las vallas nuevas y pintadas de blanco y a su hijo convertido en todo un ranchero.

Manejaba las cuentas y era un hombre trabajador y bueno, como lo habían educado. Parecía que pertenecía a ese lugar. Cuando su madre lo veía montado en su caballo, se emocionaba. Su hijo era parte de ese paisaje tan maravilloso, rodeado de verdes prados con las montañas al fondo.

Y se sentían orgullosos del trabajo que habían hecho con Logan y el hombre en el que se había convertido.

La vida pasaba en un soplo. Hacía apenas un tiempo estaba con Charly en una empresa y ahora Charly, era su hijo en su rancho.

Era feliz.

Unos años después...

Y sin olvidarse jamás de su hijo al que visitaban todos los años sin falta y alguna vez Logan y su mujer venían a Nueva York, pero menos, porque no podían dejar el rancho, la vida transcurría como siempre.

Y pasaron los años. Carla, entró en el Instituto en el que entró su hermano y en la Universidad en la que entró Logan también y siguió los mismos pasos que siguió su hermano. Derecho y Administración de Empresas y un Master en Dirección de empresas.

Ya no eran unos niños. El futuro se había hecho presente.

Carla tenía 22 años, los mismos que cuando su hermano terminó los estudios. Era una chica preciosa, pequeña como su madre, una muñeca de pelo negro liso y ojos azules.

Era una chica inteligente y con disposición para el trabajo. Le encantaba lo que hacía su padre y quería trabajar para él. Y entró en la empresa y empezó a trabajar con él.

Logan tenía ya treinta y siete años, parecía mentira. Tenía dos hijos varones, Juan Carlos y Charly. Cuando al primero le puso Juan Carlos, este se emocionó tanto que lloró más de media hora. Tenían diez y siete años y ya no estaban por la labor de tener más.

El abuelo había muerto dos años atrás y lo enterraron junto a la abuela y con Charly y cuando ella iba a ver a su hijo y a sus nietos, todos los años, subía a ver a Charly.

Iba a ver a Charly, le llevaba flores, como siempre y le contaba todo lo que había sucedido ese año y cómo su hijo era ya todo un hombre que sabía llevar un rancho precioso, el que debió ser suyo. Y que tenían dos nietos. Y que ojalá pudiese ver el rancho ahora.

Juan Carlos tenía ya sesenta y seis años y debía haberse ya jubilado y ella tenía sesenta y uno. Pero el padre quiso esperar otro año y enseñar a Carla el trabajo en la empresa, porque su hija seguía sus pasos.

Y cuando él padre dijo que venderían la empresa y retirarse a descansar, su hija quiso quedarse con ella.

Así fue que un año más tarde, cuando su hija Carla había aprendido lo que necesitaba para llevar la empresa y su padre se jubiló con sesenta y seis años.

Aún se mantenía joven, o eso le decía Rebeca que era unos años más joven que él.

El padre hizo lo mismo que hizo con su hijo. Le dejó la empresa y tres millones de dólares.

Más lo que sacara de vender un complejo de apartamentos que había adquirido en Manhattan, lo que le daría para adquirir más.

En el tiempo que estuvo trabajando en la empresa, se enamoró del arquitecto y diseñador, un chico de veintisiete años, alto y rubio con ojos azules. Un buen trabajador. La historia se repetía.

Estaba satisfecho con sus hijos, pero no iban a quedarse en Nueva York a pesar de todo. Sus hijos debían tener su vida y él había trabajado duro para dejarlos como los había dejado. O como decía Rebeca, colocados.

Tenía dinero para vivir dos vidas e iba a ser feliz. Y ya tenía una idea de qué hacer y dónde pasar su jubilación y esperaba que Rebeca fuese feliz también.

El día que Juan Carlos se jubiló dejando todo a su hija y casi a su yerno, Rebeca también lo hizo. Se merecían descansar.

Estaban cenando en casa esa noche, y le dijo a Rebeca:

—¡Estamos solos!

—Sí, como cuando éramos jóvenes. Han abandonado el nido. Me encuentro un poco vacía.

—Ni hablar, ahora podemos disfrutar y gritar sin pensar en que nos van a oír los chicos.

—Siempre igual.

—¿Recuerdas cuando te vi en el cortijo por primera vez?

—Sí, yo llevaba el pelo largo y tenía diecisiete años, y trabajaba casi gratis para tu familia de señoritos.

—Bueno, pero yo te he pagado un buen sueldo estos años, sin contar que administras mi dinero, guapa.

—Eso es verdad, pero lo administro muy bien.

—Sí, sigues siendo tan ahorrativa como siempre. He pensado que como tenemos dinero ahorrado suficiente para vivir como reyes el resto de nuestra vida, le vamos a dejar la casa esta a Carla, que la reforme si quiere, en vez de pagar un alquiler. No ha querido que le compre una casa.

—Y, ¿qué vamos a hacer? ¿Dónde vamos a ir? —le preguntó asombrada.

—He comprado de nuevo el cortijo. Y las tierras que había alrededor.

—¿Qué?

—Lo que oyes. Sólo si quieres remodelarlo, nos retiramos al pueblo. Tendremos un huerto, jardín, lo que tú quieras. Las vistas son maravillosas y podemos viajar a ver a nuestros hijos todos los años.

—¡No me lo puedo creer! Sí, dónde empezamos... y emocionada lloraba a lágrima viva.

—Donde empezó todo, mi amor. El cortijo es tuyo ahora. Tengo ya sesenta y seis años, allí tendremos una vida maravillosa y tranquila. Quiero un poco de paz. Desde allí puedo ayudar a Carla hasta que no me necesite. Estaré en contacto con ella por internet. Y quiero el lugar donde comenzamos los dos. Ahora es tuyo y puedes hacer maravillas con él.

—Lo pienso dejar precioso. Tengo unas ideas maravillosas...

—Lo sé. Tú siempre tienes unas ideas estupendas.

—Contrataremos a una mujer del pueblo que venga todos los días a hacernos la casa.

—Y le pagaremos bien.

—Y que no me llame señorita. Todo el mundo me conoce.

—Te llamarán Rebeca, cielo.

Unos meses después, el cortijo había sido remodelado y decorado a su gusto. Seguía manteniendo la piscina pequeña y un gran porche delantero.

Esta vez, tuvo que hacer de arquitecta y diseñadora y decoradora, tres en uno. Contrató a albañiles del pueblo que le hicieron un trabajo perfecto.

Cuando terminó de decorarla Juan Carlos, le hizo un regalo. Lo envolvió en un papel antiguo y se lo dio como regalo de inauguración del cortijo. También llevaba una botella de cava para celebrarlo.

—¿Qué es?

—¡Ábrelo y verás!

Y cuando lo abrió...

—¡No me lo puedo creer! Has sido capaz...

—Sí, la encontré en un mercadillo antiguo en Jaén.

—¡Te amo!

—Yo también, pequeña.

Y puso la lecherita de aluminio en la entrada de la casa, en una mesita auxiliar

Por la noche se sentaban en el porche y tomaban una cerveza, hablaban con sus hijos por teléfono.

Los visitaban una vez al año o cada dos años. Su hija se casó al final con el arquitecto, reformó la casa y se quedó con ella a vivir allí, y la empresa seguía siendo tan próspera como cuando Juan Carlos la dirigía y es que su hija, había aprendido bien el trabajo de su padre. Habían tenido dos hijos estupendos y estaban orgullosos de ellos.

Una noche de verano, en la que contemplaban las vistas desde su cortijo, Rebeca, le dijo:

—Cielo...

—Dime

—He hablado con el Alcalde...

—¿Y eso por qué?

—Bueno, sabes que mucha gente del pueblo emigró a Barcelona y cuando llegan las fiestas, no tienen dónde venir a pasarlas y no vienen, pero les gustaría tener un lugar donde quedarse. Hay un foro en internet y hay muchas personas que les gustaría conocer el pueblo donde nacieron y venir de nuevo sobre todo en las fiestas. Se fueron de pequeños.

—¿Y qué me quieres decir con eso? ¿Qué tiene que ver el Alcalde?

—Fue conmigo a la escuela. Y me ha pedido remodelar el antiguo cuartel de la Guardia civil, el que está a la entrada del pueblo, en una especie de hotel rural. Es muy grande. Me ha pedido que le eche un vistazo. Los mismos albañiles que contraté para el cortijo pueden trabajar en ello y llamaré a un arquitecto, el que vino aquí de Jaén que se ocupará de los planos y los albañiles de repararlas y quiere que yo la decore.

—¡No me lo puedo creer!...

—Cielo, sólo son veinte casitas o veinticinco, depende.

—Pero si acabamos de terminar el cortijo, ¿no puedes quedarte quieta?

—Sólo es un favor...el último, te lo prometo. A cambio podemos hacer el amor esta noche.

—Chantajista.

—¿Me vas a ayudar a que sí? Iremos de compras a los mercadillos.

—Nadie puede decirte que no.

—Serán solo unos meses. Además tenemos nuestras noches juntitos. Mientras trabajas con Carla, yo me ocupo de este proyecto.

—Quién me mandaría a mí comprar el cortijo pensando que estaríamos tranquilos y felices.

—Y estamos tranquilos y felices, mi amor, es solo un trabajillo extra y no puedo negarme.

—Bueno, espero que sea el último.

—Aún estás muy bueno, sexy y...

—Calla, loca o tendré que meterte en casa a la carrera y no estoy para tantos trotes ya. Ahora sí es verdad que tengo ya una edad que me da miedo.

—Qué tonto, sigues estando muy bien para tu edad. Ya quisieran muchos.

—Tú sí que estás guapa.

—Pues no me importaría repetir lo que hacíamos en tu habitación cuando tenía diecisiete. No me importaría...

—¿Ah no? ¿Te refieres a esa primera vez que me quedé colgada...?

—¡Qué mala eres! Desagradecida, bruja. Te vas a enterar cuando te pille. Yo era un inexperto

adolescente, pero ya no y lo sabes bien.

—Bien sabes que has aprendido mucho. Pero te quiero mucho por eso y por lo generoso que has sido conmigo y con nuestra familia.

—Sí, menos mal que aprendí contigo preciosa. En cuanto a nuestra familia, no he sido generoso, es mi familia, tú eres mi familia y siempre lo fuiste y te he amado toda la vida, siempre, no lo dudes. La única mujer a la que he amado, aunque a veces no te tuviera. Pero ahora te tengo y eres toda mía. La mujer más maravillosa del mundo. Mi amor y mi media naranja. ¿Me sigues queriendo a pesar de todo cielo?

—Siempre. Llevamos ya toda una vida juntos y te amo.

Y la cogió de la mano y entraron en el cortijo, cerrando con llave el portalón...

Dedicad@ a todas las personas que creen que hay vida a los 30, a los 40, a los 50, a los 60, a los 70, a los 80...